

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA
PLANTEL # 7 “EZEQUIEL A. CHÁVEZ”

**MANUAL DE
LITERATURA MEXICANA E IBEROAMERICANA**

SEGUNDA PARTE

MTRA. XÓCHITL TERESA PONCE ROMERO

D.R. Derechos Reservados

CICLO ESCOLAR 2021-2022

Nombre: _____

Grupo: _____

Unidad 2: La identidad nacional y la otredad

En los caminos yacen dardos rotos,
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
enrojecidos tienen sus muros.
Gusanos pululan por calles y plazas,
y en las paredes están los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas,
y cuando las bebimos, es como si bebiéramos agua de salitre.
Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe,
y era nuestra herencia una red de agujeros.
Con los escudos fue su resguardo, pero
ni con escudos puede ser sostenida su soledad.
Hemos comido palos de colorín,
hemos masticado grama salitrosa,
piedras de adobe, lagartijas, ratones, tierra
en polvo, gusanos . . .

Anónimo¹

2.3 Elementos del ensayo

En este apartado, abordaremos el tema del ensayo. Es el tercer tema del contenido temático de la unidad, pero, debido a fines didácticos, hemos decidido iniciar con este tema, pues nos será de utilidad para los subsecuentes tópicos.

En nuestra vida cotidiana, es natural elaborar razonamientos o generar inferencias en diversas situaciones: cuando vemos una película o una serie, cuando decidimos comprar algo, cuando optamos por el menú del día, cuando nos deshacemos de cosas que no necesitamos, etc. Cuando hacemos estas elecciones estamos haciendo uso de nuestro razonamiento. El razonamiento se encarga de hacer inferencias. Podemos entender una inferencia como una idea que se deriva de otra, una idea que es consecuencia de una idea previa: “ya no ocupo este libro > lo voy a donar a la biblioteca”. El razonamiento establece una relación de consecuencia lógica.

La inferencia o el razonamiento se puede generar mediante la observación o la experiencia. Puedo fundamentar mis razonamientos a partir de ejemplos, analogías, generalizaciones (inducción), hipótesis (abducción). También es posible generar razonamientos a partir de deducciones; es decir: a partir de una proposición o un supuesto, obtenemos una conclusión.

Todo lo anterior correspondería a los procesos lógicos que utilizamos individualmente en el razonamiento, de manera consciente o inconsciente. Sin embargo, cuando queremos convertir el razonamiento en un acto comunicativo le llamamos argumentación. Efectivamente, en una argumentación siempre hay un diálogo entre dos roles: defensor y oponente, las posturas serán relativas y generalmente opuestas.

Cuando queremos convencer a otro de nuestro razonamiento podemos utilizar diversas estrategias. Estas estrategias no siempre serán razonamientos: se puede tener la intención de convencer mediante el miedo o la amenaza, por ejemplo. En estos casos no estamos haciendo uso de nuestra capacidad de razonamiento ni de nuestra libertad de pensamiento. Una de las labores del medio académico es, entonces, ayudar al estudiantado a generar, identificar, comprender, procesar y evaluar discursos argumentativos basados en razonamientos auténticos y válidos. El ensayo es un medio idóneo para ello. Veamos a

¹ Poema azteca anónimo que hace referencia a la derrota de México-Tenochtitlan.

continuación algunas definiciones de ensayo, sus características, su estructura y algunos ejemplos.

a) Definición de ensayo

Según Salamanca (2012), el término “ensayo” viene del vocablo latino *exagium* que, a su vez, designa “el acto de pensar o valorar algo”. En este sentido, ensayar no es simplemente intentar o improvisar pues, más allá de la libertad y de la creatividad propias de este género, es preciso investigar y argumentar. “En efecto, el ensayista es libre de escoger las ideas y los temas, pero como no basta tener ideas sino razonar, debe ser riguroso a la hora de investigar y sustentar lo que piensa acerca de un asunto” (p.246).

En esta misma línea de reflexión, Vela (2007), define el ensayo como un texto expositivo-argumentativo, que plantea la posición del autor frente a un problema y busca defenderla, de forma original y documentada, recurriendo a un desarrollo argumentativo reflexivo y a una escritura clara, fluida, rica en referencias intertextuales y notables marcas de estilo.

Por su parte, Lora Orozco y Puello (2016, p. 30), sostienen que:

El ensayo es un escrito en prosa, relativamente corto, producto de un ejercicio de reflexión tras una rigurosa indagación. Si bien es cierto que para muchos escritores los ensayos son manifestaciones reflexivas de sus pensamientos e interpretaciones sobre un tema cualquiera, en un sentido más estricto, académico y formal, los ensayos resultan de preocupaciones intelectuales y expresan la postura del autor con argumentos sólidos y verificables. De allí se deriva la importancia de una adecuada y necesaria introducción de las referencias a fuentes autorizadas en la materia.

b) Características de los ensayos

De acuerdo con Salamanca, para que un escrito sea considerado ensayo se requiere que:

- Trate un tema bien delimitado e interesante.
- Se inscriba en un problema concreto. Esto implica definir una pregunta problemática.
- Plantee una tesis definida, clara y defendible.
- Sustente la tesis planteada con reflexiones personales y argumentos sólidos, veraces, seleccionados, que evidencien investigación, conocimiento del tema y estén orientados a persuadir o disuadir al lector.
- Recorra a la exposición y narración de datos, hechos, experiencias, con el fin de consolidar la argumentación. (p.264)

En la obra: *Pregúntele al ensayista*, Fernando Vásquez (2005, pp.41-46), atribuye las siguientes características al ensayo:

- Un ensayo es un género híbrido: una mezcla entre arte y ciencia. Tiene un elemento creativo (literario), y otro lógico (racional).
- Un ensayo no es una mera opinión o comentario, es reflexión sustentada en argumentos. Esta argumentación gana peso cuando se recurre a autoridades o expertos en el tema que se está tratando.
- Un ensayo es una sola pieza (no varias), bien tejida; es decir, responde a una composición y a una estructura lógica, cohesionada y coherente.
- Un ensayo precisa siempre de un buen uso de los conectores y de los signos de puntuación.
- Hay dos grandes tipos de ensayos: el ensayo objetivo (línea Bacon) y el ensayo subjetivo (línea Montaigne). En ambos casos se desarrollan adecuadamente las ideas, se recurre a otras voces y se emiten juicios propios.

- Un ensayo es siempre y, antes que nada, una producción literaria; es decir, requiere de un uso adecuado y profundo de la escritura como vehículo de expresión del pensamiento y de creación de nuevos mundos.
- Los buenos ensayos requieren del manejo de una técnica ensayística. Por eso, es aconsejable mirar cómo escriben los grandes ensayistas de la historia.
- Un buen ensayo toma en cuenta los siguientes aspectos: desarrolla una idea central (tesis), se apoya en fuentes fidedignas y serias, elabora un esbozo o mapa de composición del texto (plan), se asegura de que haya coherencia y cohesión entre párrafo y párrafo y, por último, determina con antelación cuál va a ser su extensión.
- Si el ensayo está dividido en partes se debe procurar que esta separación no atente contra la unidad del escrito, es decir, la totalidad de éste debe permanecer compacta.
- El ensayo pone en escena el pensamiento crítico, constituye un motor de reflexión, un generador de dudas, un diluyente de las verdades dadas, un gestor de nuevos puntos de vista.

c) Estructura básica del ensayo

El ensayo tiene tres partes básicas: *introducción, desarrollo y conclusión*: todo ello precedido de un título. ¿En qué consiste cada uno de estos apartados? A continuación, se indica.

El título. El título guarda relación con los dos personajes del escrito: el lector y el autor. Para el lector constituye el primer contacto con el ensayo; mientras que para el autor es la idea principal expresada en el menor número posible de palabras. Como en cualquier otro género literario, el título pone en evidencia las hipótesis, las conjeturas, las inferencias y las implicaciones del escrito. Todo título es, por así decirlo, “una promesa”, pues, lo que de él se infiera deberá ser desarrollado en el cuerpo del texto.

En fin, y como afirma Humberto Eco (1984, p.10): “Un título es ya una clave interpretativa”, es el disparador de las primeras conjeturas sobre el texto.

Según Ramírez (2016, p.49), el título cumple varias funciones y es susceptible de análisis. En efecto:

- Es la puerta de entrada al texto: él ubica al lector en los umbrales de lo que vendrá después. Son las primeras palabras que ofrece el autor para comunicarse con el lector.
- Por estar altamente codificado se convierte en un poderoso condensador de información: sintetiza aquello de que tratará el texto.
- Produce un efecto pragmático en el lector: lo apela, lo orienta, lo aproxima y lo interesa. El título cumple cuatro funciones: designa, describe, connota y seduce. [...]

La introducción. “Aquí se enuncia el tema, se plantea el problema y se esbozan los objetivos del ensayo. Debe estar escrito de tal manera que llame la atención del lector. Y, por supuesto, se ejercita la creatividad del ensayista para comenzar, según el esquema escogido con antelación” (Salamanca, 2012, p. 250). Lora, Orozco y Puello (2016), aconsejan que los escritores novatos: “incluyan la tesis (planteamiento del ensayista con respecto al tema, es decir de qué quiere convencer) después de una breve contextualización de la temática que se va a abordar” (p.13).

El desarrollo. Contiene la exposición y el análisis del tema, se plantea la tesis y se defiende a través de diversos tipos de argumentos (Salamanca, 2012). La función principal del desarrollo es sustentar o fundamentar la tesis o el planteamiento central (Lora, Orozco y Puello, 2016). Para fundamentar nuestra argumentación podemos utilizar diversas estrategias, como la ejemplificación, la analogía, la generalización, los principios de autoridad, hipótesis, deducciones, etc.

La conclusión. Como es de esperarse, constituye el cierre o colofón del ensayo. En esta parte se recurre a las ideas propias sobre el tema para sintetizar lo expuesto y argumentado, se sugieren soluciones y se proponen líneas de análisis para posteriores investigaciones y escritos.

Finalmente, aunque estas partes de la estructura del ensayo, por lo general, no se subtitulan, puede ocurrir que en algunos casos sí se deba o se pueda hacer, dependiendo de la extensión, el contenido, el tipo de ensayo y el estilo del ensayista entre otros aspectos.²

d) Ejemplo de un ensayo periodístico

<p style="text-align: center;">Migraciones 2021, buscar alternativas (1)</p> <p><u>Los flujos migratorios que la pandemia obligó a detener con el fin evitar los contagios retomarán sus inercias, una vez que las fronteras sanitarias se liberen, debido a que las inaceptables condiciones de vida, causa de las migraciones, no sólo se han mantenido, sino que se agravaron. (2)</u> Es decir, violencia, inseguridad, corrupción, privilegios para una parte minoritaria de la población, pobreza generalizada para la mayoría, acompañados por una profunda crisis económica y social.</p> <p><u>A estos flujos se les suele conceptualizar como económicos (3),</u> a diferencia de los desplazamientos surgidos de conflictos bélicos en los que diversos grupos se disputan el poder y cuyas consecuencias afectan a la población civil, casi siempre ajena a esos conflictos, y se ven obligados a escapar y desplazarse en condiciones por demás lamentables. Estas personas ven cómo su futuro se pierde en campos de refugiados, en supuestos albergues convertidos en verdaderas prisiones y, para colmo, recibiendo el rechazo de los nacionales de los países a los que llegan. Estos migrantes huyen de conflictos que ponen en peligro su vida y, a pesar de acuerdos internacionales que obligan a otorgarles asilo, viven laberintos de trámites sin ninguna seguridad de obtenerlo.</p> <p><u>Los datos de los migrantes internacionales son abrumadores (4).</u> De acuerdo con Naciones Unidas, el número de personas que vive en un país distinto del que nacieron es mayor que nunca: 272 millones en 2019, 51 millones más que en 2010. Comprenden hoy 3.5 por ciento de la población mundial, cifra que continúa ascendiendo con respecto al 2.8 por ciento de 2000 y 2.3 de 1980. Por otro lado, al menos 79.5 millones de personas en todo el orbe se han visto obligadas a huir de sus hogares, y, entre ellas, hay casi 26 millones en condición de refugiadas, más de la mitad son menores de 18 años. Es decir, uno por ciento de los habitantes del globo se han visto obligados a huir de sus casas como resultado de los conflictos y la persecución (cifras del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados).</p> <p><u>Las grandes potencias juegan su papel interviniendo en los diversos conflictos, no sólo para mantener las condiciones de privilegio en el comercio mundial y sus exportaciones de armas, sino para detentar la propiedad sobre importantes recursos necesarios para los desarrollos tecnológicos(5),</u> fuente de enormes riquezas, y tal como lo fue el petróleo en su momento, ahora lo son el litio, el coltán, los diamantes, las tierras raras, etcétera. [...]</p> <p>Si bien el Norte de África y Oriente Medio son las zonas más afectadas por la escasez, por las sequías, la falta de agua potable y la contaminación, prácticamente todas las regiones del mundo están afectadas. No sólo regiones pobres, sino Europa y América del Norte; dos de las zonas enriquecidas del planeta son vulnerables a la falta del recurso. Como señala la organización mencionada, aunque parezca mentira, en estas dos zonas del mundo hay 57 millones de personas que no tienen canalizado el acceso a agua en sus casas y 21 millones ni siquiera cuentan con acceso a servicios básicos de agua potable, siendo particularmente grave en Europa del Este, Cáucaso, Asia Central y en México. Todo ello es causa también de las llamadas migraciones ambientales.</p> <p><u>La pregunta que debemos contestarnos es si ante estas condiciones convulsas y caóticas del mundo actual, hay otra forma de resolver esos problemas sin que los seres humanos se vean obligados a migrar, perdiendo pertenencias, familias y cultura. (6)</u> Es decir, si bien la migración es un derecho humano, de igual forma lo es el no migrar, para lo cual los gobiernos tienen la responsabilidad de otorgar a sus poblaciones las condiciones para una vida digna y hacer posible que los ciudadanos ejerzan su derecho de migrar como una opción y no forzados por la necesidad.</p> <p>En esta pos <i>guerra fría</i>, y como han señalado diversos analistas, se vive un mundo convulsionado y desordenado que hace necesario, hoy más que nunca, se lleve a cabo una reforma profunda de todas las instituciones creadas después de la Segunda Guerra Mundial [...] Es urgente buscar formas efectivas de gobernanza global enmarcados en un nuevo orden mundial que tome en cuenta a los migrantes.</p> <p>No hay duda de que la enorme dificultad es que la comunidad de naciones conviva de manera civilizada y en paz, pero podrían tomarse como referentes las diversas regionalizaciones, aquellas</p>	<ol style="list-style-type: none"> (1) Título: da pistas sobre el tema a tratar y hace alusión a la conclusión. (2) Introducción: Expone el tema del ensayo. (3) Delimita un poco más el tema. (4) Desarrollo: ofrece datos para hacer una descripción del estado de las cosas. (5) Argumenta las razones del contexto detonador de la migración. (6) Plantea la pregunta de la tesis (7) Conclusión: responde a la
--	--

² Hamburger Fernández, Álvaro Andrés (2017). *Escribir para objetivar el pensar*. Bogotá: Universidad La Salle, p. 153-157.

<p>formadas por decisiones conscientes de los estados que se asocian por un sentido de cooperación enfatizando en el objetivo de la libertad de movimiento de los habitantes de esos espacios comunes, tal como se establece, por ejemplo, en la Unión Europea. Acceder a una gobernanza eficiente para minimizar los conflictos y maximizar la cooperación entre los Estados de la región y con el resto del mundo para que la migración deje de ser una necesidad³.⁽⁷⁾</p>	<p>tesis con su conclusión personal.</p>
--	--

e) Ejemplos de ensayos literarios

<p>Fragmento 1</p> <p>La soledad, el sentirse y el saberse solo, desprendido del mundo y ajeno a sí mismo, separado de sí, no es característica exclusiva del mexicano. Todos los hombres, en algún momento de su vida, se sienten solos; y más: todos los hombres están solos. Vivir, es separarnos del que fuimos para internarnos en el que vamos a ser, futuro extraño siempre. La soledad es el fondo último de la condición humana. El hombre es el único ser que se siente solo y el único que es búsqueda de otro. Su naturaleza, -si se puede hablar de naturaleza al referirse al hombre, el ser que, precisamente, se ha inventado a sí mismo al decirle “no” a la naturaleza- consiste en un aspirar a realizarse en otro. El hombre es nostalgia y búsqueda de comunión. Por eso cada vez que se siente a sí mismo se siente como carencia de otro, como soledad. Uno con el mundo que lo rodea, el feto es vida pura y en bruto, fluir ignorante de sí. Al nacer, rompemos los lazos que nos unen a la vida ciega que vivimos en el vientre materno, en donde no hay pausa entre deseo y satisfacción”.⁴</p> <p>Octavio Paz, <i>El laberinto de la soledad</i></p>
<p>Fragmento 2</p> <p>Abiertos y misteriosos son los grandes sistemas, inacabados siempre, porque aún los más rigurosos desde el punto de vista dialéctico terminan en un estado de ánimo inaprehensible y por eso abierto a meditación sin fin. Puede considerarse que este final mutismo revela un fracaso, mas ¿por qué se muestra tanto temor por ese accidente? ¿El fracaso no es la prolongación de la vida, el aplazamiento de nuestro triunfo, el golpe que nos vence, pero que es incapaz de matar el impulso? Cuando el propósito no se cumple, la fuerza, si perdura, conserva un potencial que la hará volver una y más veces a intentar la acción: así cada derrota hace más larga una lucha tenaz. Otros intentarán lo que no logramos y nuestro querer revivirá. Es una anticipación de la inmortalidad imaginar que otro y otros repetirán nuestra acción en el remoto porvenir. En cambio, el éxito es estéril y mediocre, se acomoda con el instante, muere con él, no suscita ni anhelos ni virtudes. Lo que se trunca por alzarse demasiado, conserva vigor en las raíces para recomendar el asalto de la altura. La columna rota es símbolo de un esfuerzo que aguarda otro mañana para volver a bregar. Obras sin concluir llaman a las generaciones futuras, nos hacen pensar en que la labor inconclusa se completará con los datos que aún no nos vienen, que guarda el destino. Y en el extraño dolor de la espera, un vislumbre del porvenir, rápido y trágico, muestra lo que nos falta inaprehensible y lejano: sentimos la inutilidad de nuestro individuo y lo sacrificamos en el deseo de lo futuro, con esa emoción de catástrofe que acompaña a toda grandeza.</p> <p>José Vasconcelos, <i>Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas</i>⁵</p>
<p>Fragmento 3</p> <p>HIMNO A GABRIELA</p> <p>Aplaudo a quienes concibieron este homenaje a Gabriela Mistral y me asocio a él desde mi retiro. Gabriela es un índice sumo del pensamiento y del sentimiento americanos. En ella se da la ira profética contra los errores amontonados por la historia; se dan la fe, la esperanza y la caridad; la promesa de una tierra mejor para el logro de la raza humana; la mano que traza en el aire los pases mágicos, a cuyo prestigio relampaguea ya la visión de un mundo más justo. Montañosa y profunda como los barrancos y las arrugas graníticas de los Andes; severa y solitaria en sus alturas de nieve, mansa y juguetona en los deshielos que bañan con su caricia las risueñas laderas; y por encima de las miserias naturales, depositaria y emisaria de la salud y el alimento —Ceres transmutada al orden del espíritu—, yo le ofrecería el sacrificio de la pancarpia [corona de flores], amasada con</p>

³ Aragonés, Ana María (2021). *Migraciones 2021, buscar alternativas*. Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2021/01/02/opinion/020a1eco>, recuperado el 18 de enero de 2021.

⁴ Fuente: <https://citas.in/frases/897094-octavio-paz-la-soledad-el-sentirse-y-el-saberse-solo-despren/>

⁵ <http://www.materialdelectura.unam.mx/index.php/edicion-2010/ensayo-contemporaneo-en-mexico/376-ensayo-contemporaneo-en-mexico-cat/380-001-jose-vasconcelos-gabino-barreda?start=3>

todas las pulpas frutales, que el griego silvestre brindaba, en las primeras cosechas y vendimias, a sus divinidades agrarias y benéficas. Ya he dicho en todos los tonos y en varias ocasiones lo mucho que admiro las letras de Gabriela Mistral: su verso que, sin dejar nunca las excelencias técnicas y aun las aglidades ingeniosas, descubre una nueva dimensión en las honduras de la conciencia; su prosa, brotada de fuentes nativas, que parece continuar a la naturaleza, y que, por ese y otros motivos, a un tiempo artística y sencilla, hace pensar en Santa Teresa. Hasta el coloquio sale aquí consagrado; y, como surge de una íntima necesidad, el modismo americano entra por su propio derecho en el torrente de la lengua, y la enriquece al modo que la enriquecieron los clásicos. La serenidad de Gabriela está hecha de terremotos interiores, y de aquí que sea más madura. Su bondad rebasa los límites de la filantropía personal —presa que se desborda—, y se vuelve cosa telúrica. Ya no es Gabriela quien nos aquieta, nos consuela o bendice: es un vasto soplo tonificante que anda entre los suelos y los cielos de América, cargado de esencias boscosas, rumores de pájaros y abejas, de talleres y campanarios. Un día me explicó este misterio: —Eso de haberse rozado en la infancia con las rocas —me dijo— es algo muy trascendental—. Y en verdad lo es para remontarse hasta las cumbres del alma sin soltar el lastre de las realidades más inmediatas; para, como los robustos eucaliptos, sorber entre la savia del tronco las piedras y los terrones del campo. ¿Qué sufrimiento, qué alegría la encontraron nunca indiferente? ¿Qué latido de nuestra América no ha pasado por su corazón? Su inmensa poesía está tejida con todos los estambres que hilan el trabajo y la virtud de los hombres. Así creían los antiguos que Heracles había construido el ara de Dídima con la sangre, los huesos, la sustancia misma de las víctimas ofrecidas. Yo no suelo hablar con tanto arrebató. Yo reservo mis entusiasmos para quienes creo que los merecen.

Alfonso Reyes, *Himno a Gabriela*⁶

Ejercicio 1: Investiga a qué movimientos literarios o culturales pertenecieron los ensayistas revisados anteriormente.

Octavio Paz	
Alfonso Reyes	
José Vasconcelos	

Ejercicio 2: Reconstruye y reescribe **uno** de los ensayos que has elaborado en el curso; la finalidad de esta actividad es que lo mejores a partir de las recomendaciones vistas en el tema anterior. Trabajaste con tres temas, elige uno de ellos:

- Por qué estudiar literatura en el bachillerato
- Fueron adecuados los cambios en la poesía del siglo XX
- ¿Cuál cuento me pareció más innovador?

2.1 Concepto de identidad y los elementos que la conforman

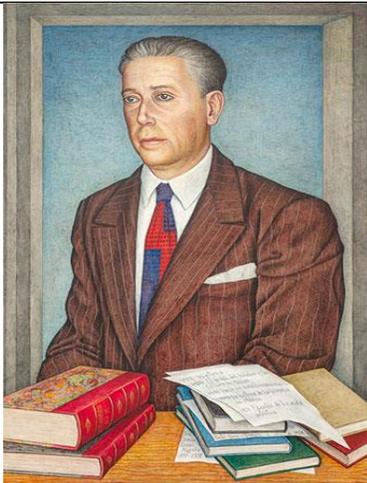
Ejercicio 3: Contesta ampliamente las siguientes preguntas según tu experiencia personal. Recuerda fundamentar tus respuestas.

- 1- ¿Cómo se puede definir el concepto “identidad”?
- 2- ¿Es importante tener una identidad?
- 3- ¿Puede tenerse una identidad sin estar consciente de ello?

⁶ Reyes, A. (1957). Himno a Gabriela. *Anales de la Universidad de Chile*, (106), pag. 19. doi:10.5354/0717-8883.2010.1836

- 4- ¿Hay distintos tipos de identidad?
- 5- ¿Puede cambiar la identidad a través del tiempo, el lugar y las circunstancias?
- 6- ¿Puede perderse la identidad debido a factores externos?
- 7- ¿Qué es la identidad cultural?
- 8- ¿Es importante el papel de la literatura en la conformación de la identidad cultural?
- 9- ¿Es la cultura prehispánica parte de la actual identidad cultural mexicana?
- 10- ¿Cuál es tu propia identidad cultural?

Ejercicio 4: Lee las siguientes semblanzas biográficas del filósofo Samuel Ramos y del historiador Francisco Xavier Clavijero. Lee también con atención los fragmentos de las obras que se incluyen y, finalmente, realiza las actividades que se te solicitan.

Samuel Ramos	
Semblanza biográfica⁷	
	<p>Samuel Ramos nació en Zitácuaro, Michoacán, en 1897. En 1909 ingresó al Colegio de San Nicolás de Hidalgo; allí publicó sus primeras páginas en la revista estudiantil <i>Flor de Loto</i>. En 1915 empezó a estudiar filosofía bajo la inspiración de su maestro, el doctor José Torres. Cursó el primer año de la carrera de medicina en Morelia, y en 1917 se trasladó a la Ciudad de México, donde cursó el segundo y el tercer año en la Escuela Médico Militar.</p> <p>En 1919 se mudó a la Escuela de Altos Estudios; enseñó introducción a la filosofía en la Escuela Nacional Preparatoria y lógica y ética, en la Nacional de Maestros. Se especializó en la Sorbona, en el Collège de France y en la Universidad de Roma.</p> <p>A su regreso a México continuó sus labores docentes y fue jefe de Extensión Universitaria. Posteriormente fue nombrado Oficial Mayor de la Secretaría de Educación Pública, para luego ser nombrado jefe del Departamento de Cooperación Intelectual de la misma Secretaría, carácter con el cual asistió al Congreso de Cooperación Intelectual reunido en La Habana, en 1941.</p> <p>Doctor en filosofía (1944) por la Universidad Nacional Autónoma de México, dirigió la Facultad de Filosofía y Letras (1944-1952) y fue coordinador de Humanidades y maestros de carrera.</p> <p>Suscitó las preocupaciones sobre la ontología del mexicano, por lo cual se le ha considerado iniciador de la corriente llamada “filosofía del mexicano”; no obstante, consagró una atención muy especial a los temas relacionados con la estética.</p> <p>Entre sus obras destacan las siguientes: <i>Hipótesis</i> (1928), <i>El caso Stravinsky</i> (1929); <i>El perfil del hombre y la cultura en México</i> (1934), traducido al inglés por la Universidad de</p>

⁷ Disponible en <https://colnal.mx/integrantes/samuel-ramos/>, recuperado el 11 de enero de 2021.

Texas, en Austin, en 1970; *Estudios de estética, Ensayo sobre Diego Rivera* (1935), *Más allá de la moral de Kant* (1938), *Hacia un nuevo humanismo* (1940), *Historia de la filosofía en México* (1943), *Veinte años de educación en México* (1951), *La filosofía de la vida artística* (1955), *El problema del a priori y la experiencia y las relaciones entre la filosofía y la ciencia* (1955), y *Nuevo ensayo sobre Diego Rivera* (1958).

Ingresó a El Colegio Nacional el 17 de septiembre de 1952. Su discurso de ingreso, una disertación sobre el valor de la obra de Antonio Caso, fue contestado por el licenciado José Vasconcelos.

Samuel Ramos Magaña murió en la Ciudad de México el 20 de junio de 1959.

Texto 1: En torno a las ideas sobre el mexicano / Samuel Ramos (fragmento) ⁸

El actual florecimiento de los estudios sobre el mexicano no es el fruto de un capricho o veleidad del pensamiento, ni obra de una improvisación, sino el síntoma de una auténtica inquietud de nuestra conciencia provocada por motivos externos e internos. Los motivos externos pueden encontrarse en la crisis de la Revolución de 1910 y en una situación mundial favorable a la definición de regionalismos. En cuanto a los motivos internos, éstos están constituidos por la maduración del espíritu mexicano que llega a la mayoría de edad y siente desarrollarse su individualidad propia. Los estudios sobre lo mexicano no podrían surgir del vacío, del mero deseo de encontrar algo que no existe. Si tal inquietud se ha generalizado es porque el núcleo de esa individualidad ya existe, aun cuando no como entidad acabada, sino como un proceso en marcha. [...]

Una de las preguntas que se hacen a propósito de la caracterización del mexicano es la siguiente: ¿A qué tipo de mexicano corresponden los rasgos que se señalan? ¿Pueden aplicarse igualmente a los blancos y a los indígenas? A pesar de su diversidad racial me parece que las diferencias no son tan profundas como parece. Los mestizos y criollos tienen muchos caracteres comunes con el indígena. Aun cuando los conquistadores españoles dominaron a los indígenas por la superioridad de su civilización, es un hecho que fueron también en buena parte conquistados por los nativos. Desde el siglo XVI, como lo señaló Luis González y González, los españoles fueron influenciados por la lengua, las costumbres, el ambiente de la vida indígena, hasta el punto de que puede hablarse de un mestizaje no únicamente de sangre, sino también de cultura. En nuestros días, sigue el indígena mezclado en la vida económica, política y cultural del país. Participa en ella ya sea como agricultor o como obrero, ya sea espiritualmente, por la penetración de su folklore en el arte; y cuando se separa de su comunidad para asimilarse a la vida de la ciudad, demuestra sus aptitudes compitiendo, en igualdad de circunstancias, en el comercio, la política y las profesiones intelectuales. Sus diferencias respecto a los blancos y mestizos son en general de condición social y económica que ocasiona una desigualdad en el nivel cultural, pero que no implica una inferioridad mental. Considerado en conjunto, el ambiente indígena constituye el trasfondo [...] de la vida mexicana.

⁸ Ramos, Samuel (2006) "El complejo de inferioridad", en: Roger Bartra (selección y prólogo) *La anatomía del mexicano*, México: De Bolsillo, p. 109-117.

Otra de las observaciones que se aducen como impedimento para tratar al mexicano como tipo general, es la existencia de grupos regionales, en relación con las variadas zonas geográficas y climáticas del país. Se podrían catalogar esos grupos del modo siguiente: los habitantes de la altiplanicie, que corresponde a la región central del país, de clima frío; los de tierra caliente y de las costas; los norteros y los yucatecos. A este respecto, hay que decir que tales variedades no afectan la unidad nacional. Aunque estos grupos humanos están separados por grandes distancias, los sacudimientos revolucionarios han tenido el efecto de movilizarlos y hacerlos que se pongan en contacto. Más recientemente, el progreso y la modernización de las comunicaciones, ha acortado las distancias y facilitado los viajes, que dan ocasión a que los mexicanos de distintos rumbos se conozcan mejor entre sí. Hay que observar que estas diferencias regionales se encuentran en casi todos los países, aun en las viejas naciones europeas, en donde es indiscutible la unidad nacional.

[...] Se ha llegado a plantear la cuestión de si debe o no tomarse en cuenta la idea política de “nación”. Sobre este punto es preciso aclarar que lo que influye en el carácter individual no es la nacionalidad en el sentido de una abstracción política y jurídica. Nosotros entendemos, en este caso, la nacionalidad en un sentido más viviente y más concreto, como un conjunto de experiencias colectivas del presente y del pasado que registran los resultados de todas las empresas realizadas en común; con la memoria de los triunfos o los fracasos, de las desgracias o las alegrías de los individuos cuando actúan socialmente. La suma de las experiencias vividas, con la memoria de tiempos pretéritos está presente en cada individuo, en un estrato de la conciencia, llamado “conciencia colectiva”, de cuyo fondo se desprende el yo individual, que nunca se independiza de aquélla. Por eso el estrato gregario del hombre es una fuerza más o menos poderosa que repercute de modo persistente en el desarrollo de la conducta individual. [Las] experiencias colectivas son motivo de una valoración de la nacionalidad, que no es siempre objetiva ni justa, por los factores emocionales que intervienen en ella.

La valoración de la nacionalidad mexicana se fue haciendo a lo largo del siglo XIX sobre la base de los acontecimientos más salientes de nuestra historia, que arrojan una suma de experiencias colectivas desfavorables. Como al sobrevenir la Independencia, los mexicanos se encuentran impreparados para la vida política, comienza un desorden en que el país oscila entre la anarquía y la dictadura. Esta situación debilita a México, que no puede hacer frente a los norteamericanos en la guerra del 47, y padece la derrota con la pérdida de una parte considerable de su territorio. Continúa el desequilibrio interno con la lucha de partidos, que mantiene la inestabilidad de las instituciones. Otro golpe a la autonomía nacional es el imperio de Maximiliano y la intervención francesa. Las frecuentes guerras civiles debilitan la economía y se agrava el empobrecimiento general. El orden porfiriano favorece solamente a la clase que está en el poder. La educación pública es precaria, la cultura superior insuficiente. No es, pues, extraño que todas estas desgracias conduzcan a una “autodenigración”, o sea a una valoración negativa de la nacionalidad. Un factor que debe tenerse en cuenta son las opiniones del extranjero que, generalmente abultadas o exageradas, representan a México como un país atrasado, sumido constantemente en el desorden y la barbarie. Desde la campaña de desprestigio atribuida a Poinsett, hasta las campañas de las agencias noticiosas norteamericanas que esparcían por todo el mundo las más absurdas informaciones sobre la Revolución de 1910, hay una continua afluencia a México de opiniones desfavorables que contribuyen a deprimir el valor de la nacionalidad entre los mismos mexicanos. Como efecto de esta devaluación surge la desconfianza de los mexicanos unos respecto de otros. Por un instinto defensivo natural se tiende a expulsar de la conciencia toda impresión penosa y deprimente, así que el sentimiento de la

inferioridad nacional es sumergido en la inconsciencia y los individuos se arreglan para formarse una idea favorable de sí mismos, que, aunque ilusoria, acaba por creerse verdadera y servir de compensación a las ideas depresivas. Es desde comienzos de la vida independiente cuando se inicia este proceso íntimo en el alma del mexicano, que se manifiesta exteriormente por un propósito de disimular, encubrir o falsificar la realidad, mediante el artificio de imitar modelos europeos. [...]

La nacionalidad no es solamente una categoría política sino un rasgo existencial de los hombres que la componen. Así que, al preguntarnos sobre lo que es el mexicano, tratamos de averiguar sobre la conciencia de su nacionalidad y el influjo que tal conciencia ejerce en su modo de ser y su conducta.

El hombre, como ser social que es, no vive solamente atenido a sus recursos individuales, que serían insuficientes para sostenerlo en la existencia. El individuo puede vivir solamente gracias a la organización de su comunidad local y nacional que le proporciona el ambiente y los medios de subsistencia, desde el lenguaje hasta los instrumentos materiales con qué satisfacer sus necesidades. La vida en común crea en cada individuo el sentimiento de la solidaridad, que da apoyo y estímulo a la acción individual. Podemos observar que el ciudadano de una nación poderosa, por insignificante que sea en lo individual, actúa fuera de su país con seguridad y aplomo, porque se siente respaldado por una fuerte nacionalidad. Cuando he afirmado que el mexicano padece un complejo de inferioridad, he querido decir que este complejo afecta su conciencia colectiva. Si la conciencia de la nacionalidad se encuentra debilitada por un sentimiento de inferioridad, es natural que, por una reacción compensatoria, se eleven o exageren los impulsos individuales. En una situación normal las tendencias individualistas son balanceadas por la acción moderadora de los sentimientos colectivos. Pero cuando falta ese contrapeso es explicable que el individualismo se exalte desmesuradamente. Por esta misma descompensación se explican toda una gama de rasgos del carácter mexicano muy distintos entre sí y aun contradictorios, pero que tienen como denominador común el ser todos expresiones de una actitud antisocial. Por ejemplo, la desconfianza, la agresividad, el resentimiento, la timidez, la altanería, el disimulo, etc.

No desconozco el hecho de que estos rasgos de carácter tienen su antecedente en los mexicanos de la época colonial, que adquirieron, por otros motivos, un modo de ser semejante. La vida social se encontraba entonces llena de desigualdades e injusticias que colocaban al criollo en una situación de inferioridad respecto al peninsular recién llegado. El mestizo, aun en una más baja condición, era inferior a todos los demás y, en su impotencia para obtener lo que quería, se hizo callado para disimular su pensamiento, y su expresión propendía a la mentira o al eufemismo. Por las noticias que tenemos de los mexicanos coloniales encontramos en ellos una fisonomía muy semejante a la nuestra. Es posible que haya tenido cambios favorables en la segunda mitad del siglo XVIII, pero vuelve a recaer en sus antiguas actitudes dentro de la atmósfera agitada del siglo XIX, por las circunstancias que hemos descrito.

Pero también la explicación propuesta sobre el origen de esa fisonomía pone de manifiesto que tal modo de ser es anómalo y falso; es como un disfraz de que se ha revestido el mexicano para ocultar su verdadero ser. Otros investigadores han aceptado y confirmado este punto de vista, como Octavio Paz, que reduce la fisonomía del mexicano a una máscara. Tras de esa máscara, encuentra una tendencia a la soledad que destaca el título mismo del libro de este autor: *El laberinto de la soledad*. Pero una observación más

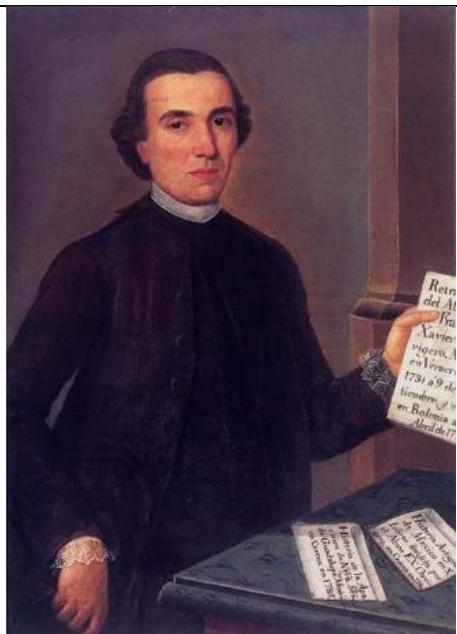
ajustada a la realidad mostraría que, al contrario de lo que afirma Paz, la soledad no proviene de una decisión voluntaria, sino de esa perturbación del carácter que lo hace antisocial. No es que el mexicano guste y quiera de la soledad, es que ésta se le impone como resultado de la timidez, la susceptibilidad, el recelo, la desconfianza, que se acompañan de reacciones inhibitorias. [...]

La Revolución Mexicana fue, entre otras cosas, un movimiento nacionalista. Descubrió un México falso de imitación europea, representado por el régimen afrancesado del porfirismo. Reivindicó a los indígenas como parte integrante de la nacionalidad mexicana. Al perturbarse la tendencia sana de regresar a lo vernáculo, desembocó antes de concluir la era revolucionario, en un falso nacionalismo, el nacionalismo del charro y la china poblana. De todos modos, es el momento en que se ve con claridad que el origen de los fracasos de la vida nacional radica en la aplicación de procedimientos extraños en vez de buscarse soluciones sugeridas por la naturaleza misma de los problemas, abandonando el sistema vicioso de la imitación. En ese momento, los mexicanos se dan cuenta de la ignorancia acerca de la propia realidad y se les impone la urgencia de observarla y conocerla tal como es. Por primera vez se piensa en ensayar nuevos sistemas económicos, sociales o políticos, aun cuando no ostenten una marca de fábrica extranjera.

Los ejemplos de este nacionalismo aparecen pronto en el campo de la cultura y la educación, que habían padecido también la imitación de Europa. La crisis de la Revolución apunta hacia un redescubrimiento de México, a través de las falsas apariencias que encubrían su realidad original. Así, por primera vez, el problema del autoconocimiento se plantea en términos precisos, para abrir la ruta que conduzca directamente a la auténtica realidad mexicana.

Francisco Xavier Clavijero

Semblanza biográfica/ por Luis Arturo Salmerón ⁹



El ilustre jesuita Francisco Xavier Clavijero nació en el puerto de Veracruz el 9 de septiembre en 1731. Realizó estudios de teología, filosofía, letras y lenguas en diversos colegios y en el noviciado de la Compañía de Jesús. Ya ordenado sacerdote, se convirtió en uno de los maestros más prestigiosos de los colegios de la Compañía en las ciudades de México, Valladolid (hoy Morelia) y Guadalajara. Entonces extendió sus estudios hacia las ciencias físicas y naturales. Su trabajo como profesor se complementó con el estudio del pasado prehispánico, su conocimiento del náhuatl y otras lenguas indígenas, y con su labor como catequista y defensor de indios.

Sus labores fueron bruscamente interrumpidas en 1767, cuando un decreto del monarca Carlos III expulsó de todos los dominios de la Corona española a la Compañía de Jesús. Clavijero, como otros sabios jesuitas, fijó su residencia en Italia, primero en Ferrara y después, de manera definitiva, en Bolonia. Fue en el destierro cuando emprendió su magna obra, la *Historia antigua de México*, que con las “Disertaciones” que la acompañan, constituyen uno de los más ambiciosos y abarcadores estudios sobre la antigüedad mexicana que se han escrito en mucho tiempo. Clavijero fue el primer historiador que además de ensalzar a las civilizaciones prehispánicas, vio en los indígenas a los herederos naturales y legítimos de aquella grandeza y esplendor –a pesar de la triste situación en que los habían colocado los europeos–, y los puso, en términos filosóficos, a la misma altura y dignidad que el resto de las personas.

La investigación para escribir dicho volumen la había iniciado en México y la continuó en Italia. Fue en este país donde leyó las obras de los filósofos en boga y se encontró con la aclamada tesis de la inferioridad física y moral de los habitantes de América. El profundo nacionalismo que había llevado a Clavijero al rescate de la historia antigua de su patria lo llevó a refutar con energía tales tesis, a las cuales llamó calumnias, y a escribir “para restituir a su esplendor la verdad ofuscada por una turba increíble de escritores modernos de la América”. Murió el 2 de abril de 1787 en Bolonia.

⁹ Disponible en: <https://relatosehistorias.mx/nuestras-historias/francisco-xavier-clavijero> recuperado el 11 de enero de 2021

Texto 2: El carácter de los mexicanos / Francisco Xavier Clavijero (fragmento)

Las naciones que ocupaban estas tierras antes de los españoles, aunque muy diferentes entre sí en su lenguaje, y parte también en sus costumbres, eran casi de un mismo carácter. La constitución física y moral de los mexicanos, su genio y sus inclinaciones, eran las mismas de los acolhuas, de los tlaxcaltecas, de los tepanecas y de las demás naciones, sin otra diferencia que la que produce la diferente educación. Y así, lo que dijere de unos, quiero que se entienda de los demás.

Varios autores, así antiguos como modernos, han emprendido el retrato de estas naciones; pero entre tantos no he hallado uno que sea exacto y en todo fiel. La pasión y los prejuicios en unos autores y la falta de conocimiento o de reflexión en otros, les han hecho emplear diversos colores de los que debieran. Lo que yo diré va fundado sobre un serio y prolijo estudio de su historia, y sobre el íntimo trato de los mexicanos por muchos años. Por otra parte, no reconozco en mí cosa alguna que pueda preocuparme en favor o en contra de ellos. Ni la razón de compatriota inclina mi discernimiento en su favor, ni el amor de mi nación o el celo del honor de mis nacionales me empeña a condenarlos; y así diré franca y sinceramente lo bueno y lo malo que en ellos he reconocido. Son los mexicanos de estatura regular, de la cual se desvían más frecuentemente por exceso que por defecto; de buenas carnes y de una justa proporción en todos sus miembros; de frente angosta, de ojos negros y de una dentadura igual, firme, blanca y tersa; sus cabellos tupidos, gruesos y lisos; de poca barba y rala y de ningún pelo (por lo común) en aquellas partes del cuerpo que no recata el pudor.

El color de su piel es ordinariamente castaño claro. No creo que se hallará nación alguna en que sean más raros los contrahechos. Un mexicano corcovado, un estevado, un bizco, se puede mirar como un fenómeno. Su color, su poca barba y sus gruesos cabellos, se equilibran de tal suerte con la regularidad y proporción de sus miembros, que tienen un justo medio entre la hermosura y la deformidad; su semblante ni atrae ni ofende; pero en las jóvenes del otro sexo se ven muchas blancas y de singular belleza, a la cual dan mayor realce la dulzura de su voz, la suavidad de su genio y la natural modestia de su semblante. Sus sentidos son muy vivos, especialmente el de la vista, la cual conservan entera aún en su decrepitud. Su complexión es sana y su salud robusta.

Están libres de muchas enfermedades que son frecuentes en los españoles; pero en las epidemias, que suele haber de tiempo en tiempo, son ellos las principales víctimas; en ellos empiezan y en ellos acaban. Jamás se percibe de la boca de un mexicano aquel mal aliento que produce en otros la corrupción de los humores o la indigestión del alimento. Son de complexión flemática, pero su salivación es rara y muy escasas las evacuaciones pituitosas de la cabeza. Encanecen y encalvecen más tarde que los españoles, y no son muy raros entre ellos los que arriban a la edad centenaria. De los demás casi todos mueren de enfermedad aguda. Son y han sido siempre muy sobrios en la comida; pero es vehemente su inclinación a los licores espirituosos.

En otro tiempo la severidad de las leyes los contenían en su beber; hoy la abundancia de semejantes licores y la impunidad de la embriaguez los han puesto en tal estado, que la mitad de la nación no acaba el día en su juicio; y ésta es sin duda la principal causa del estrago que hacen en ellos las enfermedades epidémicas; a lo cual se allega la miseria en

que viven, más expuesto que otro alguno a recibir las malignas impresiones, y una vez recibidas, más destituidos de los medios para corregirlas. Sus almas son en lo radical como las de los demás hombres, y están dotados de las mismas facultades. Jamás han hecho menos honor a su razón los europeos que cuando dudaron de la racionalidad de los americanos.

La policía que vieron los españoles en México, muy superior a la que hallaron los fenicios y cartagineses en nuestra España, y los romanos en las Galias y en la Gran Bretaña, debía bastar para que jamás se provocare semejante duda en un entendimiento humano, si no hubieran contribuido a promoverla ciertos intereses injuriosos a la humanidad. Sus entendimientos son capaces de todas las ciencias, como lo ha demostrado la experiencia. Entre los pocos mexicanos que se han dedicado al estudio de las letras, por estar el común de la nación empleado en los trabajos públicos y privados, hemos conocido hábiles geómetras, excelentes arquitectos, doctos teólogos y buenos filósofos, y tan buenos (hablo de la Filosofía Árábica que se enseñaba en nuestras escuelas), que en concurso de muchos hábiles criollos llevaron el primer lugar, de los cuales aún viven algunos que podría nombrar. Muchos concediendo a los mexicanos una gran habilidad para la imitación, se la niegan para la invención. Error vulgar que se ve desmentido en la historia antigua de la nación.

Su voluntad es sensible a las pasiones, pero éstas no obran en sus almas con aquel ímpetu y furor que en otras. No se ven regularmente en los mexicanos aquellos transportes de ira, ni aquellos frenesíes del amor que son tan frecuentes en otras naciones. Son lentos en sus operaciones y de una flema imponderable en aquellas obras que necesitan de tiempo y de prolijidad. Son muy sufridos en las injurias y trabajos, y muy agradecidos a cualquier beneficio, cuando la continua experiencia de tantos males no les hace temer algún daño de la mano benéfica. Pero algunos poco reflexivos, confundiendo el sufrimiento con la indolencia y la desconfianza con la ingratitude, dicen ya como proverbio, que el indio ni siente agravio ni agradece beneficio.

Esta habitual desconfianza en que viven los induce frecuentemente a la mendicidad y a la perfidia, y generalmente hablando, la buena fe no ha tenido entre ellos toda la estimación que debiera. Son por su naturaleza serios, taciturnos y severos, y más celosos del castigo de los delitos, que del premio de las virtudes. El desinterés y la libertad son de los principales atributos de su carácter.

El oro no tiene para ellos todos los atractivos que tiene para otros. Dan sin dificultad lo que adquieren con sumo trabajo. Su desinterés y su poco amor a los españoles les hace rehusar el trabajo a que éstos los obligan, y ésta es la decantada pereza de los americanos. Sin embargo, no hay gente en aquel reino que trabaje más, ni cuyo trabajo sea más útil ni más necesario.

El respeto de los hijos a los padres y de los jóvenes a los ancianos, es innato a la nación. Los padres aman demasiado a sus hijos; pero el amor del marido a la mujer es mucho menor que el de la mujer al marido. Es común (no general) en los hombres, el inclinarse más a la mujer ajena que a la propia. El valor y la cobardía en diversos sentidos se alternan de tal suerte en sus ánimos, que es difícil el determinar cuál de los dos prevalezca. Se avanzan con intrepidez a todos los peligros que les amenazan de parte de las causas naturales; pero basta a intimidarlos el ceño de un español. Aquella estúpida indiferencia respecto de la muerte y de la eternidad, que algunos autores creen

trascendental a todos los americanos, sólo se verifica en aquellos que por falta de instrucción no han formado idea del juicio de Dios.

Su particular afecto a las prácticas exteriores de la religión, degenera fácilmente en superstición [...]. Su pretendida adhesión a la idolatría es una quimera forjada en la desarreglada imaginación de algunos ignorantes. Uno u otro ejemplo de algunos serranos no es bastante para infamar a todo el cuerpo de la nación.

Finalmente, en la composición del carácter de los mexicanos, como en la del carácter de las demás naciones, entra lo malo y lo bueno, pero lo malo podría en su mayor parte corregirse con la educación, como lo ha mostrado la experiencia. Dificilmente se hallará juventud más dócil para la instrucción, como no se ha visto jamás mayor docilidad que la de sus antepasados a la luz del Evangelio. Por lo demás, no puede dudarse que los mexicanos presentes no son en todo semejantes a los antiguos, como no son semejantes los griegos modernos a los que existieron en tiempos de Platón y de Pericles. La constitución política y religión de un Estado, tiene demasiado influjo en los ánimos de una nación. En las almas de los antiguos mexicanos había más fuego, y hacían mayor impresión las ideas de honor. Eran más intrépidos, más ágiles, más industriosos y más activos, pero más supersticiosos y más inhumanos.

Actividades

- a) Elabora un glosario de 20 palabras que no conozcas de las lecturas (elige de entre las palabras subrayadas de la lectura).
- b) Diseña una sencilla línea del tiempo a partir de las semblanzas biográficas de los autores.
- c) Contesta las siguientes preguntas.
 - ¿Qué es para Samuel Ramos la “nacionalidad”?
 - ¿Qué sucesos históricos han influido negativamente en la conformación de la identidad del mexicano según Samuel Ramos?
 - ¿De acuerdo con Samuel Ramos, de qué manera influyó la Revolución Mexicana en la conformación de la identidad nacional?
 - ¿Por qué, según Samuel Ramos el mexicano tiene un “complejo de inferioridad”?
 - ¿Por qué menciona Samuel Ramos a Octavio Paz?
 - ¿Cómo se puede erradicar el “complejo de inferioridad” del mexicano?

 - ¿Por qué razón se propone Clavijero hablar sobre el carácter de los mexicanos?
 - ¿Cuáles son las características físicas más sobresalientes de los mexicanos según Clavijero? (menciona al menos 3)
 - ¿Cuáles son las características morales de los mexicanos según Clavijero? (menciona al menos tres)
 - ¿De qué modo, según Clavijero, se podrían “corregir” los “defectos” de los mexicanos?
 - ¿Cuál texto te parece más interesante, el de Clavijero o el de Ramos? ¿Por qué?

Ejercicio 5: Redacta un breve ensayo en el que contestes la siguiente pregunta: *Desde tu experiencia personal ¿qué es ser mexicano?*

2.2 Lo indígena y la negritud en la poesía y la prosa

2.2.1 Prosa indígena: los mitos

En este apartado estudiaremos algunos textos de origen prehispánico, en particular, textos míticos. Para ello, revisaremos en primer lugar el concepto de “mito” y después leeremos dos pequeños textos mitológicos de origen náhuatl y un fragmento de uno de los más grandes mitos mayas que se han conservado: el *Popol Vuh*.

Ejercicio 6: Contesta ampliamente, según tus propios conocimientos, las siguientes preguntas.

- ¿Qué es un mito?
- ¿Todas las culturas del mundo han elaborado mitos?
- ¿Los mitos son narraciones escritas u orales?
- ¿Son los mitos textos exclusivo de culturas no civilizadas?
- ¿Son importantes los mitos en la actualidad?
- ¿Puede considerarse que un mito es literatura?
- ¿Qué mitos conoces? ¿Alguno es tu favorito?

Los mitos son muy importantes para la vida cultural de un país y otorgan identidad a un grupo de individuos. Podemos definir al **mito** como una **narración de tradición oral que se ocupa de explicar de manera fantástica asuntos trascendentales que son de interés colectivo y en las que intervienen personajes excepcionales (dioses y héroes) en un tiempo remoto e inmemorial**. En esta unidad nos ocuparemos de estudiar algunos mitos prehispánicos, textos fundamentales que forman parte de la **identidad** de nuestra nación. Antes de leer los mitos, leamos algunas disertaciones teóricas sobre la naturaleza del mito.

Ejercicio 7: Lee con atención las siguientes posturas teóricas acerca del mito.

El sentido de las narraciones míticas ¹⁰

Carlos García Gual:

Los mitos proporcionan una primera e ingenua explicación del mundo y la vida, en un lenguaje simbólico peculiar, imaginativo y dramático. Ante el hosco absolutismo del entorno natural, el ser humano se empeña en encontrar un lenguaje que justifique su existencia. Ante la apabullante presencia de un universo ajeno, indiferente e insondable, la imaginación y el anhelo de hallar sentido configuran relatos fascinantes, que apagan la inquietud y la angustia ante el silencio inmenso, el vacío misterioso y amenazador. Al ser humano le urge hallar un significado para enfrentarse al mundo sin pasmo ni temor. Así que, para responder a sus interrogaciones existenciales, la imaginación colectiva elabora los mitos. Los grandes relatos míticos fundamentales humanizan y domesticar los fenómenos naturales y descubren a través de la enigmática

¹⁰ Tomado de: García Gual, Carlos (2014). *La mitología*. México: El Colegio de México/Turner, p.27-29;

naturaleza mensajes y símbolos, que revisten muy diversas figuras, bajo presencias ocultas y maravillosos poderes divinos. Los mitos hacen del absurdo entorno natural un ámbito significativo, comprensible y dramático. Hablan de los grandes enigmas y proponen explicaciones mediante relatos fantasmagóricos y casi siempre dramáticos. Suministran motivos para una interpretación fabulosa y simbólica del mundo, no solo en su realidad inmediata y visible, sino en su trasfondo último, al que los relatos fabulosos y las revelaciones míticas insuflan sentido. Los mitos informan acerca del más allá, celeste o infernal, cuentan las historias de las divinidades eternas, y revelan orígenes y causas que no podemos averiguar en nuestra experiencia limitada y efímera; es decir, vienen a ofrecer un consuelo a nuestra confusión y a salvarnos de una insignificancia caótica y azarosa.

Georges Dumézil:

El país que no tenga leyendas, dice el poeta, está condenado a morir de frío. Es muy posible. Pero el pueblo que no tenga mitos, está ya muerto. La función peculiar de esta clase de leyendas que son los mitos es, en efecto, expresar dramáticamente la ideología de la que vive la sociedad, mantener ante su conciencia no solo los valores que reconoce y los ideales que persigue de generación en generación, sino ante todo su ser y estructura mismos, los elementos que la constituyen; justificar, en fin, las reglas y prácticas tradicionales sin las cuales todo lo suyo se dispersaría.

Bronislaw Malinowski:

Los auténticos mitos -a diferencia de los cuentos maravillosos y otras curiosas narraciones de diversión ocasional- [...] fundamentan y justifican las normas por las que se rige la comunidad. Esos relatos sobre los orígenes y los modelos de tiempos pasados fortalecen la tradición que justifica unas costumbres y reglas que perviven mediante su rememoración y recuerdo. [...] “La función del mito consiste en fortalecer la tradición y dotarla de un valor y un prestigio aún mayores al referirla a la realidad de tiempos pasados, en los que era más elevada, mejor y más sobrenatural” “El mito es un ingrediente vital de la civilización humana, no un cuento ocioso, sino una fuerza laboriosa y activa; no una explicación intelectual ni una imaginería del arte, sino una carta pragmática de validez de la fe y la sabiduría moral primitiva”. La función de la mitología no es etiológica ni teórica, pues no viene a dar razón de las cosas y causas, sino que resulta pragmática y de continua aplicación en el contexto en el que actúa.

Jean-Pierre Vernant:

Es en el tiempo de entre las dos Guerras Mundiales cuando se transforma el horizonte de los estudios mitológicos y se desarrolla una problemática nueva. Los cambios se operan en direcciones múltiples, con ángulos de vista diferentes, a partir de disciplinas variadas: filosofía del conocimiento, psicología, sociología, etnología, historia de las religiones, lingüística. Pero los investigadores tienen en común el tomar el mito en serio, al aceptarlo como una dimensión irrecusable de la experiencia humana. Se

rechaza lo que tenía de estrechamiento limitado el positivismo del siglo precedente [que proponía que la evolución de la sociedad iba de la magia a la religión y de la religión a la ciencia, es decir, a la visión lógica y empírica sobre el mundo real]. Los positivistas tenían una confianza ingenua en una evolución de las sociedades que iban progresando desde las tinieblas de la superstición hacia la luz de la razón. Bajo diversos aspectos se esboza, en esta perspectiva, una rehabilitación del mito. Su “absurdidad” no es ya denunciada como un escándalo lógico; es sentida como un desafío lanzado a la inteligencia científica que se apresta a recogerlo para comprender eso otro que es el mito e incorporarlo al saber antropológico. [...] La aguda crisis de los valores morales de la refinada cultura occidental mostraba que sus dogmas y normas no eran de validez universal ni habían abocado a lograr una sociedad sin fisuras, se cuestionó y se relajó la superioridad del racionalismo y su desdén hacia los mitos, creencias y costumbres de las sociedades y mentalidades distintas.

¿Cuál de las siguientes posturas teóricas te pareció más interesante? Justifica tu respuesta

Según el tema que traten, los mitos pueden clasificarse en los siguientes tipos. Lee con atención el siguiente cuadro sinóptico.

Cuadro 1: Tipología de los mitos

Mitos teogónicos	Relatan el origen y la historia de los dioses. Por ejemplo, Atenea surgiendo armada de la cabeza de Zeus. A veces, en las sociedades de tipo arcaico, los dioses no son preexistentes al hombre. Por el contrario, frecuentemente los hombres pueden transformarse en cosas, en animales y en dioses. Los dioses no siempre son tratados con respeto: están muy cercanos a los hombres y pueden ser héroes o víctimas de aventuras parecidas a las de los hombres.
Mitos cosmogónicos	Intentan explicar la creación del mundo. Son los más universalmente extendidos y de los que existe mayor cantidad. A menudo, la tierra, se considera como originada de un océano primigenio. A veces, una raza de gigantes, como los titanes, desempeña una función determinante en esta creación; en este caso tales gigantes, que son semidioses, constituyen la primera población de la tierra. Por su parte, el hombre puede ser creado a partir de cualquier materia, guijarro o puñado de tierra, a partir de un animal, de una planta o de un árbol. Los dioses le enseñan a vivir sobre la tierra.

Mitos antropogónicos	Son aquellos relatos que forman parte de una cultura determinada y narran cómo tuvo lugar la creación del hombre y la forma en la que llegó al mundo, para poder desarrollar y expandir su cultura.
Mitos etiológicos	Explican el origen de los seres y de las cosas; intentan dar una explicación a las peculiaridades del presente. No constituyen forzosamente un conjunto coherente y a veces toman la apariencia de fábulas.
Mitos escatológicos	Son los que intentan explicar el futuro, el fin del mundo; actualmente, en nuestras sociedades aún tienen amplia audiencia. Estos mitos comprenden dos clases principales: los del fin del mundo por el agua, o por el fuego. A menudo tienen un origen astrológico. La inminencia del fin se anuncia por una mayor frecuencia de eclipses, terremotos, y toda clase de catástrofes naturales inexplicables, y que aterrorizan a los humanos.
Mitos morales	Aparecen en casi todas las sociedades: lucha del bien y del mal, ángeles y demonio, etc. En definitiva, los inventos y las técnicas particularmente importantes para un grupo social dado se hallan sacralizadas en un mito. Los ritos periódicos contribuyen a asegurar su perennidad y constituyen de esta forma una especie de seguro para los hombres. Las fiestas a que dan lugar son para los hombres ocasión de comunicarse con las fuerzas sobrenaturales y de asegurarse su benevolencia. ¹¹

Como te habrás podido dar cuenta, los mitos son un elemento cultural muy importante, que da identidad a un determinado grupo de personas. Pero, además, el mito tiene un **valor artístico** indiscutible. Antes que nada, el mito es una narración, un relato, que en sí mismo tiene un alto interés literario, además su intención religiosa o ritual. Dice García Gual que “el paso de la tradición religiosa [del mito] a la literatura ya se dio en la misma Grecia; allí los mitos conformaron el repertorio fundamental de la épica, la lírica y la tragedia”. [Aunque] los mitos han sido despojados de su fondo religioso, siguen albergando a su modo cierta atmósfera de misterio, como relatos enigmáticos, memorables y paradigmáticos que se integran en una tradición culta y libresca. Los mitos antiguos, entonces, pueden ser vistos en la actualidad como textos narrativos de un alto **valor literario**.¹²

Ejercicio 8: Lee los siguientes mitos de origen prehispánico e identifica de qué tipo de mito se trata (guíate con el cuadro 1). Es posible que haya varios tipos de mitos en un mismo texto.

a) Mito azteca: La creación de las cosas
Los dos grandes dioses, Tezcatlipoca y Quetzalcóatl, hicieron bajar del cielo a la Señora de la Tierra (Cipactli). Era un monstruo grandioso, lleno de ojos y bocas en todas sus coyunturas. En cada articulación de sus miembros tenía una boca y con sus bocas sinnúmero mordía, cual muerden las bestias. El mundo está lleno de agua, cuyo origen nadie sabe. Por el agua iba y venía el gran Monstruo de la Tierra. Cuando la vieron los dioses, uno a otro se dijeron: es necesario dar a la tierra su forma. Entonces se

¹¹ Disponible en: <https://mitosyleyendascr.com/>, recuperado el 11 de enero de 2021

¹² Adaptado de García Gual, Carlos (2015). *La mitología*. México: El Colegio de México, p. 165-166.

transformaron en dos enormes serpientes. La primera asió al gran Monstruo de la Tierra desde su mano derecha hasta su pie izquierdo, en tanto que la otra serpiente, en que el otro dios se había mudado, la trababa desde su mano izquierda hasta su pie derecho. Una vez que la han enlazado, la aprietan, la estrechan, la oprimen, con tal empuje y violencia, que al fin en dos partes se rompe. Suben la parte inferior y de ella hacen el cielo; bajan la parte superior y de ella forman la tierra. Los demás dioses veían y se llenaban de vergüenza al pensar que ellos mismos nada semejante habían podido hacer.

Entonces, para resarcir a la Señora de la Tierra del daño enorme que los dioses le habían hecho, bajaron todos los demás a consolarla y darle dones. En recompensa le concedieron que de sus carnes saliera cuanto el hombre necesita para sustentarse y vivir sobre el mundo. Hicieron que sus cabellos se mudaren en hierbas, árboles y flores. Su piel quedó convertida en la grama de los prados y en las flores que la esmaltan. Sus ojos se transformaron en cuevas pequeñas, pozos y fuentes. Su boca, en cuevas enormes, su nariz en montes y valles.

Ésta es aquella diosa que llora algunas veces por la noche, anhelando comer corazones de hombres y no quiere quedar en silencio en tanto que no se los dan, y no quiere producir frutos, si no es regada con sangre humana.

Descendieron un día los dioses a una caverna, en donde el Príncipe-Niño estaba yaciendo con la diosa Flor-Preciosa. De su connubio nació un dios llamado dios del Maíz. Fue sepultado en la tierra este dios recién nacido y de su cabello brotó el algodón; de una de sus orejas, una muy buena semilla que es el quelite y de la otra el chicalote; de su nariz fue formada la planta que llaman chíá. De sus dedos brotó una planta que yace bajo la tierra y es el camote; de sus uñas, el maíz largo, base del humano sustento, y del resto de su cuerpo, mil otros variados frutos, que los hombres siembran y cosechan.

Hecho esto, aún dijeron todos los dioses: triste vivirá el hombre si no hacemos para él algo que le produzca alegría. Es menester crear algo que le haga tomar amor a la Tierra, para que cante y baile, para que nos sirva y alabe. Oyó aquello el dios del Viento y se puso a cavilar en dónde podría hallar lo que los dioses pedían. Vino a su memoria el recuerdo de una hermosa doncella llamada Meyahuel. Voló hasta el lugar donde aquella virgen vivía, unida a otras muchas que una vieja abuela suya guardaba. Era ésta muy vieja y rendida por los años, tenía por nombre Tzitzimitl. Cuando el dios del Viento llegó todas estaban dormidas, pero él fue a despertar a Meyahuel y le dijo: en busca tuya vengo, porque he de llevarte al mundo. La doncella consintió en ir con él a la tierra. Entonces el dios del Viento la tomó sobre sus espaldas y bajó con ella a la tierra.

Cuando tocaron la tierra inmediatamente se transformaron en un hermoso y corpulento árbol, que se abría en dos grandes ramas. Una era el Sauce Precioso, y era la rama del dios del Viento; la otra era el Árbol Florecido, y era la rama de la doncella. Llegó, entretanto, la hora en que la vieja guardiana dejara su sueño. Cuando no vio junto a ella a su nieta comenzó a dar grandes gritos. Pero la doncella no apareció. Entonces la vieja abuela, llena de ira, convocó a todas las deidades que se llaman Tzitzime, y todas ellas unidas bajaron a la tierra en busca de la doncella y del dios del Viento, que había venido a robarla. Cuando la tierra tocaron todos aquellos dioses, el árbol se desgajó y una rama cayó hacia un lado separada de la otra, que cayó al lado opuesto. Cuando la anciana vio la rama Árbol Florecido, reconoció inmediatamente a su nieta y llena de furor, la destrozó y fue dando a cada deidad una parte de sus miembros. Los dioses los devoraron. La rama Sauce Precioso, que era la del dios del Viento, no fue tocada por los dioses, sino que quedó allí

abandonada. Cuando los dioses malévolos regresaron a sus alturas, entonces el dios del Viento recobró su antigua forma, y comenzó a recoger los huesos de la doncella esparcidos por la tierra, y los fue enterrando por los campos. De ellos brotó una planta, que abre sus aspas al viento, y que produce el vino blanco que beben los hombres. Bueno es y deleitoso, y si embriaga, no es por él mismo, sino por las raíces que le mezclan y que le dan embriagadora virtud.

Tipo de mito:

Justificación:

b) Mito azteca: Poemas solares

Es de noche; aún no brilla el sol, aún no hay aurora. Se reunieron los dioses, se juntaron en consejo allá donde es ahora Teotihuacan. Unidos, se dijeron: "Ea, dioses, venid acá, ¿quién toma a su cargo?, ¿quién se echa auestas el oficio de ser sol, de hacer aurora?" Entonces el que habla y se presenta delante es el Dios del Caracol. Dijo a los dioses: "¡Dioses, seré yo!" Una vez más hablaron los dioses y dijeron: "¿Quién otro más?" Inmediatamente juntos todos se miran unos a otros, se detienen en mirarse unos a otros, unos a otros se dicen: "¿Cómo ha de ser esto? ¿Cómo hemos de ser nosotros? Nadie se atrevía a ofrecerse como otro más; antes, todos tienen miedo, retrocedían, y ni uno solo se presentaba delante.

Había uno llagado de su cuerpo que estaba atento, prestando oído, en tanto que se hacía la discusión. A ese mismo al momento llamaron los dioses: "Eh, Purulento, ¡tú serás el otro!" Él, de buen grado acató el mandato, con toda voluntad lo acogió diciendo: "Bien está, dioses, una gran merced me habéis hecho." Entonces se pusieron a hacer penitencia: por cuatro días ayunaron el Purulento y el Señor del Caracol. Fue entonces cuando se encendió el fuego. Ya arde allá el fogón, el fogón que llaman Roca de los Dioses. Los instrumentos de penitencia del Señor del Caracol eran todos de gran precio: en vez de ramas de abeto, tenía plumas de quetzal; en vez de bola de grama para clavar las espinas, tenía una bola de oro; en vez de espinas comunes, tenía espinas de jade, y la sangre coagulada, la sangre sucia que queda en la herida, era coral, y el incienso que ofrecía, el más rico de los inciensos. En cambio, el Purulento en vez de ramas de abeto, tenía carrizos verdes; brotes de caña verdes, recogidos en manojos, todas ellas nueve por estar de tres en tres; en lugar de bolas de grama tenía bolas de hoja seca de pino y sus espinas de sacrificio con que se sacaba sangre eran verdaderas espinas de maguey, y lo que le salía al sangrarse, era en realidad su propia sangre, y en lugar de incienso ofrecía la raedura de sus llagas mismas.

A uno y a otro se le hizo una montaña, en la cual estuvieron haciendo su penitencia por espacio de cuatro días con sus noches. Cuando llegó a su término la cuarta noche de penitencia, fueron a arrojar luego, fueron a echar lejos de sí sus ramas de abeto y todo aquello con que habían estado haciendo su penitencia. Esto se hizo al llegar el término de su penitencia, cuando llegada la noche tenían que entregarse a su oficio, habían de

mudarse en dioses. Cuando la noche llegó, las ropas les distribuyen, ya los atavían, ya los engalanan. Al Señor del Caracol le dieron un morrión de blancas plumas de garza, de forma cónica, y su almilla de rica tela; pero al Purulento, solamente le dieron papel: una peluca de papel con que ceñir su cabeza, una tiara de papel y un taparrabo de papel.

Llegada así la media noche, todos los dioses se pusieron en torno al fogón que llaman Roca de los Dioses, en el cual por cuatro días había estado ardiendo el fuego. Se pusieron de ambas partes, se pusieron en dos filas, y en medio colocaron, hicieron parar a los dos, al llamado Señor del Caracol y al llamado Purulento. Los pusieron con el rostro dirigido hacia el fuego, los pararon con la cara vuelta hacia el fuego del fogón. Entonces alzan la voz los dioses y al Señor del Caracol dijeron: ¡Ea, pues, Señor del Caracol, échate, arrójate al fuego! Él va inmediatamente a arrojarle dentro del fuego; pero cuando llegó ante él el ardor era insoportable, insufrible, intolerable, como que por mucho tiempo el fogón había estado ardiendo, se había hecho un fuego abrasador. Él entonces sintió miedo, se detuvo a medio camino, retrocedió, volvió atrás. Y va otra vez a lanzarse, haciendo todo el esfuerzo para arrojarle con ímpetu, para dar consigo en el fuego; pero no pudo atreverse a ello. No bien hubo llegado a él el ardor de la fogata no pudo menos que retroceder y echarse a huir: ¡no lo podía soportar! Cuatro veces lo intentó y no pudo soportar el fuego. No pudo arrojarle al fuego, por fin. Y solamente cuatro veces se permitía hacer la prueba.

Cuando tal cosa vieron los dioses, luego gritaron al Purulento: ahora tú, es tu turno, Purulentillo, anda pues. El Purulento hizo un ímpetu y de un solo empuje se lanzó atrevido, hizo violencia a su corazón y cerró los ojos para no sentir el miedo; por nada se amedrentó, no se detuvo en la carrera, no volvió atrás, sino que al punto se dejó caer, de una vez se lanzó impetuosamente al fuego. En un momento se abrasa en llama, estrepitosamente chisporrotea y resplandece mientras arde, su carne en el fuego cruje. Cuando el Señor del Caracol vio al otro que ya estaba ardiendo, también él se lanzó al momento y también se abrazó en llamas.

Y es fama que entonces entró también el Águila al fuego, se fue en pos de ellos, se abalanzó al fuego, en el fuego se metió, y se quemó enteramente: por eso tiene el plumaje todo oscuro y requemado. Y también se metió el Tigre, pero no se quemó mucho cuando en el fuego cayó: solamente se chamuscó, se pintó con el fuego, no del todo se quemó, a medias sintió los efectos del fuego: por esto solamente tiene la piel manchada, como teñida de tinta; manchado en parte y salpicado de color negro. Y dicen que desde entonces se tomó de ahí la ley de llamar y dar nombre a los valientes en la guerra: Águila-Tigre. Primero se menciona el Águila, porque ella fue la primera en lanzarse al fuego y sólo entonces el Tigre la siguió y por esto en una voz se llama el guerrero valiente Águila-Tigre.

Cuando al fuego se hubieron arrojado ambos, enteramente ardieron hasta consumirse. Entonces los dioses todos se sentaron a esperar por dónde había de salir el Purulento que se había lanzado el primero, para ser el sol, para dar ser a la aurora. Cuando hubo pasado largo tiempo de que así estuvieron esperando, comenzó a enrojarse el cielo, por todas partes rodeaba el horizonte la aurora, la claridad de la luz. Dicen que entonces los dioses todos se arrodillaron para esperar por qué rumbo había de salir el que se había convertido en sol. A todos lados miraban, por todas partes fijaban la vista. Estaban el círculo dando vueltas. No tenía concierto su palabra, no convenían en su razonamiento, nada de lo que decían resultaba verdadero. Unos pensaban que por el Norte habría de

salir y hacia allá tenían el rostro; otros pensaron que por el Poniente, o por el Sur, y en estos puntos fijaron la vista. Por todos los puntos opinaron que saldría, como que por todo el rededor estaba la claridad envolviendo el cielo.

Unos hubo que estuvieron mirando hacia el Oriente y dijeron: por aquí precisamente tiene que salir, por allí ha de salir el sol. Verdadera y mucho fue la palabra de quienes allá miraron y allá con el dedo señalaron. Los que veían al Oriente eran el dios del Viento (Ehécatl), Nuestro Señor el del Anillo (Anahuatlitecu), el Señor del Espejo Rojo Humeante (Tezcatlipoca) y también las Serpientes de Nube (Mimichcoa).

Y al fin salió el Sol, al fin se puso delante, rojo enteramente, cual si de color hubiera sido teñido. Una vez salido, se estuvo contoneando de un lado a otro. Nadie podía verle el rostro, mortificaba los ojos, mucho resplandecía y lanzaba de sí rayos. Su irradiación llegó a todas partes, a todas partes penetró su calor. En pos de él salió el Señor del Caracol, y le iba siguiendo en el mismo punto del Oriente, al lado del que en sol se había mudado. Tal como habían caído en el fuego, el uno en pos del otro, así del fuego salieron, siguiendo el uno al otro. Y según la fama narra, la luz de ambos era igual. Cuando los dioses miraron que era igual el resplandor con que ambos relucían, otra vez hicieron consejo entre sí y dijeron: ¿Cómo ha de ser? ¿Cómo ha de hacerse esto? ¿Acaso los dos unidos irán siguiendo el camino? ¿Acaso han de relucir con igual luz ambos? Y todos los dioses dieron la sentencia: ¡Sea, hágase esto! Entonces uno de ellos salió corriendo, hirió la cara del Señor del Caracol, golpeándolo con un conejo, y así le estragó la cara, la hirió tal cual hoy se mira.

Cuando los dos (el Señor del Caracol y el Purlento) se presentaron a la vista, tampoco podían moverse, no podían seguir su ruta, sino que permanecían en pie, fijos, estaban parados, sin ánimo de moverse. Por esto de nuevo los dioses dijeron ¿Cómo vamos a vivir? No se mueve el Sol, ¿hemos de vivir tal vez confundidos con los hombres? No, que ellos resuciten, aunque nosotros muramos. Que medren y suban, aunque muramos todos. Entonces el dios del Viento se puso a hacer su oficio y dio muerte a todos los dioses. Un dios hubo, sin embargo, que, como la fama cuenta, se resistía a morir. Era Xólotl, que decía: ¡Oh dioses, que yo no muera! Y entre tanto lloraba, lloraba tanto que los ojos se le inflaron, se le hincharon los párpados. Y cuando a él llegó la Muerte, él se lanzó a huir corriendo ante ella. Se escabulló y fue a refugiarse entre las matas del maíz verde. Allí tomó el aspecto de las que tienen doble tallo. Pero, visto entre las matas, otra vez se echó a huir frente a su perseguidor, y se fue a meter entre los magueyes, y también se convirtió en maguey de doble corazón. Pero aun allí fue visto y de nuevo huyó y se fue a meter al agua, y se convirtió en ajolote: pero allí le atraparon y le dieron la muerte.

Tipo de mito:

Justificación:

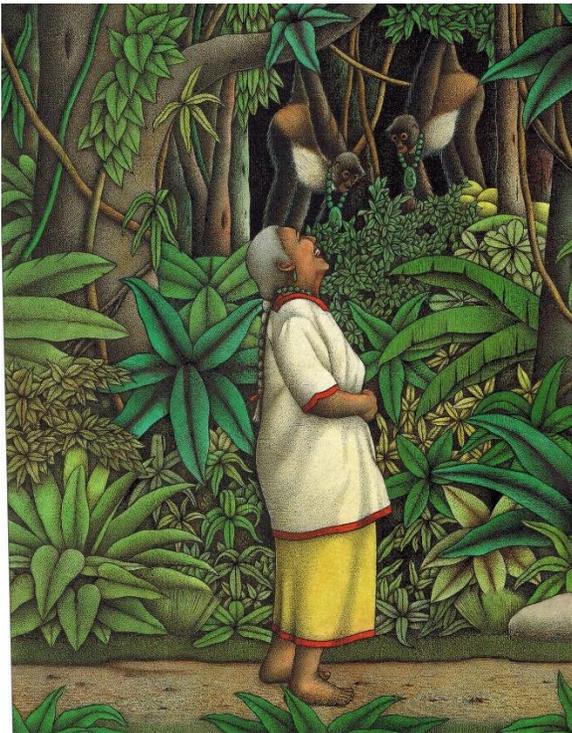
Lee el fragmento del libro maya *Popol Vuh*. En el siguiente vínculo se incluye el libro completo. Sólo deberás leer la **segunda parte**; después, contesta el ejercicio 10.

Popol Vuh Leer únicamente la **segunda parte** del siguiente texto:

<https://aprendizaje.mec.edu.py/aprendizaje/system/content/c171493/Idiomas%20Mayas/Maya%20Tz'utujil/Tradicion%20oral%20del%20lago%20Atitl%C3%A1n/Popol%20Wuj.pdf>

Ejercicio 10: Escribe al lado de cada imagen¹³ a qué escena del *Popol Vuh* se hace alusión.

Imagen 1



¹³ Imágenes tomadas de: *Popol vuh, libro sagrado de los mayas*. (2008) Versión de Víctor Montejo, ilustraciones de Luis Garay, México: Artes de México.

Imagen 2



Imagen 3

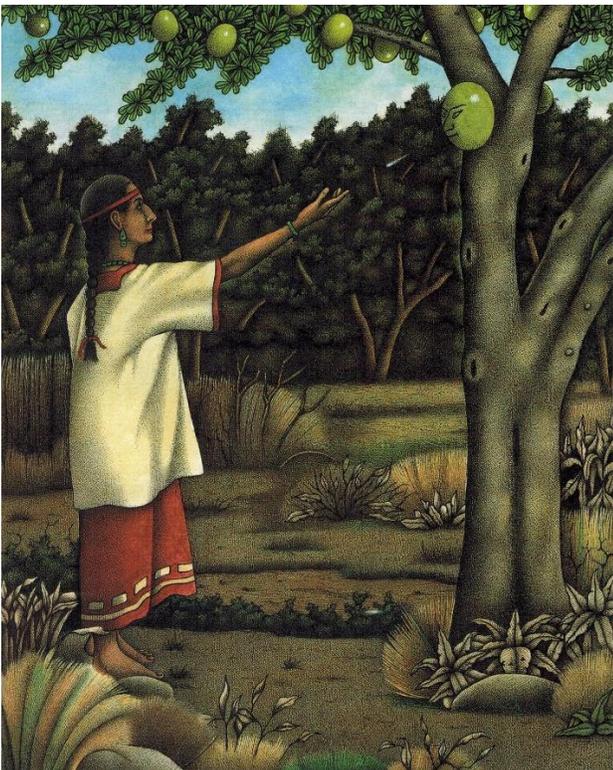


Imagen 4

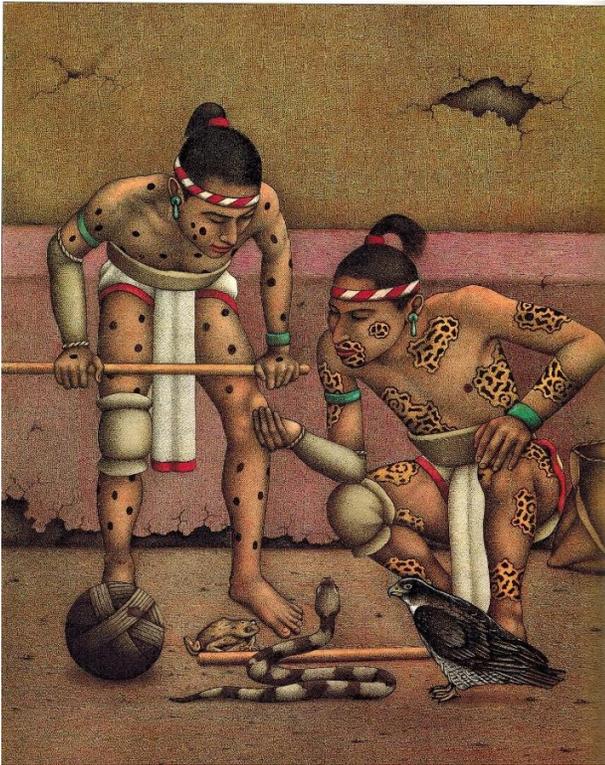
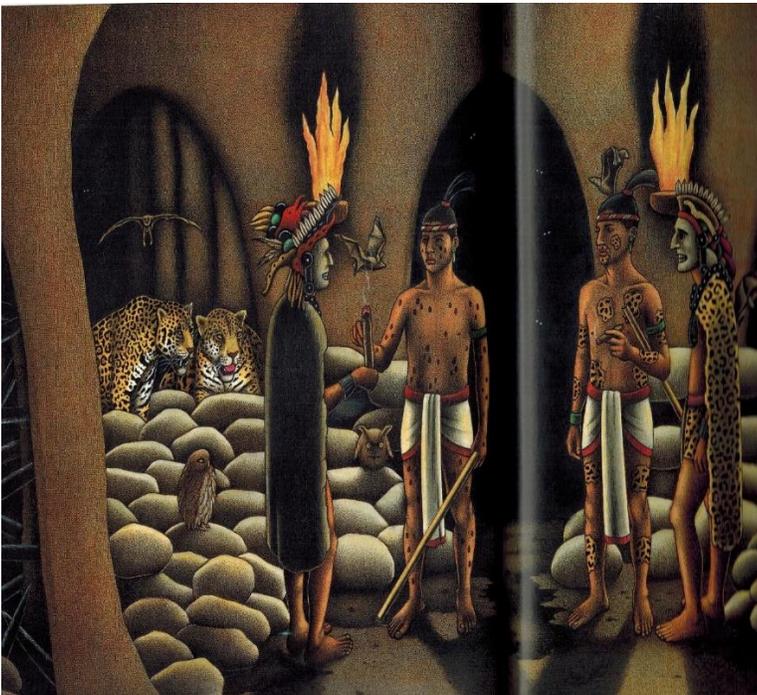


Imagen 5



2.2.2 Poesía indígena: antes y ahora

En este tema estudiaremos brevemente la poesía náhuatl de la época prehispánica y también nos detendremos en poetas indígenas contemporáneos. Como podrás ver, la poesía fue un género que se cultivó en el antiguo mundo náhuatl. En el siguiente cuadro conocerás los nombres de los poetas que recupera Miguel León-Portilla en su libro de referencia *Quince poetas del mundo náhuatl* y también te familiarizarás con los géneros de esta poesía prehispánica.

Cuadro 2: La poesía náhuatl

Representantes de la poesía náhuatl¹⁴	
Región tezcocana	I. Tlaltecazin de Cuauhchinanco (siglo XIV) II. Nezahualcóyotl de Tezcoco (1402-1472) III. Cuacuauhtzin de Tepechpan (mediados del siglo XV) IV. Nezahualpilli (1464-1515) V. Cacamatzin de Tezcoco (1494-1520)
México-Tenochtitlan	VI. Tochiuhtzin Coyolchiuhqui (fines del s. XVI mediados del s. XV) VII. Axayácatl (hacia 1449-1481) VIII. Macuilxochitzin (mediados del siglo XV) IX. Temilotzin de Tlatelolco (fines del s. XV-1525)
Región poblano-tlaxcalteca	X. Tecayehuatzin de Huexotzinco (s. XV-principios del s. XVI) XI. Ayocuan Cuetzpaltzin (segunda mitad del s. XV-principios del s. XVI) XII. Xayacámach de Tizatlan (segunda mitad del s. XV) XIII. Xicohténcatl el Viejo (1425-1522)
Región de Chalco-Amecameca	XIV. Chichicuepon de Chalco (siglo XV) XV. Aquiauhtzin de Ayapanco (circa 1430-circa fines del s. XV)
Géneros poéticos (cuícatl)	
Xochicuícatl	Poemas dedicados a las flores, la siembra o cosecha, primavera. La vida del ser humano se compara con el ciclo de vida de las flores.
Iconocuícatl	Poemas filosóficos, nostálgicos, tristes que cuestionan la brevedad de la vida, la muerte del ser humano, el reencuentro con los seres queridos.
Yaocuícatl	Poemas que tiene como tema principal la guerra o al dios Huitzilopochtli.
Teocuícatl	Poemas dedicados a otros dioses como Quetzalcóatl, Tezcatlipoca negro o rojo.

¹⁴ Disponible en: https://enriquedussel.com/txt/Textos_200_Obras/PyF_pueblos_originarios/Quince_poetas-Miguel_Portilla.pdf recuperado el 12 de enero de 2021.

Ejercicio 11: Elabora un cuadro sinóptico en el que incorpores 10 datos biográficos de Nezahualcóyotl, puedes agregar una o varias ilustraciones del autor.

Nezahualcóyotl: diez datos biográficos

Ejercicio 12: Lee los siguientes poemas y contesta lo que se te pide. Sigue el ejemplo.

Poemas	Género	Dos figuras retóricas
<p>Me siento fuera de sentido, lloro, me aflijo y pienso, digo y recuerdo: Oh, si nunca yo muriera, si nunca desapareciera... ¡Vaya yo donde no hay muerte, donde se alcanza la victoria! Oh, si nunca yo muriera, si nunca desapareciera...</p> <p>Nezahualcóyotl</p>	<p><i>Icnocuícatl</i></p>	<p><i>-Hipérbole: “si yo nunca muriera”</i></p> <p><i>-Paralelismo: “si yo nunca muriera, si nunca desapareciera”</i></p>
<p>Sobre las flores canta el hermoso faisán: ya sus cantos desata el Dueño del mundo, y sólo le responden sus propias aves. Son las aves rojas bellas que cantan. Un libro de pinturas es tu corazón: Viniste a cantar, oh poeta, y tañes tu atabal. Es que en la primavera deleitas a los hombres.</p> <p>Nezahualcóyotl</p>		
<p>¡Démonos gusto, amigos míos: vengan aquí los abrazos! En tierra florida andamos andando y no hay quien pueda ponerle fin. La flor y el canto se tienden allá en la Casa del Sol. Sólo por breve tiempo en la tierra vivimos: No será así siempre: espera la región del Misterio... ¿Hay ahí alegría? ¿Hay ahí amistad? ¡Ah no, que sólo en la tierra vinimos a conocernos!</p> <p>Tecayehuatzin</p>		
<p>Haciendo círculos de esmeralda está tendida la ciudad: Irradiando esplendores, cual pluma de quetzal, está México. Junto a ella van y vienen las barcas: son los jefes guerreros. Una niebla florida se tiende sobre las gentes. ¡Es tu casa aquí, oh autor de la vida! ¡Tú reinas aquí, oh padre nuestro! [...] Por los cuatro rumbos enciende la aurora la voz del Guerrero [...]</p> <p>Anónimo de Tenochtitlan</p>		

<p>Sobre su escudo, de vientre pleno, fue dado a luz el Gran Guerrero. Sobre su escudo de vientre pleno, fue dado a luz el Gran Guerrero. En la Montaña de la Serpiente es capitán, junto a la Montaña de la Serpiente es capitán, junto a la montaña se pone su rodela como máscara. ¡Nadie a la verdad se muestra tan viril como él! La tierra va estremeciéndose traviesa: ¿Quién se pone su rodela como máscara?</p> <p>Anónimo</p>		
<p>Brotaron, brotaron flores: Abiertas se yerguen delante del sol. Ya te responde el ave del dios: Tú en su busca vienes: “Cuántos son tus cantos, tanta es tu riqueza: Tú a todos deleítas, cual trepidante flor.” Por todas partes ando, por todas partes grito, yo el cantor. Bellas olientes flores se están esparciendo en el patio florido, entre las mariposas. [...]</p> <p>Monencauhtzin</p>		
<p>¡Esmeraldas son: turquesas tu greda y tus plumas, oh dador de la vida! Dicha y riqueza de los príncipes es la muerte al filo de la obsidiana, la muerte en la guerra.</p> <p>Anónimo</p>		
<p>Oye un canto mi corazón: me pongo a llorar; me lleno de dolor. ¡Nos vamos entre flores: tenemos que dejar esta tierra: estamos prestados unos a otros: iremos a la Casa del Sol! ¡Póngame yo un collar de variadas flores: en mis manos estén; florezcan mis guirnaldas! Tenemos que dejar esta tierra: estamos prestados unos a otros: nos vamos a la Casa del Sol!</p> <p>Nezahualcōyotl</p>		

<p>¿Es verdad que nos alegramos, que vivimos sobre la tierra? No es cierto que vivimos Y hemos venido a alegrarnos en la tierra. Todos así somos menesterosos. La amargura predice el destino Aquí, al lado de la gente.</p> <p>Nezahualcóyotl</p>		
--	--	--

Ejercicio 13: Señala la localización geográfica de las siguientes etnias indígenas de México:

Huicholes / Tarahumaras / Huastecos / Totonacos / Tzotziles / Mixes / Zapotecos /
Tzeltales / Yaquis / Mazatecos / Mixtecos / Mazahuas / Nahuas / Mayas / Purépechas /
Seris / Coras



Ejercicio 15: Lee los siguientes poemas de la poeta tzotzil Ruperta Bautista. Subraya los versos del poema que más te gusten y explica en el recuadro de la derecha por qué los elegiste.

***Xjobal Jalob te'.* Ruperta Bautista¹⁵**

<p><i>Luna celeste</i></p> <p>Protege sendero de ancianos de tibio corazón. Ofrece un ramo de estrellas florecientes, en el otro lado de la oscuridad. Se desprende del fogón celeste, platica en silencio la luna. Su alma pertenece a la aldea de luciérnagas del cielo. En pequeñas gotas absorbe el color del astro descansando entre las nubes. Mensajera de la tranquilidad. En la permanencia de la noche sonrío.</p>	
<p><i>Telar luminoso</i></p> <p>Lluvia de fuego enramándose al oído de los árboles. Las llamas se hilan en los cerros color purpúreo, se extienden sus arterias. Teje canto fuerte en el estómago de la tierra. Estrella circular encendida en su corazón. En la vena se incrusta el telar del trueno, entidad del fuego se forja en su cuerpo. Con sus dedos hila y teje la luz que cruza el cielo.</p>	

¹⁵ Bautista, Ruperta (2013). *Xjobal Jalob te'.* *Telar luminoso.* México: Pluralia/CONACULTA.

<p><i>Serpiente celeste</i></p> <p>Cabalga en las nubes, remolinándose en el aire infinito, refunde en el atisbo del astro.</p> <p>Se desliza en los versos silenciosos del cielo, penetra cortinas de luz, abren las ventanas del día.</p> <p>Desciende en líquenes celestes, serpentea en las ramas del árbol de la lluvia, el trueno habla en el núcleo de ese árbol.</p> <p>Sentados en el parlamento de sonidos los espíritus del agua sonríen, escuchan el anuncio de los hombres edad de tiempo.</p>	
<p><i>Maíz</i></p> <p>Se teje la sonrisa del sol sobre los bosques, mientras la plegaria de sembradores se eleva con el humo del copal. Abrazan el ojo del maíz blanco enraizado en el Este.</p> <p>Un anciano camina sobre el amanecer, sus lentos pasos mutilan la voz del dolor, colgado en los ojos de sus nietos. Habla con el horizonte, y penetra en sus venas el ojo del maíz azul, enraizado en el Oeste.</p> <p>Antsetik Balun k'anál [mujeres nueve estrella] llevan en sus hombros el morral tejido con el pensamiento y sabiduría labrados por las mujeres piel de tierra. Guardan los colores de la descendencia en el ojo del maíz amarillo enraizado en el Sur.</p> <p>En los listones multicolores de los guardianes, resbala el canto de las nubes. riega y fecunda el ojo del maíz rojo enraizado en el Norte.</p> <p>Los ojos del maíz vigilan desde las esquinas del universo.</p>	

2.2.3 La negritud en la poesía latinoamericana

Ejercicio 16: Lee los siguientes poemas con atención; escucha la recitación de un poema en la voz de su autor y los poemas musicalizados.

Nicolás Guillén		
<p>LA TARDE PIDIENDO AMOR</p> <p>La tarde pidiendo amor. Aire frío, cielo gris. Muerto sol. La tarde pidiendo amor. Pienso en sus ojos cerrados, la tarde pidiendo amor, y en sus rodillas sin sangre, la tarde pidiendo amor, y en sus manos de uñas verdes, y en su frente sin color, y en su garganta sellada... La tarde pidiendo amor, la tarde pidiendo amor, la tarde pidiendo amor.</p> <p>No. No, que me sigue los pasos, no; que me habló, que me saluda, no; que miro pasar su entierro, no; que me sonríe, tendida, tendida, suave y tendida, sobre la tierra, tendida, muerta de una vez, tendida... No.</p>	<p>CANCIÓN DEL BONGÓ</p> <p>Ésta es la canción del bongó: —Aquí el que más fino sea, responde, si llamo yo. Unos dicen: <i>ahora mismo</i>, otros dicen: <i>allá voy</i>. Pero mi repique bronco, pero mi profunda voz, convoca al negro y al blanco, que bailan el mismo son, cueripardos o almprietos más de sangre que de sol, pues quien por fuera no es noche, por dentro ya oscureció. Aquí el que más fino sea, responde, si llamo [yo]. En esta tierra, mulata de africano y español (Santa Bárbara de un lado, del otro lado, Changó) siempre falta algún abuelo, cuando no sobra algún Don y hay títulos de Castilla con parientes en Bondó: vale más callarse, amigos, y no menear la cuestión, porque venimos de lejos y andamos de dos en dos. Aquí el que más fino sea, responde, si llamo yo. Habrá quien llegue a insultarme, pero no de corazón; habrá quien me escupa en público, cuando a solas me besó... A ése, le digo: —Compadre, ya me pedirás perdón, ya comerás de mi ajiaco, ya me darás la razón, ya me golpearás el cuero, ya bailarás a mi voz, ya pasearemos del brazo, ya estarás donde yo estoy: ya vendrás de abajo arriba, ¡que aquí el más alto soy yo!</p>	<p>IBA YO POR UN CAMINO</p> <p>Iba yo por un camino cuando con la muerte di.</p> <p>-¡Amigo! -gritó la muerte, pero no le respondí, pero no le respondí; miré no más a la Muerte, pero no le respondí.</p> <p>Llevaba yo un lirio blanco, cuando con la Muerte di. Me pidió el lirio la muerte, pero no le respondí, pero no le respondí; miré no más a la Muerte, pero no le respondí.</p> <p>Ay, Muerte, si otra vez volviera a verte, iba a platicar contigo como un amigo; mi lirio, sobre tu pecho, como un amigo; mi beso, sobre tu mano, como un amigo; yo, detenido y sonriente, como un amigo.</p>

Luis Palés Matos		Ildefonso Pereda Valdés
DANZA NEGRA	NUMEN	LOS TAMBORES DE LOS NEGROS
<p>Calabó y bambú. Bambú y calabó. El Gran Cocoroco dice: tu-cu-tú. La Gran Cocoroca dice: to-co-tó. Es el sol de hierro que arde en Tombuctú. Es la danza negra de Fernando Poo. El cerdo en el fango gruñe: pru-pru-prú. El sapo en la charca sueña: cro-cro-cró. Calabó y bambú. Bambú y calabó.</p> <p>Rompen los junjunes en furiosa u. Los gongos trepidan con profunda o. Es la raza negra que ondulando va en el ritmo gordo del mariyandá. Llegan los botucos a la fiesta ya. Danza que te danza la negra se da.</p> <p>Calabó y bambú. Bambú y calabó. El Gran Cocoroco dice: tu-cu-tú. La Gran Cocoroca dice: to-co-tó.</p> <p>Pasan tierras rojas, islas de betún: Haití, Martinica, Congo, Camerún; las papiamentosas antillas del ron y las patualesas islas del volcán, que en el grave son del canto se dan.</p> <p>Calabó y bambú. Bambú y calabó. Es el sol de hierro que arde en Tombuctú. Es la danza negra de Fernando Poo. El alma africana que vibrando está en el ritmo gordo del mariyandá.</p> <p>Calabó y bambú. Bambú y calabó. El Gran Cocoroco dice: tu-cu-tú. La Gran Cocoroca dice: to-co-tó.</p>	<p>Jungla africana – Tembandumba. Manigua haitiana – Macandal.</p> <p>Al bravo ritmo del candombe despierta el tótem ancestral: pantera, antilope, elefante, sierpe, hipopótamo, caimán. En el silencio de la selva bate el tambor sacramental, y el negro baila poseído de la gran bestia original.</p> <p>Jungla africana – Tembandumba. Manigua haitiana – Macandal.</p> <p>Toda en atizo de fogatas, bruja cazuela tropical, cuece la noche mayombero el negro embó de Obatalá. Cuajos de sombra se derriten sobre la llama roja y dan en grillo y rana su sofrito de ardida fauna nocturnal.</p> <p>Jungla africana – Tembandumba. Manigua haitiana – Macandal.</p> <p>Es la Nigricia. Baila el negro. Baila el negro en la soledad. Atravesando inmensidades sobre el candombe su alma va al limbo oscuro donde impera la negra fórmula esencial. Dale su fuerza el hipopótamo, coraza brindale el caimán, le da sigilo la serpiente, el antilope agilidad, y el elefante poderoso rompiendo selvas al pasar, le abre camino hacia el profundo y eterno numen ancestral.</p> <p>Jungla africana – Tembandumba. Manigua haitiana – Macandal.</p>	<p>Los negros de largos tambores de rojos collares, de plumas azules, de labios violentos, de ojos sensuales, llenan la ciudad de un chillerío africano. Borocotó, borocotó, borocotó, chás, chás Borocotó, borocotó, borocotó, chás, chás.</p> <p>¡Música de la selva en medio de la ciudad! ¡Alegría de los negros de dientes afilados! Un Rey de chuchería, va haciendo ceremonias, con una solemnidad de payaso africano. Borocotó, borocotó, borocotó, chás, chás Borocotó, borocotó, borocotó, chás, chás.</p> <p>El candombe derrocha color en el tablado de serpentinas, donde los negros danzan al son de los tambores hasta romper el tímpano de la ciudad. Borocotó, borocotó, borocotó, chás, chás Borocotó, borocotó, borocotó, chás, chás.</p> <p>Cuando la ciudad se apaga de luces y colores. Y muere el carnaval en la primera aurora. Los negros se retiran. Y mi corazón que es un tambor al latir repite sordamente, locamente: Borocotó, borocotó, borocotó, chás, chás Borocotó, borocotó, borocotó, chás, chás.</p>
<p>Para escuchar:</p> <p>a) Canción del bongó en la voz de Nicolás Guillén: https://youtu.be/Iw43pAYnDhw</p> <p>b) Poema musicalizado de Nicolás Guillén por Pablo Milanés (tres versiones): https://youtu.be/sB5W1EOUGig, https://youtu.be/cVzWWKJL65c, https://youtu.be/T7cv510fSIk</p> <p>c) Poema musicalizado de Ildefonso Pereda Valdés (dos versiones): https://youtu.be/IV1UtXwEbfI, https://youtu.be/ZhOAXCbaHKA</p>		

Ejercicio 17: Escribe en una cuartilla tu opinión sobre lo que leíste y escuchaste en el ejercicio anterior.

Unidad 3: El hombre y la naturaleza

3.1 Tópicos de la naturaleza en los textos literarios

En este primer tema revisaremos uno de los tópicos de la naturaleza que más se han empleado en literatura, sobre todo en la renacentista y la romántica: la rosa.

Ejercicio 18: Escribe qué tema o trama narrativa te parecería adecuada para los siguientes elementos de la naturaleza; sigue el ejemplo.

Atardecer	<i>Un atardecer es adecuado para tratar temas en los que se presente el final de algo: de una relación, de una vida, de una época, etc.</i>
Montaña	
Selva	
Bosque	
Viento	
Sol	

Ejercicio 19: Lee el siguiente texto

La rosa y el *carpe diem*¹⁶

En la Antigüedad, a partir de la reflexión sobre la mortalidad y la brevedad de la vida, se formuló el tema del *carpe diem*, llamado así por el célebre verso de Horacio: "*carpe diem, quam minimum credula postero*" (Horacio, *Od. I.XI, 8*); que invita a gozar de la vida mientras dura, debido precisamente a su brevedad. Un buen ejemplo del uso del tópico de la rosa como símbolo del *carpe diem* es el siguiente poema de Sor Juana Inés de la Cruz.

Miró Celia una rosa que en el prado
ostentaba feliz la pompa vana
y con afeites de carmín y grana
bañaba alegre el rostro delicado;

y dijo: Goza, sin temor del hado,
el curso breve de tu edad lozana,
pues no podrá la muerte de mañana
quitarte lo que hubieres hoy gozado.

Y aunque llega la muerte presurosa
y tu fragante vida se te aleja,
no sientas el morir tan bella y moza;

mira que la experiencia te aconseja
que es fortuna morirte siendo hermosa
y no ver el ultraje de ser vieja.

Lo primero que se ofrece en este soneto es la aparición de la rosa como *motivo*; según Blanca González de Escandón: "[...] la rosa viene a representar la primavera, la fecundidad, la juventud, la vida, al mismo tiempo que la tristeza del agostamiento y la muerte, sugerencias graves las unas, voluptuosas las otras, que se entrelazan y confunden" (11). Se describe la rosa en toda su belleza, pero a la vez se le recuerda su brevedad (*carpe diem*).

Durante el Renacimiento, el *motivo* de la rosa servía para describir las características físicas de la dama, que estaba condenada a desaparecer con el paso del tiempo y la llegada de la muerte, razón por la cual el poeta invitaba a gozar de la vida, como en el célebre poema de Garcilaso de la Vega.

En tanto que de rosa y azucena
se muestra la color en vuestro gesto,
y que vuestro mirar ardiente, honesto
enciende el corazón y lo refrena;

y en tanto que el cabello, que en la vena
del oro se escogió, con vuelo presto,
por el hermoso cuello blanco, enhiesto,
el viento mueve, esparce y desordena;

¹⁶ Ideas tomadas de: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-30822011000100008, recuperado el 17 de enero de 2021.

coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto, antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.

Marchitará la rosa el viento helado,
todo lo mudará la edad ligera,
por no hacer mudanza en su costumbre.

Garcilaso pone un énfasis especial en la belleza de la mujer en los cuartetos, describe la piel mediante los *motivos* de la rosa y la azucena, pero pone particular atención en su mirar: la mirada de la dama es ardiente y honesta a la vez, esparce luz sobre la tempestad que se serena con ella, es una mirada muy incitadora, es la cautivadora del enamorado. La imagen del segundo cuarteto es de una sensualidad impresionante, describe el cabello moviéndose suavemente por el cuello; todo en Garcilaso es sensualidad e invitación a gozar del presente, pues pronto el tiempo de la vejez marchitará la lozanía de la rosa. Veamos otro poema de Sor Juana.

Rosa divina que en gentil cultura
eres con tu fragante sutileza
magisterio purpúreo en la belleza,
enseñanza nevada a la hermosura;

amago de la humana arquitectura,
ejemplo de la vana gentileza
en cuyo ser unió naturaleza
la cuna alegre y triste sepultura:

¡cuán altiva en tu pompa, presumida,
soberbia, el riesgo de morir desdeñas;
y luego, desmayada y encogida,

de tu caduco ser das mustias señas!
¡Con qué, con docta muerte y necia vida,
viviendo engañas y muriendo enseñas!

El trato a la rosa es totalmente diferente del que se le da en el otro soneto de sor Juana. En los cuartetos se la describe: el primero la hace *divina*, de dulce aroma, bella y hermosa, además se le dan características de maestra, pues se la convierte en *magisterio* y *enseñanza*; el segundo cuarteto empieza haciéndola un símbolo de la arquitectura humana, es decir un ejemplo, los siguientes versos la hacen de una *vana sutileza*, finalmente los dos últimos versos nos demuestran por qué la rosa tiene estas características: es una maestra no por su hermosura, sino por su brevedad, pues muere en cuanto nace. Los tercetos resultan una contradicción de lo anteriormente dicho; mientras que los cuartetos eran una alabanza de la rosa, los tercetos la atacan, la llaman *soberbia y presumida* cuando nace, y luego a convierten en un ser pequeño y frágil que es destruido en un momento. De ahí concluye sor Juana a diferencia del soneto “Miró Celia una rosa...”, que la vida de ésta engaña a las personas por su hermosura, mientras que su muerte invita a la reflexión sobre la brevedad de la vida (enseñanza del *carpe diem*).

Ejercicio 20: Lee el siguiente cuento y contesta lo que se te pide.

Botón de rosa / Florencio M. del Castillo

Elle était de ce monde, où les plus belles choses

Ont le pire destin.

Et rose, elle a vécu ce que vivent les roses,

L'espace d'un matin.

Malherbe

Los bellísimos versos colocados al frente de estas líneas, encierran una verdad profundamente triste, que más de una vez me ha hecho meditar. Encontré un día la estrofa entre las poesías de Malherbe, y la melancolía que respira cada verso cautivó mi atención; otro día la vi grabada sobre la losa de una tumba, y entonces arrancó lágrimas de mis ojos. Todo contribuía a aumentar la impresión: la tarde estaba nublada, fría, airosa; el panteón permanecía desierto, y no había más ruido que el lúgubre murmurio de los árboles... y me incliné a contemplar la inscripción de la losa: "María", ¡muerta a los diecisiete años de edad!, he aquí lo que leí después de la estrofa.

¡María!, ¡nombre dulcísimo que acaricia los labios al pronunciarlo! ¡Una mujer que tiene ese nombre no puede menos de ser un ángel! ¡Muerta a los diecisiete años!, ¡tan joven, cuando apenas comenzaba a vivir!... ¡Oh! cuánta verdad respiraban allí estas palabras: "Vivió lo que viven las rosas: ¡el espacio de una mañana!"

¡Morir!, ¿por qué mueren las mujeres jóvenes?, ¿por qué se hiela un corazón que comienza a palpar?, ¿por qué se marchitan tan pronto las flores más bellas?, ¿por qué todo lo delicado, lo hermoso, lo poético, dura tan poco en el mundo, que apenas queda memoria y huella de su paso?... ¡Dios mío, qué tristes son esas ideas, cuando se tiene un corazón sensible, cuando hay necesidad de creer, si no en la duración de las cosas, si a lo menos en la de ciertos sentimientos! ¿Será posible que todo pase, que todo se desvanezca? Pero, ¿no hay en nosotros algo que se sobreponga al tiempo? ¿Los más bellos sentimientos morirán también como esas flores que se abrieron con la aurora y ya inclinan su corola marchita sobre la losa de la tumba?

¡María! ¡Yo os referiré la historia de la joven que duerme aquí; es una historia bien sencilla, que no tiene más que una página; pero la única que puede contarse junto a la tumba de una virgen! Luis era un joven meditabundo, reservado, silencioso, de alma poética, de corazón generoso, pero tímido y melancólico. Tenía veinte años y se había criado en el campo, admirando la naturaleza, aspirando los raudales de poesía que encierra la creación para todos los corazones puros y sencillos. Pero Luis era huérfano, y no se habían desarrollado en su corazón los tesoros de amor con que Dios dota a estas criaturas destinadas a vivir lejos del tumulto, como esas estrellas que resplandecen solitarias en el cielo.

Casto e ignorante, creció como las flores del campo: las escenas de la naturaleza infundían en su alma recogimiento y adoración a Dios, pero su oración carecía de entusiasmo y ternura: es que aún no comprendía el más sublime de los misterios.

Una mañana entró Luis a la iglesia.

Era muy temprano aún; la aurora teñía de púrpura y oro el cielo, y las estrellas se desvanecían tras el velo de plata que se extendía por el firmamento; la tierra iba despertando llena de vida; las flores abrían sus pétalos, los pájaros gorjeaban en la enramada, y el ambiente cargado de aromas traía el placer y la salud.

La iglesia estaba todavía envuelta en las sombras: los cirios del altar formaban un círculo luminoso, y todo el resto de la nave permanecía sombrío.

Las ceremonias del cristianismo son poéticas y solemnes; la pompa y el lujo infunden respeto hacia el Ser Supremo; sin embargo, yo prefiero, y conmueve más mi alma la sencillez de una capilla de aldea; me parecen más bellas las flores sobre el altar, que el oro; habla más al corazón la temblorosa voz del anciano sacerdote, que el estrépito de la orquesta; me infunden más devoción el sacrificio de la misa celebrado a la aurora para que los labradores no pierdan una parte de su trabajo, que la solemnidad tardía de una catedral.

Luis se arrodilló y mezcló sus oraciones a las de los pobres campesinos.

Cuando el sacerdote se volvió para echar la bendición al pueblo arrodillado, el sol brotaba sobre el horizonte, y la iglesia se inundaba repentinamente de claridad.

Luis miró entonces a su lado, al pie de una columna, como si fuera una evocación de la luz, a una joven vestida de blanco, rubia como la espiga de los trigos, que tenía los ojos modestamente en el suelo.

Hay rostros tan apacibles, tan simpáticos, que causa placer contemplarlos. Luis miró a aquella joven y la siguió con la vista cuando se levantó y atravesó la iglesia para salir.

Pasaron muchos días, y Luis continuó su vida meditabunda y solitaria.

Un domingo volvió a la iglesia, y volvió a encontrar también a su lado a la misma joven, con su vestido blanco, su cabellera rubia y sus ojos bajos.

¡Era María! ¡María que acababa de cumplir dieciséis años!

Desde entonces Luis, maquinalmente casi, sin explicarse la razón, fue todas las mañanas a la iglesia.

Y todas las mañanas estaba allí la joven, fresca, hermosa, pura.

Luis tenía siempre clavados sus ojos en ella; pero cuando la joven alzaba su vista para levantarse, Luis bajaba la suya, así que jamás se encontraban sus miradas.

Jamás se cruzó entre ellos ese relámpago eléctrico que inflama los corazones y hace a dos criaturas precipitarse la una en brazos de la otra.

Y sin embargo, se sentían, se adivinaban. ¡En medio de las sombras que envolvían la iglesia al empezar siempre la ceremonia de la misa, la mirada de Luis sabía dónde estaba María! Y en el momento en que el sol naciente inundaba de pronto, sin transición de luz la iglesia, dando vida a todo, cual si los objetos nacieran a su resplandor, la joven levantaba la vista, y una levisima tinta de rubor coloreaba su frente. ¿Era un reflejo de luz que animaba su rostro, o era que presentía la mirada de Luis que iba a clavarse sobre ella?

María era una muchacha sencilla, candorosa y pura; una de esas mujeres que al verlas inspiran la idea de una flor. Era tan bella, tan fresca; respiraba tanta salud, tanto contento; se exhalaba en torno suyo un perfume tal de inocencia y, a pesar de ser linda, su belleza prometía desarrollarse de tal manera que los campesinos, en su lenguaje expresivo y pintoresco, la llamaban "botón de rosa". Pertenecía a una de las familias mejor acomodadas de la aldea, y no por esto su vida era menos sencilla. Pero la pureza y la inocencia infunden más respeto que ninguna de las posiciones sociales. Al verla levantarse y salir de la iglesia, nunca se le ocurrió a Luis seguirla; por el contrario, muchas veces caía de rodillas para contemplar la huella de luz y perfumes que ella dejaba a su paso.

Día a día Luis se iba poniendo más melancólico, más meditabundo que antes; pero no era ya la melancolía del espíritu que vaga en el espacio, tristeza nacida de nuestra pequeñez, sino la melancolía del corazón que empieza a amar. ¡Dulce y grata melancolía que precede a la felicidad, como ese crepúsculo azulino y dorado que admiráis antes de la salida del sol!...

Luis amaba, sí; pero aquel amor nacido bajo las bóvedas de la iglesia, iluminado por el primer rayo del día, tenía algo de celeste, de etéreo, de vago. No era el arrebató de la pasión que estalla; era la oración que sube silenciosa, modesta hacia el trono del Señor; era la adoración que se olvida de sí misma.

Además, Luis era pobre, y la familia de María tenía orgullo en sus riquezas.

¡Qué inmensa barrera a los ojos del mundo! ¿Pero qué importaba aquello a los ojos de Dios, que mira los corazones desnudos?

En la vida de Luis no había más instantes de luz, que aquellos que María alumbraba en la iglesia con su presencia; las demás horas pasaban para él envueltas en un velo de vaguedad indescriptible.

Una mañana, los ojos del joven fueron más rápidos, o María se distrajo en su oración, lo cierto es que sus miradas se encontraron un instante, un sólo instante, pero lo suficiente para que las mejillas de María se pusiesen carmesíes como el clavel, y Luis sintiese un vértigo.

Entonces se despertó en su corazón un anhelo, una necesidad imperiosa: ¿sería amado?

Vagó por el campo preguntándole a la naturaleza, interrogando al cielo, examinando las flores, porque el hombre cuando ama comprende la armonía universal.

Al fin, cuando el sol caía hacia el Occidente, cual si fuese impelido por una atracción, se acercó a la casa de María.

De pronto su corazón se estremeció... Dio Luis un paso y al trasponer un bosquecillo percibió a María.

A María recostada al borde del límpido arroyuelo, en una actitud meditabunda, con el cabello suelto, con la cabeza apoyada en una mano.

Luis se detuvo y no se atrevió ni aun a respirar: turbar a María en su actitud abandonada le hubiera parecido un sacrilegio.

¿Pero en qué pensaba la cándida joven, cuya alma límpida como un diamante no conservaba la menor mancha? ¿Qué pensamiento sombreaba su frente y doblegada su cabeza, como esas flores a las que el sol del mediodía hace languidecer?...

Luis pasó una de esas noches pobladas de sueños, de ilusiones, de fantasías, creaciones de un corazón que ama.

Al día siguiente fue más temprano a la iglesia; pero María vino más tarde que nunca, y en todo su aspecto había un no sé qué de lánguido y doliente; su rostro estaba pálido, sus ojos parecían más grandes.

Luis tuvo una vaga, pero terrible aprensión, uno de esos calofríos súbitos que recorren el cuerpo. Y como la proximidad de una desgracia presta energía, como el presentimiento de perder una cosa nos la hace más apreciable, más necesaria, el joven pensó en confesar su amor a María.

¡Dios mío! Aquel terror en la iglesia, ¿no era porque ella amaba a otro?, ¿no sería que sus padres hubiesen prometido su mano?

Luis se puso a meditar, y tímido y desconfiado, temió a veces que María ni aun hubiese notado jamás su presencia.

Y entonces, ¿cómo podría tener esperanza de ser amado?

Aquel día se le hizo eterno; al fin en la noche, pensando en que nunca tendría el valor para abrir los labios ante María, se resolvió a escribirla.

Y trazó una de esas cartas como saben escribirlas y componerlas los que aman de veras.

A la mañana siguiente cortó las flores más bellas, las más aromáticas y formó un ramillete; puso en él su carta y fue a colocarlo en el lugar donde tenía costumbre de arrodillarse María.

Era muy temprano: nadie había aún en la iglesia, y sin embargo, Luis tuvo vergüenza y fue a ocultarse tras una de las columnas.

¡Oh!, ¡cuánto deseaba, y cómo temía el momento en que María al arrodillarse levantara el ramillete! Encendiéronse los cirios; la iglesia se fue llenando de fieles, el sacerdote se presentó en el altar...

¡Oh!, ¡cómo le parecía a Luis que aquel día todos se habían empeñado en darse prisa! ¿Por qué decían la misa tan temprano?... ¿No sabía el sacerdote, no sabían los fieles que aún no era la hora de costumbre, puesto que María no había venido, y para Luis no existía otra señal de la hora más que María?...

De pronto, como siempre, brotó el sol... ¡Ay!, ¡también él se daba prisa aquel día!...

Entonces Luis tuvo un dolor horrible. María no había venido, y el ramillete estaba allí para hacer notar más su ausencia.

El joven se sintió con deseos de llorar: María no le amaba; María no había venido, por no tomar su ramillete y su carta, pensaba dentro de sí mismo.

¡Recogió el ramo; y las flores, escogidas de preferencia antes de la aurora, le parecieron mustias, pálidas, secas!...

Al día siguiente acudió con el corazón lleno de angustia al templo, ¡entonces las horas se le hicieron eternas! Entonces no traía ramillete, pero se sentía impelido a arrodillarse ante la joven para pintarle su amor, sus temores, su agonía...

Se celebró la misa, y el lugar de María estuvo vacío; pero al terminar el santo sacrificio, escuchó un rumor inusitado, y oyó a todos que llenos de aflicción contaban un suceso que lo hizo estremecer.

¡María, la hermosa, María, la joven fresca, robusta, llena de vida, estaba muriendo!

Corrió sin oír más hacia la casa de la joven, y en la puerta encontró al padre de María que se retorció los brazos, y lloraba como un niño a pesar de las arrugas de su rostro.

Luis cayó de rodillas, y gritó con suprema angustia levantando los ojos al cielo:

- ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡y que haya muerto sin que supiera al menos que yo la amaba!...

"¿Qué es el amor sino la inquietud indefinible que compele a las almas a aspirar a Dios y cuyo principio es una ciega reminiscencia, una imagen lejana de su belleza, impresa en nuestros corazones?" - he dicho en mi novela. *Hermanas de los Angeles*.

¿Y sería posible así, que el amor puro y verdadero tenga fin? ¿Este sentimiento morirá también como las flores?

¡No!, ¡no!; hay siempre en la vida un amor que no se logra; pero un amor cuyo recuerdo jamás se borra del corazón.

Es el amor celeste, y este amor no es hecho para el mundo. ¡Le entrevemos apenas, y se desvanece! El corazón entonces en el primer instante de su dolor, gime, maldice y duda de todo.

Pero más tarde o más temprano la estrella oculta entre nubes aparece, y brilla la esperanza, melancólica pero consoladora.

Y entonces todos hallamos una respuesta a las preguntas que nos hemos hecho en las horas de tristeza.

¡Oh!, las mujeres jóvenes mueren porque Dios las quiere librar de toda mancha; lo delicado, lo hermoso, lo poético, dura poco en el mundo, porque no es el mundo su patria, y sólo viene a él para despertar en nuestro corazón el amor verdadero y enseñarnos a aspirar al cielo.

Haber sufrido, pues, una pérdida de ésas, dolorosa y terrible, no es sino haber conquistado el derecho de la felicidad suprema.

Hay en nosotros algo que se sobrepone al tiempo: la esperanza, el anhelo de amar, el sentimiento de nuestra inmortalidad...

Aquella misma tarde, al pensar yo en esto, pasó junto a mí un hombre pálido, grave y consumido, y fue a arrodillarse sobre la tumba de María.

Era Luis.

Yo me acerqué; él volvió hacia mí sus ojos que habían adquirido una maravillosa profundidad, y me dijo señalando el objeto de su amor encerrado en la tumba:

- Era en efecto un "botón de rosa", pero el mundo no fue digno de ella, y ha ido a abrir sus pétalos al cielo...

Contesta las siguientes preguntas. Recuerda fundamentar tus respuestas.

1- ¿Este cuento trata el tema del *carpe diem*? ¿Por qué?

2- ¿Se trata de una narración tradicional o tiene innovaciones en la técnica narrativa?

3- Este es un cuento escrito bajo el estilo literario del Romanticismo ¿qué rasgos de este movimiento se pueden advertir?

3.2 Figuras retóricas asociadas al entorno natural

Leerás una selección de poemas que tienen como tema común “el mar”. Después de leerlos atentamente, identificarás con qué figuras retóricas se hace referencia al mar.

1) *El mar* / Pablo Neruda

Necesito del mar porque me enseña:
no sé si aprendo música o conciencia:
no sé si es ola sola o ser profundo
o sólo ronca voz o deslumbrante
suposición de peces y navíos.

El hecho es que hasta cuando estoy dormido
de algún modo magnético circulo
en la universidad del oleaje.
No son sólo las conchas trituradas
como si algún planeta tembloroso
participara paulatina muerte,
no, del fragmento reconstruyo el día,
de una racha de sal la estalactita
y de una cucharada el dios inmenso.

¡Lo que antes me enseñó lo guardo! Es aire,
incesante viento, agua y arena.

Parece poco para el hombre joven
que aquí llegó a vivir con sus incendios,
y sin embargo el pulso que subía
y bajaba a su abismo,
el frío del azul que crepitaba,
el desmoronamiento de la estrella,
el tierno desplegar de la ola
despalfarrando nieve con la espuma,
el poder quieto, allí, determinado
como un trono de piedra en lo profundo,
substituyó el recinto en que crecían
tristeza terca, amontonando olvido,
y cambió bruscamente mi existencia:
di mi adhesión al puro movimiento.

2) *Frente al mar*/Alfonsina Storni

Oh mar, enorme mar, corazón fiero
de ritmo desigual, corazón malo,
yo soy más blanda que ese pobre palo
que se pudre en tus ondas prisionero.

Oh mar, dame tu cólera tremenda,
yo me pasé la vida perdonando,
porque entendía, mar, yo me fui dando:
“Piedad, piedad para el que más ofenda”.

Vulgaridad, vulgaridad me acosa.
Ah, me han comprado la ciudad y el hombre.
Hazme tener tu cólera sin nombre:
Ya me fatiga esta misión de rosa.

¿Ves al vulgar? Ese vulgar me apena,
me falta el aire y donde falta quedo,
quisiera no entender, pero no puedo:
es la vulgaridad que me envenena.

Me empobrecí porque entender abrumba,
me empobrecí porque entender sofoca,
¡Benedicida la fuerza de la roca!
Yo tengo el corazón como la espuma.

Mar, yo soñaba ser como tú eres,
allá en las tardes que la vida mía
bajo las horas cálidas se abría...
Ah, yo soñaba ser como tú eres.

Mírame aquí, pequeña, miserable,
todo dolor me vence, todo sueño;
mar, dame, dame el inefable empeño
de tornarme soberbia, inalcanzable.

Dame tu sal, tu yodo, tu fiereza,
¡Aire de mar!... ¡Oh tempestad, oh enojo!
Desdichada de mí, soy un abrojo,
y muero, mar, sucumbo en mi pobreza.

Y el alma mía es como el mar, es eso,
Ah, la ciudad la pudre y equivoca
pequeña vida que dolor provoca,
¡Que pueda libertarme de su peso!

Vuele mi empeño, mi esperanza vuele...
La vida mía debió ser horrible,
debió ser una arteria incontenible
y apenas es cicatriz que siempre duele.

3) *El mar y tú*/ Octavio Paz

El mar, el mar y tú, plural espejo,
el mar de torso perezoso y lento
nadando por el mar, del mar sediento:
el mar que muere y nace en un reflejo.

El mar y tú, su mar, el mar espejo:
roca que escala el mar con paso lento,
pilar de sal que abate el mar sediento,
sed y vaivén y apenas un reflejo.

De la suma de instantes en que creces,
del círculo de imágenes del año,
retengo un mes de espumas y de peces,

y bajo cielos líquidos de estaño
tu cuerpo que en la luz abre bahías
al oscuro oleaje de los días.

4) *El mar* / Jorge Luis Borges

Antes que el sueño (o el terror) tejiera
mitologías y cosmogonías,
antes que el tiempo se acuñara en días,
el mar, el siempre mar, ya estaba y era.

¿Quién es el mar? ¿Quién es aquel violento
y antiguo ser que roe los pilares
de la tierra y es uno y muchos mares
y abismo y resplandor y azar y viento?

Quien lo mira lo ve por vez primera,
siempre. Con el asombro que las cosas
elementales dejan, las hermosas

tardes, la luna, el fuego de una hoguera.
¿Quién es el mar, quién soy? Lo sabré el día
ulterior que sucede a la agonía.

5) *Monumento al mar (fragmento)* / Vicente Huidobro

Paz sobre la constelación cantante de las aguas
Entrechocadas como los hombros de la multitud
Paz en el mar a las olas de buena voluntad
Paz sobre la lápida de los naufragios
Paz sobre los tambores del orgullo y las pupilas
tenebrosas
Y si yo soy el traductor de las olas
Paz también sobre mí.

He aquí el molde lleno de trizaduras del destino
El molde de la venganza
Con sus frases iracundas despegándose de los labios
He aquí el molde lleno de gracia
Cuando eres dulce y estás allí hipnotizado por las
estrellas

He aquí la muerte inagotable desde el principio del
mundo
Porque un día nadie se pasará por el tiempo
Nadie a lo largo del tiempo empedrado de planetas
difuntos

Este es el mar
El mar con sus olas propias
Con sus propios sentidos
El mar tratando de romper sus cadenas
Queriendo imitar la eternidad

Queriendo ser pulmón o neblina de pájaros en pena
O el jardín de los astros que pesan en el cielo
Sobre las tinieblas que arrastramos
O que acaso nos arrastran
Cuando vuelan de repente todas las palomas de la
luna
Y se hace más oscuro que las encrucijadas de la
muerte

El mar entra en la carroza de la noche
Y se aleja hacia el misterio de sus parajes profundos
Se oye apenas el ruido de las ruedas
Y el ala de los astros que penan en el cielo
Este es el mar
Saludando allá lejos la eternidad
Saludando a los astros olvidados
Y a las estrellas conocidas.

Este es el mar que se despierta como el llanto de un
niño
El mar abriendo los ojos y buscando el sol con sus
pequeñas manos temblorosas
El mar empujando las olas
Sus olas que barajan los destinos

6) *Nocturno mar* / Xavier Villaurrutia

Ni tu silencio duro cristal de dura roca,
ni el frío de la mano que me tiendes,
ni tus palabras secas, sin tiempo ni color,
ni mi nombre, ni siquiera mi nombre
que dictas como cifra desnuda de sentido;

ni la herida profunda, ni la sangre
que mana de sus labios, palpitante,
ni la distancia cada vez más fría
sábana nieve de hospital invierno
tendida entre los dos como la duda;

nada, nada podrá ser más amargo
que el mar que llevo dentro, solo y ciego,
el mar, antiguo Edipo que me recorre a tientas
desde todos los siglos,
cuando mi sangre aún no era mi sangre,
cuando mi piel crecía en la piel de otro cuerpo,
cuando alguien respiraba por mí que aún no nacía.

El mar que sube mudo hasta mis labios,
el mar que me satura
con el mortal veneno que no mata
pues prolonga la vida y duele más que el dolor.
El mar que hace un trabajo lento y lento
forjando en la caverna de mi pecho
el puño airado de mi corazón.

Mar sin viento ni cielo,
sin olas, desolado,
nocturno mar sin espuma en los labios,
nocturno mar sin cólera, conforme
con lamer las paredes que lo mantienen preso
y esclavo que no rompe sus riberas
y ciego que no busca la luz que le robaron
y amante que no quiere sino su desamor.

Mar que arrastra despojos silenciosos,
olvidos olvidados y deseos,
silabas de recuerdos y rencores,

ahogados sueños de recién nacidos,
perfiles y perfumes mutilados,
fibras de luz y náufragos cabellos.

Nocturno mar amargo
que circula en estrechos corredores
de corales arterias y raíces
y venas y medusas capilares.

Mar que teje en la sombra su tejido flotante,
con azules agujas ensartadas
con hilos nervios y tensos cordones.

Nocturno mar amargo
que humedece mi lengua con su lenta saliva,
que hace crecer mis uñas con la fuerza
de su marca oscura.

Mi oreja sigue su rumor secreto,
oigo crecer sus rocas y sus plantas
que alargan más y más sus labios dedos.

Lo llevo en mí como un remordimiento,
pecado ajeno y sueño misterioso
y lo arrullo y lo duermo
y lo escondo y lo cuido y lo guardo el secreto.

7) El mar / Gabriela Mistral

Mentaste, Gabriela, el Mar
que no se aprende sin verlo
y esto de no saber de él
y oírmelo sólo en cuento,
esto, mama, ya duraba
no sé contar cuánto tiempo. [...]
—Nadie nos llamó de tierra
adentro: sólo éste llama.
—¡Qué de alboroto y de gritos
que haces volar las bandadas!
Calla, quédate, quedemos,
échate en la arena, mama.
Yo no te voy a estropear
la fiesta, pero oye y calla. [...]

—Échate y calla, chiquito,
míralo sin dar palabra.
Óyele él habla bajito,
casi casi cuchicheo.

—Pero ¿qué tiene, ay, qué tiene
que da gusto y que da miedo?
Dan ganas de palmotearlo
braceando de aguas adentro
y apenas abro mis brazos
me escupe la ola en el pecho.
Es porque el pícaro sabe
que yo nunca fui costero.
O es que los escupe a todos
y es Demonio. Dilo luego.

Ay, mama, no lo vi nunca
y, aunque me está dando miedo,
ahora de oírlo y verlo,
me dan ganas de quedarme
con él, a pesar del miedo,
con él, nada más, con él,
ni con gentes ni con pueblos.
Ay, no te vayas ahora,
mama, que con él no puedo.
Antes que llegue, ya escupe
con sus huiros el soberbio.

—Primero, óyelo cantar
y no te cuentes el tiempo.
Déjalo así, que él se diga
y se diga como un cuento.

Él es tantas cosas que
ataranta a niño y viejo.
Hasta es la canción de cuna
mejor que a los niños duerme.
Pero yo no me la tuve,
tú tampoco, mi pequeño.
Míralo, óyelo y verás:
sigue contando su cuento.

Ejercicio 21: Completa la siguiente tabla. Sigue el ejemplo.

Poema	Figura retórica	Fragmento
Monumento al mar /Vicente Huidobro	Prosopopeya	“El mar abriendo los ojos y buscando el sol con sus pequeñas manos temblorosas”

Ejercicio 22: Elabora un haikú sobre el tópico del mar. Puedes utilizar, si gustas, una imagen para acompañarlo.

3.3 La descripción de la naturaleza y su vinculación con el ser humano

Para terminar, leeremos dos cuentos en los que se aborda el tema de la naturaleza y su relación con el ser humano.

Ejercicio 23: Lee con atención los siguientes cuentos

A la deriva / Horacio Quiroga

El hombre pisó algo blancuzco, y en seguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse con un juramento vio una yaracacusú que, arrollada sobre sí misma, esperaba otro ataque. El hombre echó una veloz ojeada a su pie, donde dos gotitas de sangre engrosaban dificultosamente, y sacó el machete de la cintura. La víbora vio la amenaza, y hundió más la cabeza en el centro mismo de su espiral; pero el machete cayó de lomo, dislocándole las vértebras.

El hombre se bajó hasta la mordedura, quitó las gotitas de sangre, y durante un instante contempló. Un dolor agudo nacía de los dos puntitos violetas, y comenzaba a invadir todo el pie.

Apresuradamente se ligó el tobillo con su pañuelo y siguió por la picada hacia su rancho.

El dolor en el pie aumentaba, con sensación de tirante abultamiento, y de pronto el hombre sintió dos o tres fulgurantes puntadas que, como relámpagos, habían irradiado desde la herida hasta la mitad de la pantorrilla. Movía la pierna con dificultad; una metálica sequedad de garganta, seguida de sed quemante, le arrancó un nuevo juramento.

Llegó por fin al rancho y se echó de brazos sobre la rueda de un trapiche. Los dos puntitos violeta desaparecían ahora en la monstruosa hinchazón del pie entero. La piel parecía adelgazada y a punto de ceder, de tensa. Quiso llamar a su mujer, y la voz se quebró en un ronco arrastre de garganta reseca. La sed lo devoraba.

-¡Dorotea! -alcanzó a lanzar en un estertor-. ¡Dame caña!

Su mujer corrió con un vaso lleno, que el hombre sorbió en tres tragos. Pero no había sentido gusto alguno.

-¡Te pedí caña, no agua! -rugió de nuevo-. ¡Dame caña!

-¡Pero es caña, Paulino! -protestó la mujer, espantada.

-¡No, me diste agua! ¡Quiero caña, te digo!

La mujer corrió otra vez, volviendo con la damajuana. El hombre tragó uno tras otro dos vasos, pero no sintió nada en la garganta.

-Bueno; esto se pone feo -murmuró entonces, mirando su pie lívido y ya con lustre gangrenoso.

Sobre la honda ligadura del pañuelo, la carne desbordaba como una monstruosa morcilla.

Los dolores fulgurantes se sucedían en continuos relampagueos y llegaban ahora a la ingle. La atroz sequedad de garganta que el aliento parecía caldear más, aumentaba a la par. Cuando pretendió incorporarse, un fulminante vómito lo mantuvo medio minuto con la frente apoyada en la rueda de palo.

Pero el hombre no quería morir, y descendiendo hasta la costa subió a su canoa. Sentose en la popa y comenzó a palear hasta el centro del Paraná. Allí la corriente del río, que en las inmediaciones del Iguazú corre seis millas, lo llevaría antes de cinco horas a Tacurú-Pucú.

El hombre, con sombría energía, pudo efectivamente llegar hasta el medio del río; pero allí sus manos dormidas dejaron caer la pala en la canoa, y tras un nuevo vómito -de sangre esta vez- dirigió una mirada al sol que ya trasponía el monte.

La pierna entera, hasta medio muslo, era ya un bloque deforme y durísimo que reventaba la ropa. El hombre cortó la ligadura y abrió el pantalón con su cuchillo: el bajo vientre desbordó hinchado, con grandes manchas lívidas y terriblemente doloroso. El hombre pensó que no podría jamás llegar él solo a Tacurú-Pucú, y se decidió a pedir ayuda a su compadre Alves, aunque hacía mucho tiempo que estaban disgustados.

La corriente del río se precipitaba ahora hacia la costa brasileña, y el hombre pudo fácilmente atracar. Se arrastró por la picada en cuesta arriba, pero a los veinte metros, exhausto, quedó tendido de pecho.

-¡Alves! -gritó con cuanta fuerza pudo; y prestó oído en vano.

-¡Compadre Alves! ¡No me niegue este favor! -clamó de nuevo, alzando la cabeza del suelo. En el silencio de la selva no se oyó un solo rumor. El hombre tuvo aún valor para llegar hasta su canoa, y la corriente, cogiéndola de nuevo, la llevó velozmente a la deriva.

El Paraná corre allí en el fondo de una inmensa hoya, cuyas paredes, altas de cien metros, encajonan fúnebremente el río. Desde las orillas bordeadas de negros bloques de basalto, asciende el bosque, negro también. Adelante, a los costados, detrás, la eterna muralla lúgubre, en cuyo fondo el río arremolinado se precipita en incesantes borbollones de agua fangosa. El paisaje es agresivo, y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobra una majestad única.

El sol había caído ya cuando el hombre, semitendido en el fondo de la canoa, tuvo un violento escalofrío. Y de pronto, con asombro, enderezó pesadamente la cabeza: se sentía mejor. La pierna le dolía apenas, la sed disminuía, y su pecho, libre ya, se abría en lenta inspiración.

El veneno comenzaba a irse, no había duda. Se hallaba casi bien, y aunque no tenía fuerzas para mover la mano, contaba con la caída del rocío para reponerse del todo. Calculó que antes de tres horas estaría en Tacurú-Pucú.

El bienestar avanzaba, y con él una somnolencia llena de recuerdos. No sentía ya nada ni en la pierna ni en el vientre. ¿Viviría aún su compadre Gaona en Tacurú-Pucú? Acaso viera también a su ex patrón mister Dougald, y al recibidor del obraje.

¿Llegaría pronto? El cielo, al poniente, se abría ahora en pantalla de oro, y el río se había coloreado también. Desde la costa paraguaya, ya entenebrecida, el monte dejaba caer sobre el río su frescura crepuscular, en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay.

Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente, girando a ratos sobre sí misma ante el borbollón de un remolino. El hombre que iba en ella se sentía cada vez mejor, y pensaba entretanto en el tiempo justo que había pasado sin ver a su ex patrón Dougald. ¿Tres años? Tal vez no, no tanto. ¿Dos años y nueve meses? Acaso. ¿Ocho meses y medio? Eso sí, seguramente.

De pronto sintió que estaba helado hasta el pecho.

¿Qué sería? Y la respiración...

Al recibidor de maderas de mister Dougald, Lorenzo Cubilla, lo había conocido en Puerto Esperanza un viernes santo... ¿Viernes? Sí, o jueves...

El hombre estiró lentamente los dedos de la mano.

-Un jueves...

Y cesó de respirar.

Un señor muy viejo con unas alas enormes/Gabriel García Márquez

Al tercer día de lluvia habían matado tantos cangrejos dentro de la casa, que Pelayo tuvo que atravesar su patio anegado para tirarlos al mar, pues el niño recién nacido había pasado la noche con calenturas y se pensaba que era causa de la pestilencia. El mundo estaba triste desde el martes. El cielo y el mar eran una misma cosa de ceniza, y las arenas de la playa, que en marzo fulguraban como polvo de lumbre, se habían convertido en un caldo de lodo y mariscos podridos. La luz era tan mansa al mediodía, que cuando Pelayo regresaba a la casa después de haber tirado los cangrejos, le costó trabajo ver qué era lo que se movía y se quejaba en el fondo del patio. Tuvo que acercarse mucho para descubrir que era un hombre viejo, que estaba tumbado boca abajo en el lodazal, y a pesar de sus grandes esfuerzos no podía levantarse, porque se lo impedían sus enormes alas.

Asustado por aquella pesadilla, Pelayo corrió en busca de Elisenda, su mujer, que estaba poniéndole compresas al niño enfermo, y la llevó hasta el fondo del patio. Ambos observaron el cuerpo caído con un callado estupor. Estaba vestido como un traperero. Le quedaban apenas unas hilachas descoloridas en el cráneo pelado y muy pocos dientes en la boca, y su lastimosa condición

de bisabuelo ensopado lo había desprovisto de toda grandeza. Sus alas de gallinazo grande, sucias y medio desplumadas, estaban encalladas para siempre en el lodazal. Tanto lo observaron, y con tanta atención, que Pelayo y Elisenda se sobrepusieron muy pronto del asombro y acabaron por encontrarlo familiar. Entonces se atrevieron a hablarle, y él les contestó en un dialecto incomprensible, pero con una buena voz de navegante. Fue así como pasaron por alto el inconveniente de las alas, y concluyeron con muy buen juicio que era un náufrago solitario de alguna nave extranjera abatida por el temporal. Sin embargo, llamaron para que lo viera a una vecina que sabía todas las cosas de la vida y la muerte, y a ella le bastó con una mirada para sacarlos del error.

— Es un ángel —les dijo—. Seguro que venía por el niño, pero el pobre está tan viejo que lo ha tumbado la lluvia.

Al día siguiente todo el mundo sabía que en casa de Pelayo tenían cautivo un ángel de carne y hueso. Contra el criterio de la vecina sabia, para quien los ángeles de estos tiempos eran sobrevivientes fugitivos de una conspiración celestial, no habían tenido corazón para matarlo a palos. Pelayo estuvo vigilándolo toda la tarde desde la cocina, armado con un garrote de alguacil, y antes de acostarse lo sacó a rastras del lodazal y lo encerró con las gallinas en el gallinero alumbrado. A media noche, cuando terminó la lluvia, Pelayo y Elisenda seguían matando cangrejos. Poco después el niño despertó sin fiebre y con deseos de comer. Entonces se sintieron magnánimos y decidieron poner al ángel en una balsa con agua dulce y provisiones para tres días, y abandonarlo a su suerte en altamar. Pero cuando salieron al patio con las primeras luces, encontraron a todo el vecindario frente al gallinero, retozando con el ángel sin la menor devoción y echándole cosas de comer por los huecos de las alambradas, como si no fuera una criatura sobrenatural sino un animal de circo.

El padre Gonzaga llegó antes de las siete alarmado por la desproporción de la noticia. A esa hora ya habían acudido curiosos menos frívolos que los del amanecer, y habían hecho toda clase de conjeturas sobre el porvenir del cautivo. Los más simples pensaban que sería nombrado alcalde del mundo. Otros, de espíritu más áspero, suponían que sería ascendido a general de cinco estrellas para que ganara todas las guerras. Algunos visionarios esperaban que fuera conservado como semental para implantar en la tierra una estirpe de hombres alados y sabios que se hicieran cargo del Universo. Pero el padre Gonzaga, antes de ser cura, había sido leñador macizo. Asomado a las alambradas repasó un instante su catecismo, y todavía pidió que le abrieran la puerta para examinar de cerca de aquel varón de lástima que más parecía una enorme gallina decrepita entre las gallinas absortas. Estaba echado en un rincón, secándose al sol las alas extendidas, entre las cáscaras de fruta y las sobras de desayunos que le habían tirado los madrugadores. Ajeno a las impertinencias del mundo, apenas si levantó sus ojos de anticuario y murmuró algo en su dialecto cuando el padre Gonzaga entró en el gallinero y le dio los buenos días en latín. El párroco tuvo la primera sospecha de impostura al comprobar que no entendía la lengua de Dios ni sabía saludar a sus ministros. Luego observó que visto de cerca resultaba demasiado humano: tenía un insoportable olor de intemperie, el revés de las alas sembrado de algas parasitarias y las plumas mayores maltratadas por vientos terrestres, y nada de su naturaleza miserable estaba de acuerdo con la egregia dignidad de los ángeles. Entonces abandonó el gallinero, y con un breve sermón previno a los curiosos contra los riesgos de la ingenuidad. Les recordó que el demonio tenía la mala costumbre de recurrir a artificios de carnaval para confundir a los incautos. Argumentó que si las alas no eran el elemento esencial para determinar las diferencias entre un gavilán y un aeroplano, mucho menos podían serlo para reconocer a los ángeles. Sin embargo, prometió escribir una carta a su obispo, para que éste escribiera otra al Sumo Pontífice, de modo que el veredicto final viniera de los tribunales más altos.

Su prudencia cayó en corazones estériles. La noticia del ángel cautivo se divulgó con tanta rapidez, que al cabo de pocas horas había en el patio un alboroto de mercado, y tuvieron que llevar la tropa con bayonetas para espantar el tumulto que ya estaba a punto de tumbar la casa. Elisenda, con el espinazo torcido de tanto barrer basura de feria, tuvo entonces la buena idea de tapiar el patio y cobrar cinco centavos por la entrada para ver al ángel.

Vinieron curiosos hasta de la Martinica. Vino una feria ambulante con un acróbata volador, que pasó zumbando varias veces por encima de la muchedumbre, pero nadie le hizo caso porque sus alas no eran de ángel sino de murciélago sideral. Vinieron en busca de salud los enfermos más

desdichados del Caribe: una pobre mujer que desde niña estaba contando los latidos de su corazón y ya no le alcanzaban los números, un jamaicano que no podía dormir porque lo atormentaba el ruido de las estrellas, un sonámbulo que se levantaba de noche a deshacer dormido las cosas que había hecho despierto, y muchos otros de menor gravedad. En medio de aquel desorden de naufragio que hacía temblar la tierra, Pelayo y Elisenda estaban felices de cansancio, porque en menos de una semana atiborraron de plata los dormitorios, y todavía la fila de peregrinos que esperaban su turno para entrar llegaba hasta el otro lado del horizonte.

El ángel era el único que no participaba de su propio acontecimiento. El tiempo se le iba buscando acomodo en su nido prestado, aturdido por el calor de infierno de las lámparas de aceite y las velas de sacrificio que le arrimaban a las alambradas. Al principio trataron de que comiera cristales de alcanfor, que, de acuerdo con la sabiduría de la vecina sabia, era el alimento específico de los ángeles. Pero él los despreciaba, como despreció sin probarlos los almuerzos papales que le llevaban los penitentes, y nunca se supo si fue por ángel o por viejo que terminó comiendo nada más que papillas de berenjena. Su única virtud sobrenatural parecía ser la paciencia. Sobre todo en los primeros tiempos, cuando le picoteaban las gallinas en busca de los parásitos estelares que proliferaban en sus alas, y los baldados le arrancaban plumas para tocarse con ellas sus defectos, y hasta los más piadosos le tiraban piedras tratando de que se levantara para verlo de cuerpo entero. La única vez que consiguieron alterarlo fue cuando le abrasaron el costado con un hierro de marcar novillos, porque llevaba tantas horas de estar inmóvil que lo creyeron muerto. Despertó sobresaltado, despotricando en lengua hermética y con los ojos en lágrimas, y dio un par de aletazos que provocaron un remolino de estiércol de gallinero y polvo lunar, y un ventarrón de pánico que no parecía de este mundo. Aunque muchos creyeron que su reacción no había sido de rabia sino de dolor, desde entonces se cuidaron de no molestarlo, porque la mayoría entendió que su pasividad no era la de un héroe en uso de buen retiro sino la de un cataclismo en reposo.

El padre Gonzaga se enfrentó a la frivolidad de la muchedumbre con fórmulas de inspiración doméstica, mientras le llegaba un juicio terminante sobre la naturaleza del cautivo. Pero el correo de Roma había perdido la noción de la urgencia. El tiempo se les iba en averiguar si el convicto tenía ombligo, si su dialecto tenía algo que ver con el arameo, si podía caber muchas veces en la punta de un alfiler, o si no sería simplemente un noruego con alas. Aquellas cartas de parsimonia habrían ido y venido hasta el fin de los siglos, si un acontecimiento providencial no hubiera puesto término a las tribulaciones del párroco.

Sucedió que por esos días, entre muchas otras atracciones de las ferias errantes del Caribe, llevaron al pueblo el espectáculo triste de la mujer que se había convertido en araña por desobedecer a sus padres. La entrada para verla no sólo costaba menos que la entrada para ver al ángel, sino que permitían hacerle toda clase de preguntas sobre su absurda condición, y examinarla al derecho y al revés, de modo que nadie pusiera en duda la verdad del horror. Era una tarántula espantosa del tamaño de un carnero y con la cabeza de una doncella triste. Pero lo más desgarrador no era su figura de disparate, sino la sincera aflicción con que contaba los pormenores de su desgracia: siendo casi una niña se había escapado de la casa de sus padres para ir a un baile, y cuando regresaba por el bosque después de haber bailado toda la noche sin permiso, un trueno pavoroso abrió el cielo en dos mitades, y por aquella grieta salió el relámpago de azufre que la convirtió en araña. Su único alimento eran las bolitas de carne molida que las almas caritativas quisieran echarle en la boca. Semejante espectáculo, cargado de tanta verdad humana y de tan temible escarmiento, tenía que derrotar sin proponérselo al de un ángel despectivo que apenas si se dignaba mirar a los mortales. Además los escasos milagros que se le atribuían al ángel revelaban un cierto desorden mental, como el del ciego que no recobró la visión pero le salieron tres dientes nuevos, y el del paralítico que no pudo andar pero estuvo a punto de ganarse la lotería, y el del leproso a quien le nacieron girasoles en las heridas. Aquellos milagros de consolación que más bien parecían entretenimientos de burla, habían quebrantado ya la reputación del ángel cuando la mujer convertida en araña terminó de aniquilarla. Fue así como el padre Gonzaga se curó para siempre del insomnio, y el patio de Pelayo volvió a quedar tan solitario como en los tiempos en que llovió tres días y los cangrejos caminaban por los dormitorios.

Los dueños de la casa no tuvieron nada que lamentar. Con el dinero recaudado construyeron una mansión de dos plantas, con balcones y jardines, y con sardineles muy altos para que no se metieran los cangrejos del invierno, y con barras de hierro en las ventanas para que no se metieran

los ángeles. Pelayo estableció además un criadero de conejos muy cerca del pueblo y renunció para siempre a su mal empleo de alguacil, y Elisenda se compró unas zapatillas satinadas de tacones altos y muchos vestidos de seda tornasol, de los que usaban las señoras más codiciadas en los domingos de aquellos tiempos. El gallinero fue lo único que no mereció atención. Si alguna vez lo lavaron con creolina y quemaron las lágrimas de mirra en su interior, no fue por hacerle honor al ángel, sino por conjurar la pestilencia de muladar que ya andaba como un fantasma por todas partes y estaba volviendo vieja la casa nueva. Al principio, cuando el niño aprendió a caminar, se cuidaron de que no estuviera cerca del gallinero. Pero luego se fueron olvidando del temor y acostumbrándose a la peste, y antes de que el niño mudara los dientes se había metido a jugar dentro del gallinero, cuyas alambradas podridas se caían a pedazos. El ángel no fue menos displicente con él que con el resto de los mortales, pero soportaba las infamias más ingeniosas con una mansedumbre de perro sin ilusiones. Ambos contrajeron la varicela al mismo tiempo. El médico que atendió al niño no resistió la tentación de auscultar al ángel, y encontró tantos soplos en el corazón y tantos ruidos en los riñones, que no le pareció posible que estuviera vivo. Lo que más le asombró, sin embargo, fue la lógica de sus alas. Resultaban tan naturales en aquel organismo completamente humano, que no podía entender por qué no las tenían también los otros hombres.

Cuando el niño fue a la escuela, hacía mucho tiempo que el sol y la lluvia habían desbaratado el gallinero. El ángel andaba arrastrándose por acá y por allá como un moribundo sin dueño. Lo sacaban a escobazos de un dormitorio y un momento después lo encontraban en la cocina. Parecía estar en tantos lugares al mismo tiempo, que llegaron a pensar que se desdoblaba, que se repetía a sí mismo por toda la casa, y la exasperada Elisenda gritaba fuera de quicio que era una desgracia vivir en aquel infierno lleno de ángeles. Apenas si podía comer, sus ojos de anticuario se le habían vuelto tan turbios que andaba tropezando con los horcones, y ya no le quedaban sino las cánulas peladas de las últimas plumas. Pelayo le echó encima una manta y le hizo la caridad de dejarlo dormir en el cobertizo, y sólo entonces advirtieron que pasaba la noche con calenturas delirantes en trabalenguas de noruego viejo. Fue esa una de las pocas veces en que se alarmaron, porque pensaban que se iba a morir, y ni siquiera la vecina sabia había podido decirles qué se hacía con los ángeles muertos.

Sin embargo, no sólo sobrevivió a su peor invierno, sino que pareció mejor con los primeros soles. Se quedó inmóvil muchos días en el rincón más apartado del patio, donde nadie lo viera, y a principios de diciembre empezaron a nacerle en las alas unas plumas grandes y duras, plumas de pajarraco viejo, que más bien parecían un nuevo percance de la decrepitud. Pero él debía conocer la razón de estos cambios, porque se cuidaba muy bien de que nadie los notara, y de que nadie oyera las canciones de navegantes que a veces cantaba bajo las estrellas. Una mañana, Elisenda estaba cortando rebanadas de cebolla para el almuerzo, cuando un viento que parecía de alta mar se metió en la cocina. Entonces se asomó por la ventana, y sorprendió al ángel en las primeras tentativas del vuelo. Eran tan torpes, que abrió con las uñas un surco de arado en las hortalizas y estuvo a punto de desbaratar el cobertizo con aquellos aletazos indignos que resbalaban en la luz y no encontraban asidero en el aire. Pero logró ganar altura. Elisenda exhaló un suspiro de descanso, por ella y por él, cuando lo vio pasar por encima de las últimas casas, sustentándose de cualquier modo con un azaroso aleteo de buitre senil. Siguió viéndolo hasta cuando acabó de cortar la cebolla, y siguió viéndolo hasta cuando ya no era posible que lo pudiera ver, porque entonces ya no era un estorbo en su vida, sino un punto imaginario en el horizonte del mar.

Ejercicio 24: Elabora un ensayo de una cuartilla en el que respondas lo siguiente. En los cuentos leídos en el ejercicio 22 ¿es el hombre quien domina a la naturaleza o la naturaleza quien domina al hombre?

Unidad 4: Ciudad literaria

Ejercicio 25: Lee la siguiente antología de cuentos.

Antología 1. Cuentos de tema urbano

Cuento 1

El Pinto. Notas biográficas de un perro

Chilindrina era una perrita poblana, gordita, muy lavada, muy blanca, con su listón azul al cuello, siempre dormitando en las faldas de doña Felicia, su ama, que era dueña de un estanquillo y había concentrado en ella todo su amor de vieja solterona. Cuidaba del buen nombre del animal como las madres cuidan de la inocencia de sus hijos, y casi murió de dolor cuando supo la terrible noticia: Chilindrina, la doncella sin mancha, había tenido amores con el Capitán, escuintle horroroso de un zapatero vecino: frutos de estos amores fueron la Diana, el Turco y el Pinto, de quien voy a ocuparme.

Era un perro de pueblo, enteramente flaco, de orejas derechas y agudas, ojo vivaz, hocico puntiagudo, grandes pelos lacios y cerdosos, patas delgadas y cola pendiente; era de esa clase de perros de raza indígena que tienen una semejanza con los lobos, de un color amarillo sucio manchado de negro, lo que le valía su nombre de Pinto. Su historia puede encerrarse en estos capítulos: el hogar, el cuartel, la calle, la vagancia.

Muy pocos días duró bajo el brasero en el cajón de vino, lleno de trapos manchados de petróleo que le sirvió de cuna. Aún no abría bien los ojos, que tenían esa opacidad azulosa de los recién nacidos, aún su paso era débil, cuando lo regalaron a la primera que lo pidió, y fue doña Petra, portera del 6 de Mesones, señora fea que, no teniendo quien la amara, amaba a los animales. Un gato se le había desertado, y para mitigar la ausencia iba a sustituirlo con un consentido más fiel: el Pinto. Con calma maternal daba las migas de pan en leche al tierno niño, lo acostaba en un rincón envuelto en trozos de alfombra, lo arrullaba en el regazo y en horas de quehacer lo exponía al sol tibio de la mañana; ahí reposaba el Pinto cazando moscas al vuelo, dando paseos cortos, oliendo las juntas del embaldosado y acostándose de nuevo, previas las vueltas de ordenanza.

Creció, y comía entonces las sobras que daba a su ama una familia de la vivienda principal. Su vida era sedentaria; se reducía a vegetar y no salía del zaguán de la casa, porque sentía un temor invencible por los transeúntes, los coches y los perros más grandes que él. Cuando el ama salía, lo dejaba encerrado, y más de una vez se oyeron tras la puerta aullidos lastimeros a los que respondían frases coléricas de los vecinos nerviosos.

Vivían arriba dos niños que al irse al colegio le arrojaban un pedazo de pan y al volver le hacían un cariño, diciéndole con voz muy dulce: "Pintito, toma", y tronándole los dedos lo llamaban en dirección a la escalera. Él los hubiera seguido, pero le inspiraba serios temores aquella ascensión peligrosa y, sobre todo, la opinión de su ama. Un día se decidió a subir, los Angulo lo colmaron de cariños, lo hicieron corretear por el corredor, enseñándole y escondiéndole un pañuelo que desgarraba a mordiscos, y los hacía exclamar con infinito placer: "¡Sabe jugar al toro!" Ya era amigos: ya el pobre Pinto seguía a la criada hasta el colegio, y con disimulo señalaba su huella en todas las esquinas para reconocer el camino. Aparecían los Angulito, y corría con esa vivacidad infantil propia de una gran emoción.

Todo lo sufría el buen amigo; que lo ensillaran, lo vistieran de muñeco, lo hicieran tirar de un carrito de palo lleno de ladrillos, lo forzaran a saltar por el mango de una escoba, o hacer de toro y hasta de verdugo, cuando alguna rata infeliz salía de un agujero por sus negras

desdichas. Sin embargo, ¡qué de temores en aquellas visitas! ¡Qué odio debía tenerle aquella señora descolorida que lo veía con ojos tan malos y lo hacía despejar el corredor!

Una ocasión los niños no lo llamaron como otras veces y él subió. La criada lo esperaba tras de la puerta y lo llamaba ¡cosa rara! con voz dulce. Acudió y entonces lo suspendió por el aire tomándolo por el pescuezo; lo llevó a un rincón del corredor, le restregó el hocico contra un ladrillo sucio y le pegó de escobazos. En vano aulló, en vano decía con los ojos “¡yo no he sido!”; la fuerte mocetona le pegó duro, y los niños lo veían con inmensa compasión tras de los vidrios.

¡Pobre Pinto! Su ama lo abandonó. Días enteros se pasó en las calles oliendo todos los rincones y en busca de ella. Aulló a la puerta de la antigua portería hasta que una vecina se compadeció de él; era una mujer de cascos ligeros que tenía amores con un albañil. Hacían tres viajes diarios hasta la Alameda para que comiera en una banca el señor aquel lleno de cal.

Gravemente sentado, esperaba que le echaran su piltrafa de carne: como perro bien educado, ni parpadeaba.

Después, el amor de su nueva ama pasó a un soldado y supo lo que era la vida de cuartel. Comió el vil rancho, tuvo amistad con gentes malignas; pero sucedió lo que tenía que suceder: el regimiento salió y de nuevo lo abandonaron.

¿Qué comer? Si se detenía en la puerta de una fonda, le aventaban unas tenazas; si iba a una carnicería lo pateaban; si encontraba un hueso, se lo arrancaba otro can famélico más fuerte que él. En aquellos días se apiadó de él un viejo de barba blanca y sucia, pantalones rotos y zapatos llenos de agujeros: era un mendigo que se fingía el ciego.

Todo el día se pasaba a la puerta de las iglesias donde había función o jubileo. El amo, apoyado en el grasiento bastón en forma de báculo y él, amarrado del cuello con un mecate lleno de punzantes hilos. Comió las tortillas heladas y los mendrugos de pan frío de la miseria; sufrió los palos de más de un sacristán, y tenía también, en aquella época, un aire de mendicidad, la cabeza gacha, los ojos tristes, el rabo entre las piernas, y hecho un esqueleto...

Estaba predestinado para el martirio. Su amo, el falso ciego, robó una vez y lo condujeron a la inspección. ¡Terrible noche al aire libre! La pasó en la puerta de la comisaría y nunca olvidó la escena del día siguiente: el rostro demacrado del amo, que, acompañado por muchos pillos, con un jarrito colgado a la espalda, entre dos hileras de gendarmes fue conducido hasta Belén. Quiso entrar, pero no tuvo ni una mirada de despedida de su amo, y sí un culatazo de un centinela.

¿Qué hacer? Caminar al acaso. Anduvo calles y más calles, fatigado, sudoroso, sediento, y lo recibían en los barrios con ladridos de amenaza.

El hambre lo postraba; ni una fonda, ni una carnicería, ¡nada! El aislamiento, el verano de calores quemantes, la repulsión en todas partes; buscaba la sombra en el hueco de un zaguán, y crueles porteros lo espantaban; seguía a alguien, y aquel alguien, al entrar a su casa, dando una patada en el suelo, le cerraba las puertas en los hocicos. ¡Pobre Pinto! Dos veces intentó olvidar con el amor su desdicha, pero las dos fue desgraciado. Ya casi había conquistado a una desconocida, cuando un señor alto, moralista tal vez, lo espantó pegándole un bastonazo; lo iba a machucar un tren, y perdió a la dama. Su segunda tentativa fue tan desgraciada como la primera: un Terranova, abusando de la fuerza, le arrebató a la que tanto había soñado. ¡Pobre Pinto!

Llegaron aquellas noches interminables de vagancia, aquel husmear continuo en todos los rincones, a la puerta de las accesorias, esperando que arrojaran al caño el agua sucia de la cena, para pescar un hueso y huir con él donde nadie se lo disputara; rebuscar en los montones de basura; seguir a los ebrios para... ¡Qué fúnebres rondas hacía con otros compañeros de desgracia! Se olfateaban los unos a los otros para saludarse, se mordían,

ladaban, y un vecino les arrojaba agua desde un balcón; dormían hechos rosca en el umbral de una puerta.

Eran noches de pesadillas terribles. Pinto soñaba estar en una azotea con la cazuela de sobras repleta, subía la Diana, le hablaba de amores, junto al tinaco le decía: “eres mi vida”, y ¡paf! Un señor que entraba a deshoras a su casa, lo despertaba con un puntapié. Aquello no era vida, los carretones de basura no traían ni un solo hueso que roer, y cuando lo había, la fuerza bruta se lo arrancaba de los dientes.

Evocaba aquel pasado siempre adverso: ¿para qué había nacido? ¡Sin creencias, sin paraíso, sin palabras siquiera para pedir un mendrugo! Y cazaba moscas al vuelo o saciaba su sed en los charcos.

Una mañana lo llamó un señor y le arrojó un pedazo de carne. ¡Al fin! Sí, sí; había indudablemente un espíritu protector de los hambrientos; sintió una embriaguez de placer al aspirar el aroma tibio de aquella pulpa, y ¡era fresca! y la comió con glotonería. Un fuego devorador circulaba por sus venas, parecía que desgarraba sus entrañas, sus miembros se estremecían en dolorosas convulsiones; tambaleaba como un ebrio y, por fin, se desplomó. ¡Lo habían envenenado!

¡Qué cuadro! Yacía en el lodazal. Todo fue crueldad en aquellos momentos. Un carro al pasar le trituró una pata; había un círculo de curiosas, criadas que volvían de la compra; mandaderos con la canasta en la mano y que se entretenían en picarlo para provocarle largos estremecimientos convulsivos. La cabeza caída, los ojos inyectados fuera de las órbitas; los blancos colmillos descubiertos, la lengua de fuera, el hocico abierto y babeante; la respiración de un sofocado, y las patas agitándose en nervioso desorden. ¡Y aún en su agonía lo azuzaban y se reían de sus contracciones de epiléptico! Ni una queja, ni un ladrido... Los niños Angulo pasaron y se detuvieron, sus ojos infantiles lo vieron con gran tristeza, y los oyó murmurar:

–¡Pobrecito! y se parece al Pinto.

Era el Pinto: ¡qué flaco estaría para ser inconocible! Después de un último sacudimiento quedó inmóvil.

*

El carro de la limpia fue su ataúd y el muladar su cementerio. Ahí, sobre montones de ceniza, cascarrones de huevo, zapatos rotos, harapos y momias de gato, fue arrojado junto a un casco de botella; quizá lo hubieran devorado los mismos que lo acompañaron hasta su última morada, si no hubiera habido otro entierro, el de un caballo que llegó en un carretón con una bandera blanca y escoltado por canes hambrientos que hicieron de sus despojos una atroz carnicería.

Lamiéndose los bigotes dijo uno de los comensales: “He aquí al Pinto, ciudadano honrado, de origen noble, fiel, trabajador, digno de un cojín de viuda o de una azotea de ranchería, convertido en cadáver y ¡envenenado!... Pero ¡esta es la vida!” Y se alejó al trote por el potrero, donde ya las sombras se extendían; el crepúsculo daba un fulgor sangriento a aquel cuadro y perfilaba en el horizonte las siluetas macabras de esas limosneras que remueven las basuras para encontrar hilachas.

La sombra tendió sus alas de búho en aquel cementerio de cosas viejas y animales muertos. Cementerio sin epitafios.

*

¡Cuántos en la plebe son como el Pinto!

¡Cuántos desdichados hay que, con forma humana, no son sino perros que hablan y que visten pantalones!

Ángel de Campo

Cuento 2

Tarde de agosto

Nunca vas a olvidar esa tarde de agosto. Tenías catorce años, ibas a terminar la secundaria. No recordabas a tu padre, muerto al poco tiempo de que nacieras. Tu madre trabajaba en una agencia de viajes. Todos los días, de lunes a viernes, te despertaba a las seis y media. Quedaba atrás un sueño de combates a la orilla del mar, ataques a los bastiones de la selva, desembarcos en tierras enemigas. Y entrabas en el día en que era necesario vivir, crecer, abandonar la infancia. Por la noche miraban la televisión sin hablarse. Luego te encerrabas a leer las novelas de una serie española, la Colección Bazooka, relatos de la Segunda Guerra Mundial que idealizaban las batallas y te permitían entrar en el mundo heroico que te gustaría haber vivido.

El trabajo de tu madre te obligaba a comer en casa de su hermano. Era hosco, no te manifestaba ningún afecto y cada mes exigía el pago puntual de tus alimentos. Pero todo lo compensaba la presencia de Julia, tu inalcanzable prima hermana. Julia estudiaba ciencias químicas, era la única que te daba un lugar en el mundo, no por amor, como creíste entonces, sino por la compasión que despertaba el intruso, el huérfano, el sin derecho a nada.

Julia te ayudaba en las tareas, te dejaba escuchar sus discos, esa música que hoy no puedes oír sin recordarla. Una noche te llevó al cine, después te presentó a su novio, el primero que pudo visitarla en su casa. Desde entonces odiaste a Pedro. Compañero de Julia en la universidad, se vestía bien, hablaba de igual a igual con tu familia. Le tenías miedo, estabas seguro de que a solas con Julia se burlaba de ti y de tus novelitas de guerra que llevabas a todas partes. Le molestaba que le dieras lástima a tu prima, te consideraba un testigo, un estorbo, desde luego nunca un rival.

Julia cumplió veinte años esa tarde de agosto. Al terminar el almuerzo, Pedro le preguntó si quería pasear en su coche por los alrededores de la ciudad. Ve con ellos, ordenó tu tío. Sumido en el asiento posterior te deslumbró la luz del sol y te calcinaron los celos. Julia reclinaba la cabeza en el hombro de Pedro, Pedro conducía con una mano para abrazar a Julia, una canción de entonces trepidaba en la radio, caía la tarde en la ciudad de piedra y polvo. Viste perderse en la ventanilla las últimas casas y los cuarteles y los cementerios. Después (Julia besaba a Pedro, tú no existías hundido en el asiento posterior) el bosque, la montaña, los pinos desgarrados por la luz llegaron a tus ojos como si los cubrieran para impedir el llanto.

Al fin Pedro detuvo el Ford frente a un convento en ruinas. Bajaron y anduvieron por galerías llenas de musgos y de ecos. Se asomaron a la escalinata de un subterráneo oscuro. Hablaron, susurraron, se escucharon en las paredes de una capilla en que las piedras transmitían las voces de una esquina a otra. Miraste el jardín, el bosque húmedo, la vegetación de alta montaña. Te sentiste ya no el huérfano, el intruso, el primo pobre que iba mal en la escuela y vivía en un edificio horrible de la colonia Escandón, sino un héroe de Dunkerque, Narvik, Tobruk, Midway, Stalingrado, El Alamein, el desembarco en Normandía, Varsovia, Monte Cassino, Las Ardenas. Un capitán del Afrika Korps, un oficial de la caballería polaca en una carga heroica y suicida contra los tanques hitlerianos. Rommel, Montgomery, von Rundstedt, Zhukov. No pensabas en buenos y malos, en víctimas y verdugos. Para ti el único criterio era el valor ante el peligro y la victoria contra el enemigo. En ese instante eras el protagonista de la Colección Bazooka, el combatiente capaz de toda acción de guerra porque una mujer celebrará su hazaña y su victoria resonará para siempre.

La tristeza cedió lugar al júbilo. Corriste y libraste de un salto los matorrales y los setos mientras Pedro besaba a Julia y la tomaba del talle. Bajaron hasta un lugar en que el bosque

parecía nacer junto a un arroyo de aguas heladas y un letrero prohibía cortar flores y molestar a los animales. Entonces Julia descubrió una ardilla en la punta de un pino y dijo: Me gustaría llevármela a la casa. Las ardillas no se dejan atrapar, contestó Pedro, y si alguien lo intentara hay muchos guardabosques para castigarlo. Se te ocurrió decir: yo la agarro. Y te subiste al árbol antes de que Julia pudiera decir no.

Tus dedos lastimados por la corteza se deslizaban en la resina. Entonces la ardilla ascendió aún más alto. La seguiste hasta poner los pies en una rama. Miraste hacia abajo y viste acercarse al guardabosques y a Pedro que, en vez de ahuyentarlo en alguna forma, trababa conversación con él y a Julia tratando de no mirarte y sin embargo viéndote. Pedro no te delató y el guardabosques no alzó los ojos, entretenido por la charla. Pedro alargaba el diálogo por todos los medios a su alcance. Quería torturarte sin moverse del suelo. Después presentaría todo como una broma pesada y él y Julia iban a reirse de ti. Era un medio infalible para destruir tu victoria y prolongar tu humillación.

Porque ya habían pasado diez minutos. La rama comenzaba a ceder. Sentiste miedo de caerte y morir o, lo peor de todo, de perder ante Julia. Si bajabas o si pedías auxilio el guardabosques iba a llevarte preso. Y la conversación seguía y la ardilla primero te desafiaba a unos centímetros de ti y luego bajaba y corría a perderse en el bosque, mientras Julia lloraba lejos de Pedro, del guardabosques y la ardilla, pero de ti más lejos, imposible.

Al fin el guardabosques se despidió, Pedro le dejó en la mano algunos billetes, y pudiste bajar pálido, torpe, humillado, con lágrimas que Julia nunca debió haber visto en tus ojos porque demostraban que eras el huérfano y el intruso, no el héroe de Iwo Jima y Monte Cassino. La risa de Pedro se detuvo cuando Julia le reclamó muy seria: Cómo pudiste haber hecho eso. Eres un imbécil. Te aborrezco.

Subieron otra vez al automóvil. Julia no se dejó abrazar por Pedro. Nadie habló una palabra. Ya era de noche cuando entraron en la ciudad. Bajaste en la primera esquina que te pareció conocida. Caminaste sin rumbo algunas horas y al volver a casa le dijiste a tu madre lo que ocurrió en el bosque. Lloraste y quemaste toda la colección Bazooka y no olvidaste nunca esa tarde de agosto. Esa tarde, la última en que tú viste a Julia.

José Emilio Pacheco

Cuento 3

El recado

Vine Martín, y no estás. Me he sentado en el peldaño de tu casa, recargada en tu puerta y pienso que, en algún lugar de la ciudad, por una onda que cruza el aire, debes intuir que aquí estoy. Es este tu pedacito de jardín; tu mimosa se inclina hacia afuera y los niños al pasar le arrancan las ramas más accesibles... En la tierra, sembradas alrededor del muro, muy rectilíneas y serias veo unas flores que tienen hojas como espadas. Son azul marino, parecen soldados. Son muy graves, muy honestas. Tú también eres un soldado. Marchas por la vida, uno, dos, uno, dos... Todo tu jardín es sólido, es como tú, tiene una reciedumbre que inspira confianza.

Aquí estoy contra el muro de tu casa, así como estoy a veces contra el muro de tu espalda. El sol da también contra el vidrio de tus ventanas y poco a poco se debilita porque ya es tarde. El cielo enrojecido ha calentado tu madreSelva y su olor se vuelve aún más penetrante. Es el atardecer. El día va a decaer. Tu vecina pasa. No sé si me habrá visto. Va a regar su pedazo de jardín. Recuerdo que ella te trae una sopa cuando estás enfermo y que su hija te pone inyecciones... Pienso en ti muy despacio, como si te dibujara dentro de mí y quedaras allí grabado. Quisiera tener la certeza de que te voy a ver mañana y pasado mañana y siempre en una cadena ininterrumpida de días;

que podré mirarte lentamente, aunque ya me sé cada rinconcito de tu rostro; que nada entre nosotros ha sido provisional o un accidente.

Estoy inclinada ante una hoja de papel y te escribo todo esto y pienso que ahora, en alguna cuadra donde camines apresurado, decidido como sueles hacerlo, en alguna de esas calles por donde te imagino siempre: Donceles y Cinco de Febrero o Venustiano Carranza, en alguna de esas banquetas grises y monocordes rotas sólo por el remolino de gente que va a tomar el camión, has de saber dentro de ti que te espero. Vine nada más a decirte que te quiero y como no estás te lo escribo. Ya casi no puedo escribir porque ya se fue el sol y no sé bien a bien lo que te pongo. Afuera pasan más niños, corriendo. Y una señora con una olla advierte irritada: “No me sacudas la mano porque voy a tirar la leche...” Y dejo este lápiz, Martín, y dejo la hoja rayada y dejo que mis brazos cuelguen inútilmente a lo largo de mi cuerpo y te espero. Pienso que te hubiera querido abrazar. A veces quisiera ser más vieja porque la juventud lleva en sí, la imperiosa, la implacable necesidad de relacionarlo todo con el amor.

Ladra un perro; ladra agresivamente. Creo que es hora de irme. Dentro de poco vendrá la vecina a prender la luz de tu casa; ella tiene llave y encenderá el foco de la recámara que da hacia afuera porque en esta colonia asaltan mucho, roban mucho. A los pobres les roban mucho; los pobres se roban entre sí... Sabes, desde mi infancia me he sentado así a esperar, siempre fui dócil, porque te esperaba. Sé que todas las mujeres aguardan. Aguardan la vida futura, todas esas imágenes forjadas en la soledad, todo ese bosque que camina hacia ellas; toda esa inmensa promesa que es el hombre; una granada que de pronto se abre y muestra sus granos rojos, lustrosos; una granada como una boca pulposa de mil gajos. Más tarde esas horas vividas en la imaginación, hechas horas reales, tendrán que cobrar peso y tamaño y crudeza. Todos estamos – ¡oh, mi amor! – tan llenos de retratos interiores, tan llenos de paisajes no vividos.

Ha caído la noche y ya y casi no veo lo que estoy borroneando en la hoja rayada. Ya no percibo las letras. Allí donde no le entiendas en los espacios blancos, en los huecos, pon: “Te quiero...” No sé si voy a echar esta hoja debajo de la puerta, no sé. Me has dado un tal respeto de ti mismo... Quizá ahora que me vaya, sólo pase a pedirle a la vecina que te dé el recado: que te diga que vine.

Elena Poniatowska

Cuento 4

El guardaguijas

El forastero llegó sin aliento a la estación desierta. Su gran valija, que nadie quiso cargar, le había fatigado en extremo. Se enjugó el rostro con un pañuelo, y con la mano en visera miró los rieles que se perdían en el horizonte. Desalentado y pensativo consultó su reloj: la hora justa en que el tren debía partir.

Alguien, salido de quién sabe dónde, le dio una palmada muy suave. Al volverse el forastero se halló ante un viejecillo de vago aspecto ferrocarrilero. Llevaba en la mano una linterna roja, pero tan pequeña, que parecía de juguete. Miró sonriendo al viajero, que le preguntó con ansiedad:

-Usted perdone, ¿ha salido ya el tren?

- ¿Lleva usted poco tiempo en este país?

-Necesito salir inmediatamente. Debo hallarme en T. mañana mismo.

-Se ve que usted ignora las cosas por completo. Lo que debe hacer ahora mismo es buscar alojamiento en la fonda para viajeros -y señaló un extraño edificio ceniciento que más bien parecía un presidio.

-Pero yo no quiero alojarme, sino salir en el tren.

-Alquile usted un cuarto inmediatamente, si es que lo hay. En caso de que pueda conseguirlo, contrátele por mes, le resultará más barato y recibirá mejor atención.

- ¿Está usted loco? Yo debo llegar a T. mañana mismo.

-Francamente, debería abandonarlo a su suerte. Sin embargo, le daré unos informes.

-Por favor...

-Este país es famoso por sus ferrocarriles, como usted sabe. Hasta ahora no ha sido posible organizarlos debidamente, pero se han hecho grandes cosas en lo que se refiere a la publicación de itinerarios y a la expedición de boletos. Las guías ferroviarias abarcan y enlazan todas las poblaciones de la nación; se expenden boletos hasta para las aldeas más pequeñas y remotas. Falta solamente que los convoyes cumplan las indicaciones contenidas en las guías y que pasen efectivamente por las estaciones. Los habitantes del país así lo esperan; mientras tanto, aceptan las irregularidades del servicio y su patriotismo les impide cualquier manifestación de desagrado.

- Pero ¿hay un tren que pasa por esta ciudad?

-Afirmarlo equivaldría a cometer una inexactitud. Como usted puede darse cuenta, los rieles existen, aunque un tanto averiados. En algunas poblaciones están sencillamente indicados en el suelo mediante dos rayas. Dadas las condiciones actuales, ningún tren tiene la obligación de pasar por aquí, pero nada impide que eso pueda suceder. Yo he visto pasar muchos trenes en mi vida y conocí algunos viajeros que pudieron abordarlos. Si usted espera convenientemente, tal vez yo mismo tenga el honor de ayudarle a subir a un hermoso y confortable vagón.

- ¿Me llevará ese tren a T.?

- ¿Y por qué se empeña usted en que ha de ser precisamente a T.? Debería darse por satisfecho si pudiera abordarlo. Una vez en el tren, su vida tomará efectivamente un rumbo. ¿Qué importa si ese rumbo no es el de T.?

-Es que yo tengo un boleto en regla para ir a T. Lógicamente, debo ser conducido a ese lugar, ¿no es así?

-Cualquiera diría que usted tiene razón. En la fonda para viajeros podrá usted hablar con personas que han tomado sus precauciones, adquiriendo grandes cantidades de boletos. Por regla general, las gentes

previsoras compran pasajes para todos los puntos del país. Hay quien ha gastado en boletos una verdadera fortuna...

-Yo creí que para ir a T. me bastaba un boleto. Mírelo usted...

-El próximo tramo de los ferrocarriles nacionales va a ser construido con el dinero de una sola persona que acaba de gastar su inmenso capital en pasajes de ida y vuelta para un trayecto ferroviario, cuyos planos, que incluyen extensos túneles y puentes, ni siquiera han sido aprobados por los ingenieros de la empresa.

-Pero el tren que pasa por T., ¿ya se encuentra en servicio?

-Y no sólo ése. En realidad, hay muchísimos trenes en la nación, y los viajeros pueden utilizarlos con relativa frecuencia, pero tomando en cuenta que no se trata de un servicio formal y definitivo. En otras palabras, al subir a un tren, nadie espera ser conducido al sitio que desea.

- ¿Cómo es eso?

-En su afán de servir a los ciudadanos, la empresa debe recurrir a ciertas medidas desesperadas. Hace circular trenes por lugares intransitables. Esos convoyes expedicionarios emplean a veces varios años en su trayecto, y la vida de los viajeros sufre algunas transformaciones importantes.

Los fallecimientos no son raros en tales casos, pero la empresa, que todo lo ha previsto, añade a esos trenes un vagón capilla ardiente y un vagón cementerio. Es motivo de orgullo para los conductores depositar el cadáver de un viajero lujosamente embalsamado en los andenes de la estación que prescribe su boleto. En ocasiones, estos trenes forzados recorren trayectos en que falta uno de los rieles. Todo un lado de los vagones se estremece lamentablemente con los golpes que dan las ruedas sobre los durmientes. Los viajeros de primera -es otra de las previsiones de la empresa- se colocan del lado en que hay riel. Los de segunda padecen los golpes con resignación. Pero hay otros tramos en que faltan ambos rieles, allí los viajeros sufren por igual, hasta que el tren queda totalmente destruido.

- ¡Santo Dios!

-Mire usted: la aldea de F. surgió a causa de uno de esos accidentes. El tren fue a dar en un terreno impracticable. Lijadas por la arena, las ruedas se gastaron hasta los ejes. Los viajeros pasaron tanto tiempo, que de las obligadas conversaciones triviales surgieron amistades estrechas. Algunas de esas amistades se transformaron pronto en idilios, y el resultado ha sido F., una aldea progresista llena de niños traviesos que juegan con los vestigios enmohecidos del tren.

- ¡Dios mío, yo no estoy hecho para tales aventuras!

-Necesita usted ir templando su ánimo; tal vez llegue usted a convertirse en héroe. No crea que faltan ocasiones para que los viajeros demuestren su valor y sus capacidades de sacrificio. Recientemente, doscientos pasajeros anónimos escribieron una de las páginas más gloriosas en nuestros anales ferroviarios. Sucede que en un viaje de prueba, el maquinista advirtió a tiempo una grave omisión de los constructores de la línea. En la ruta faltaba el puente que debía salvar un abismo. Pues bien, el maquinista, en vez de poner marcha atrás, arengó a los pasajeros y obtuvo de ellos el esfuerzo necesario para seguir adelante. Bajo su enérgica dirección, el tren fue desarmado pieza por pieza y conducido en hombros al otro lado del abismo, que todavía reservaba la sorpresa de contener en su fondo un río caudaloso. El resultado de la hazaña fue tan satisfactorio que la empresa renunció definitivamente a la construcción del puente, conformándose con hacer un atractivo descuento en las tarifas de los pasajeros que se atreven a afrontar esa molestia suplementaria.

- ¡Pero yo debo llegar a T. mañana mismo!

- ¡Muy bien! Me gusta que no abandone usted su proyecto. Se ve que es usted un hombre de convicciones. Alójese por lo pronto en la fonda y tome el primer tren que pase. Trate de hacerlo cuando menos; mil personas estarán para impedirselo. Al llegar un convoy, los viajeros, irritados por una espera demasiado larga, salen de la fonda en tumulto para invadir ruidosamente la estación. Muchas veces provocan accidentes con su increíble falta de cortesía y de prudencia. En vez de subir ordenadamente se dedican a aplastarse unos a otros; por lo menos, se impiden para siempre el abordaje, y el tren se va dejándolos amotinados en los andenes de la estación. Los viajeros, agotados y furiosos, maldicen su falta de educación, y pasan mucho tiempo insultándose y dándose de golpes.

- ¿Y la policía no interviene?

-Se ha intentado organizar un cuerpo de policía en cada estación, pero la imprevisible llegada de los trenes hacía tal servicio inútil y sumamente costoso. Además, los miembros de ese cuerpo demostraron muy pronto su venalidad, dedicándose a proteger la salida exclusiva de pasajeros adinerados que les daban a cambio de esa ayuda todo lo que llevaban encima. Se resolvió entonces el establecimiento de un tipo especial de escuelas, donde los futuros viajeros reciben lecciones de urbanidad y un entrenamiento adecuado. Allí se les enseña la manera correcta de abordar un convoy, aunque esté en movimiento y a gran velocidad. También se les proporciona una especie de armadura para evitar que los demás pasajeros les rompan las costillas.

-Pero una vez en el tren, ¿está uno a cubierto de nuevas contingencias?

-Relativamente. Sólo le recomiendo que se fije muy bien en las estaciones. Podría darse el caso de que creyera haber llegado a T., y sólo fuese una ilusión. Para regular la vida a bordo de los vagones demasiado repletos, la empresa se ve obligada a echar mano de ciertos expedientes. Hay estaciones que son pura apariencia: han sido construidas en plena selva y llevan el nombre de alguna ciudad importante. Pero basta poner un poco de atención para descubrir el engaño. Son como las decoraciones del teatro, y las personas que figuran en ellas están llenas de aserrín. Esos muñecos revelan fácilmente los estragos de la intemperie, pero son a veces una perfecta imagen de la realidad: llevan en el rostro las señales de un cansancio infinito.

-Por fortuna, T. no se halla muy lejos de aquí.

-Pero carecemos por el momento de trenes directos. Sin embargo, no debe excluirse la posibilidad de que usted llegue mañana mismo, tal como desea. La organización de los ferrocarriles, aunque deficiente, no excluye la posibilidad de un viaje sin escalas. Vea usted, hay personas que ni siquiera se han dado cuenta de lo que pasa. Compran un boleto para ir a T. Viene un tren, suben, y al día siguiente oyen que el conductor anuncia: "Hemos llegado a T.". Sin tomar precaución alguna, los viajeros descienden y se hallan efectivamente en T.

- ¿Podría yo hacer alguna cosa para facilitar ese resultado?

-Claro que puede usted. Lo que no se sabe es si le servirá de algo. Inténtelo de todas maneras. Suba usted al tren con la idea fija de que va a llegar a T. No trate a ninguno de los pasajeros. Podrán desilusionarlo con sus historias de viaje, y hasta denunciarlo a las autoridades.

- ¿Qué está usted diciendo?

En virtud del estado actual de las cosas los trenes viajan llenos de espías. Estos espías, voluntarios en su mayor parte, dedican su vida a fomentar el espíritu constructivo de la empresa. A veces uno no sabe lo que dice y habla sólo por hablar. Pero ellos se dan cuenta en seguida de todos los sentidos que puede tener una frase, por sencilla que sea. Del comentario más inocente saben sacar una opinión culpable. Si usted llegara a cometer la menor imprudencia, sería aprehendido sin más, pasaría el resto de su vida en un vagón cárcel o le obligarían a descender en una falsa estación perdida en la selva. Viaje usted lleno de fe, consuma la menor cantidad posible de alimentos y no ponga los pies en el andén antes de que vea en T. alguna cara conocida.

-Pero yo no conozco en T. a ninguna persona.

-En ese caso redoble usted sus precauciones. Tendrá, se lo aseguro, muchas tentaciones en el camino. Si mira usted por las ventanillas, está expuesto a caer en la trampa de un espejismo. Las ventanillas están provistas de ingeniosos dispositivos que crean toda clase de ilusiones en el ánimo de los pasajeros. No hace falta ser débil para caer en ellas. Ciertos aparatos, operados desde la locomotora, hacen creer, por el ruido y los movimientos, que el tren está en marcha. Sin embargo, el tren permanece detenido semanas enteras, mientras los viajeros ven pasar cautivadores paisajes a través de los cristales.

- ¿Y eso qué objeto tiene?

-Todo esto lo hace la empresa con el sano propósito de disminuir la ansiedad de los viajeros y de anular en todo lo posible las sensaciones de traslado. Se aspira a que un día se entreguen plenamente al azar, en manos de una empresa omnipotente, y que ya no les importe saber adónde van ni de dónde vienen.

-Y usted, ¿ha viajado mucho en los trenes?

-Yo, señor, solo soy guardagujas. A decir verdad, soy un guardagujas jubilado, y sólo aparezco aquí de vez en cuando para recordar los buenos tiempos. No he viajado nunca, ni tengo ganas de

hacerlo. Pero los viajeros me cuentan historias. Sé que los trenes han creado muchas poblaciones además de la aldea de F., cuyo origen le he referido. Ocurre a veces que los tripulantes de un tren reciben órdenes misteriosas. Invitan a los pasajeros a que desciendan de los vagones, generalmente con el pretexto de que admiren las bellezas de un determinado lugar. Se les habla de grutas, de cataratas o de ruinas célebres: “Quince minutos para que admiren ustedes la gruta tal o cual”, dice amablemente el conductor. Una vez que los viajeros se hallan a cierta distancia, el tren escapa a todo vapor.

- ¿Y los viajeros?

Vagan desconcertados de un sitio a otro durante algún tiempo, pero acaban por congregarse y se establecen en colonia. Estas paradas intempestivas se hacen en lugares adecuados, muy lejos de toda civilización y con riquezas naturales suficientes. Allí se abandonan lores selectos, de gente joven, y sobre todo con mujeres abundantes. ¿No le gustaría a usted pasar sus últimos días en un pintoresco lugar desconocido, en compañía de una muchachita?

El viejecillo sonriente hizo un guiño y se quedó mirando al viajero, lleno de bondad y de picardía. En ese momento se oyó un silbido lejano. El guardagujas dio un brinco, y se puso a hacer señales ridículas y desordenadas con su linterna.

- ¿Es el tren? -preguntó el forastero.

El anciano echó a correr por la vía, desaforadamente. Cuando estuvo a cierta distancia, se volvió para gritar:

- ¡Tiene usted suerte! Mañana llegará a su famosa estación. ¿Cómo dice que se llama?

- ¡X! -contestó el viajero.

En ese momento el viejecillo se disolvió en la clara mañana. Pero el punto rojo de la linterna siguió corriendo y saltando entre los rieles, imprudente, al encuentro del tren.

Al fondo del paisaje, la locomotora se acercaba como un ruidoso advenimiento.

Juan José Arreola

Bibliografía

Arreola, Juan José (1952). *Confabulario*. México: Booket Joaquín Mortiz.

De Campo, Ángel (2015). *Los imprescindibles*. México: 2015.

Pacheco, José Emilio (1963). *El viento distante*. México: Era.

Poniatowska, Elena (1999). *De noche vienes*. México: FCE.

Ejercicio 26: ¿Qué problemáticas urbanas se plantean en los cuentos anteriores? Escribe un ensayo de entre dos y tres cuartillas.

Unidad 5: El compromiso social y la denuncia

Ejercicio 27: Lee con atención la siguiente antología de cuentos.

Antología 2. Narrativa de la Revolución Mexicana

Cuento 1

La fiesta de las balas

Atento a cuanto se decía de Villa y el villismo, y a cuanto veía a mi alrededor, a menudo me preguntaba yo en Ciudad Juárez qué hazañas serían las que pintaban más a fondo la División del Norte: si las que se suponían estrictamente históricas, o las que se calificaban de legendarias; si las que se contaban como algo visto dentro de la más escueta realidad, o las que traían ya tangibles, con el toque de la exaltación poética, las revelaciones esenciales. Y siempre eran las proezas de este segundo orden las que se me antojaban más verídicas, las que, a mi juicio, eran más dignas de hacer Historia.

Porque ¿dónde hallar, pongo por caso, mejor pintura de Rodolfo Fierro —y Fierro y el villismo eran espejos contrapuestos, modos de ser que se reflejaban infinitamente entre sí— que en el relato que ponía a aquél ante mis ojos, después de una de las últimas batallas, entregado a consumir, con fantasía tan cruel como creadora de escenas de muerte, las terribles órdenes de Villa? Verlo así era como sentir en el alma el roce de una tremenda realidad cuya impresión se conservaba para siempre.

Aquella batalla, fecunda en todo, había terminado dejando en manos de Villa no menos de quinientos prisioneros. Villa mandó separarlos en dos grupos: de una parte, los voluntarios oroquistas a quienes llamaban *colorados*; de la otra, los federales. Y como se sentía ya bastante fuerte para actos de grandeza, resolvió hacer un escarmiento con los prisioneros del primer grupo, mientras se mostraba benigno con los otros. A los colorados se les pasaría por las armas antes de que oscureciese; a los federales se les daría a elegir entre unirse a las tropas revolucionarias o bien irse a sus casas mediante la promesa de no volver a hacer armas contra los constitucionalistas.

Fierro, como era de esperar, fue el encargado de la ejecución, a la cual dedicó desde luego la eficaz diligencia que tan buen camino le auguraba ya en el ánimo de Villa, o, según decía él: de “su jefe”.

Declinaba la tarde. La gente revolucionaria, tras de levantar el campo, iba reconcentrándose lentamente en torno del humilde pueblecito que había sido objetivo de la acción. Frio y tenaz, el viento de la llanura chihuahuense empezaba a despegar del suelo y apretaba los grupos de jinetes y de infantes: unos y otros se acogían al socaire de las casas. Pero Fierro —a quien nunca detuvo nada ni nadie— no iba a rehuir un airecillo fresco que a lo sumo barruntaba la helada de la noche. Hizo cabalgar a su caballo de anca corta, contra cuyo pelo oscuro, cano por el polvo de la batalla, rozaba el borde del sarape gris. Iba así al paso. El viento le daba de lleno en la cara, mas él no trataba de eludirlo clavando la barbilla en el pecho ni levantando los pliegues del embozo. Llevaba enhiesta la cabeza, arrogante el busto, bien puestos los pies en los estribos y elegantemente dobladas las piernas entre los arreos de campaña sujetos a los tientos de la montura. Nadie lo veía, salvo la desolación del llano y uno que otro soldado que pasaba a distancia. Pero él, acaso inconscientemente, arrendaba de modo que el animal hiciera piernas como para lucirse en un paseo. Fierro se sentía feliz: lo embargaba el placer de la victoria —de la victoria, en la cual nunca creía hasta consumarse la completa derrota del enemigo—, y su alegría interior le afloraba en sensaciones físicas que tornaban grato el hostigo del viento y el andar del caballo después de quince horas de no apearse. Sentía como caricia la luz del sol —sol un tanto desvaído, sol prematuramente envuelto en fulgores encendidos y tormentosos.

Llegó al corral donde tenían encerrados, como rebaño de reses, a los trescientos prisioneros colorados condenados a morir, y se detuvo un instante a mirar por sobre las tablas de la cerca. Vistos desde allí, aquellos trescientos huertistas hubieran podido pasar por otros tantos revolucionarios. Eran de la fina raza de Chihuahua: altos los cuerpos, sobrias las carnes, robustos los cuellos, bien conformados los hombros sobre espaldas vigorosas y flexibles. Fierro consideró de una sola ojeada el pequeño ejército preso, lo apreció en su valor militar —y en su valer— y sintió una pulsación rara, un estremecimiento que le bajaba desde el corazón, o desde la frente, hasta el índice de la mano derecha. Sin quererlo ni sentirlo, la palma de esa mano fue a posársele en las cachas de la pistola.

—Batalla, ésta —pensó.

Indiferentes a todo, los soldados de caballería que vigilaban a los prisioneros no se fijaban en él. A ellos no les preocupaba más que la molestia de estar montando una guardia fatigosa —guardia incomprensible después de la excitación del combate— y que les exigía tener lista la carabina, cuya culata apoyaban en el muslo. De cuando en cuando, si algún prisionero parecía apartarse, los soldados apuntaban con aire resuelto y, de ser preciso, hacían fuego. Una onda rizaba entonces el perímetro informe de la masa de prisioneros, los cuales se replegaban para evitar el tiro. La bala pasaba de largo o derribaba a alguno.

Fierro avanzó hasta la puerta del corral; gritó a un soldado, que vino a descorrer las trancas, y entró. Sin quitarse el sarape de sobre los hombros echó pie a tierra. El salto le deshizo el embozo. Tenía las piernas entumecidas de cansancio y de frío: las estiró. Se acomodó las dos pistolas. Se puso luego a observar despacio la disposición de los corrales y sus diversas divisiones. Dio varios pasos hasta una de las cercas, sin soltar la brida, la cual trabó entre dos tablas, para dejar sujeto el caballo. Sacó de las cantinas de la silla algo que se metió en los bolsillos de la chaqueta, y atravesó el corral a poca distancia de los prisioneros.

Los corrales eran tres, comunicados entre sí por puertas interiores y callejones angostos. Del que ocupaban los colorados, Fierro pasó, deslizando el cuerpo entre las trancas de la puerta, al de en medio; en seguida, al otro. Allí se detuvo. Su figura, grande y hermosa, irradiaba un aura extraña, algo superior, algo prestigioso y a la vez adecuado al triste abandono del corral. El sarape había venido resbalándole del cuerpo hasta quedar pendiente apenas de los hombros: los cordoncillos de las puntas arrastraban por el suelo. Su sombrero, gris y ancho de ala, se teñía de rosa al recibir de soslayo la luz poniente del sol. Vuelto de espaldas, los prisioneros lo veían desde lejos, a través de las cercas. Sus piernas formaban compás hercúleo y destellaban; el cuero de sus mitasas brillaba en la luz del atardecer.

A unos cien metros, por la parte exterior a los corrales, estaba el jefe de la tropa encargada de los prisioneros. Fierro lo vio y le indicó a señas que se acercara. El oficial cabalgó hasta el sitio de la valla más próximo a Fierro. Éste caminó hacia él. Hablaron. Por momentos, conforme hablaban, Fierro fue señalando diversos puntos del corral donde se encontraba y del corral contiguo. Después describió, moviendo la mano, una serie de evoluciones que repitió el oficial como con ánimo de entender mejor. Fierro insistió dos o tres veces en una maniobra al parecer muy importante, y el oficial entonces, seguro de las órdenes recibidas, partió al galope hacia donde estaban los prisioneros.

Tornó Fierro al centro del corral, y otra vez se mantuvo atento a estudiar la disposición de las cercas y cuanto las rodeaba. De los tres corrales, aquél era el más amplio, y según parecía, el primero en orden —el primero con relación al pueblo—. Tenía en dos de sus lados sendas puertas hacia el campo: puertas de trancas más estropeadas —por mayor uso— que las de los corrales posteriores, pero de maderos más fuertes. En otro lado se abría la puerta que daba al corral inmediato, y el lado restante no era una simple valla de madera, sino tapia de adobes, de no menos de tres metros de altura. La tapia mediría como sesenta metros de largo, de los cuales, veinte servían de fondo a un cobertizo o pesebre, cuyo tejado bajaba de la barda y se asentaba, de una parte, en los postes, prolongados, del extremo de una de las cercas que lindaban con el campo, y de la otra, en una pared, también de adobe, que salía perpendicularmente de la tapia y avanzaba cosa de quince metros hacia los medios del corral. De esta suerte, entre, entre el cobertizo y la valla del corral próximo venía a quedar un espacio cerrado en dos de sus lados por paredes macizas. En aquel rincón el viento de la tarde amontonaba la basura y hacía sonar con ritmo anárquico, golpeándolo contra el brocal de un pozo, un cubo de hierro. Del brocal del pozo se elevaban con dos palos secos, toscos, terminados en horquetas, sobre los cuales se atravesaba otro más, y desde éste pendía la cadena de una garrucha, que también sonaba movida por el viento. En lo más alto de una de las horquetas un pájaro grande —inmóvil, blanquecino— se confundía con las puntas del palo, reseca y torcidas.

Fierro se hallaba a cincuenta pasos del pozo. Detuvo un segundo la vista sobre la quieta figura del pájaro, y, como si la presencia de éste encajara a pelo en sus reflexiones, sin cambiar de expresión, ni de postura, ni de gesto, sacó la pistola lentamente. El cañón del arma, largo y pulido, se transformó en dedo de rosa a la luz poniente del sol. Poco a poco el gran dedo fue enderezándose hasta señalar en dirección del pájaro. Sonó el disparo —seco y diminuto en la inmensidad de la tarde— y el animal cayó al suelo. Fierro volvió la pistola a la funda.

En aquel instante un soldado, trepando a la cerca, saltó dentro del corral. Era el asistente de Fierro. Había dado el brinco desde tan alto que necesitó varios segundos para erguirse otra vez. Al fin lo hizo y caminó hacia donde estaba su amo. Fierro le preguntó, sin volver la cara:

—¿Qué hubo con éstos? Si no vienen pronto, se hará tarde.

—Parece que ya vienen ay —contestó el asistente.

—Entonces, tú ponte allí. A ver, ¿qué pistola traes?

—La que usted me dio, mi jefe. La *mitigüeson*.

—Sácala pues, y toma estas cajas de parque. ¿Cuántos tiros dices que tienes?

—Unas quince docenas, con los que he arrejuntado hoy, mi jefe. Otros hallaron hartos, yo no.

—¿Quince docenas?... Te dije el otro día que si seguías vendiendo el parque para emborracharte iba a meterte una bala en la barriga.

—No, mi jefe.

—No mi jefe, qué.

—Que me embriago, mi jefe, pero no vendo el parque.

—Pues cuidadito, porque me conoces. Y ahora ponte vivo, para que me salga bien esta anqueta. Yo disparo y tú cargas las pistolas. Y oye bien esto que te voy a decir: si por tu culpa se me escapa uno siquiera de los colorados, te acuesto con ellos.

—¡Ah, qué mi jefe!

—Como lo oyes.

El asistente extendió su frazada sobre el suelo y vació en ella las cajas de cartuchos que Fierro acababa de darle. Luego se puso a extraer uno a uno los tiros que traía en las cananas de la cintura. Quería hacerlo tan de prisa, que se tardaba más de la cuenta. Estaba nervioso, los dedos se le embrollaban.

—¡Ah, qué mi jefe! —seguía pensando para sí.

Mientras tanto, del otro lado de la cerca que limitaba el segundo corral fueron apareciendo algunos soldados de la escolta. Montados a caballo, medio busto les sobresalía del borde de las tablas. Muchos otros se distribuyeron a lo largo de las dos cercas restantes.

Fierro y su asistente eran los únicos que estaban dentro del primero de los tres corrales: Fierro, con una pistola en la mano y el sarape caído a los pies; el asistente, en cuclillas, ordenando sobre su frazada las filas de cartuchos. El jefe de la escolta entró a caballo por la puerta que comunicaba con el corral contiguo y dijo:

—Ya tengo listos los primeros diez. ¿Te los suelto?

Fierro respondió:

—Sí, pero antes entéralos bien del asunto: en cuanto asomen por la puerta yo empezaré a dispararles; los que lleguen a la barda y la salten quedan libres. Si alguno no quiere entrar, tú métele bala.

Volvió el oficial por donde había venido, y Fierro, pistola en mano, se mantuvo alerta, fijos los ojos en el estrecho espacio por donde los prisioneros iban a irrumpir. Se había situado lo bastante próximo a la valla divisoria para que, al hacer fuego, las balas no alcanzaran a los colorados que todavía estuviesen del lado de ella: quería cumplir lealmente lo prometido. Pero su proximidad a las tablas no era tanta que los prisioneros, así que empezase la ejecución, no descubrieran, en el acto mismo de trasponer la puerta, la pistola que les apuntaría a veinte pasos. A espaldas de Fierro el sol poniente convertía el cielo en luminaria roja. El viento seguía soplando.

En el corral donde estaban los prisioneros creció el rumor de voces —voces que los silbos del viento destrozaban, voces como de vaqueros que arrearan ganado—. Era difícil la maniobra de hacer pasar del corral último al corral de en medio a los trescientos hombres condenados a morir en masa; el suplicio que

los amenazaba hacía encrespase su muchedumbre con sacudidas de organismo histérico. Se oía gritar a la gente de la escolta, y, de minuto en minuto, los disparos de carabina recogían las voces, que sonaban en la quietud de la tarde como chasquido en la punta de un latigazo.

De los primeros prisioneros que llegaron al corral intermedio un grupo de soldados segregó diez. Los soldados no bajaban de veinticinco. Echaban los caballos sobre los presos para obligarlos a andar; les apoyaban contra la carne las bocas de las carabinas.

—¡Traidores! ¡Jijos de la rejija! ¡Ora vamos a ver qué tal corren y brincan! ¡Eche usted p'allá, traidor!

Y así los hicieron avanzar hasta la puerta de cuyo otro lado estaban Fierro y su asistente. Allí la resistencia de los colorados se acentuó; pero el golpe de los caballos y el cañón de las carabinas los persuadieron a optar por el otro peligro, por el peligro de Fierro, que no estaba a un dedo de distancia, sino a veinte pasos.

Tan pronto como aparecieron dentro de su visual, Fierro los saludó con extraña frase —frase a un tiempo cariñosa y cruel, de ironía y de esperanza:

—¡Ándenles, hijos: que nomás yo tiro y soy mal tirador!

Ellos brincaban como cabras. El primero intentó abalanzarse sobre Fierro, pero no había dado tres saltos cuando cayó acribillado a tiros por los soldados dispuestos a lo largo de la cerca. Los otros corrieron a escape hacia la tapia: loca carrera que a ellos les parecía como de sueño. Al ver el brocal del pozo, uno quiso refugiarse allí: la bala de Fierro lo alcanzó primero. Los demás siguieron alejándose; pero uno a uno fueron cayendo — Fierro disparó ocho veces en menos de seis segundos—, y el último cayó al tocar con los dedos los adobes que, por un extraño capricho de este momento, separaban de la región de la vida la región de la muerte. Algunos cuerpos dieron aún señales de estar vivos; los soldados, desde su puesto, tiraron para rematarlos.

Y vino otro grupo de diez, y luego otro, y otro, y otro. Las tres pistolas de Fierro —dos suyas, la otra de su ordenanza— se turnaban en la mano homicida con ritmo infalible. Cada una disparaba seis veces —seis veces sin apuntar, seis veces al descubrir— y caía después encima de la frazada. El asistente hacía saltar los casquillos quemados y ponía otros nuevos. Luego, sin cambiar de postura, tendía hacia Fierro la pistola, el cual la tomaba casi al soltar la otra. Los dedos del asistente tocaban las balas que segundos después tenderían sin vida a los prisioneros; pero él no levantaba los ojos para ver a los que caían: toda su conciencia parecía concentrarse en la pistola que tenía entre las manos y en los tiros, de reflejos de oro y plata, esparcidos en el suelo. Dos sensaciones le ocupaban lo hondo de su ser: el peso frío de los cartuchos que iba metiendo en los orificios del cilindro y el contacto de la epidermis, lisa y cálida, del arma. Arriba, por sobre su cabeza, se sucedían los disparos con que su jefe se entregaba al deleite de hacer blanco.

El angustioso huir de los prisioneros en busca de la tapia salvadora —fuga de la muerte en una sinfonía espantosa donde la pasión de matar y el ansia inagotable de vivir luchaban como temas reales— duró cerca de dos horas, irreal, engañoso, implacable. Ni un instante perdió Fierro el pulso o la serenidad. Tiraba sobre blancos movibles y humanos, sobre blancos que daban brincos y traspiés entre charcos de sangre y cadáveres en posturas inverosímiles, pero tiraba sin más emoción que la de errar o acertar. Calculaba hasta la desviación de la trayectoria por efecto del viento, y de un disparo a otro la corregía.

Algunos prisioneros, poseídos de terror, caían de rodillas al trasponer la puerta: la bala los doblaba. Otros bailaban danza grotesca al abrigo del brocal del pozo hasta que la bala los curaba de su frenesí o los hacía caer, heridos, por la boca del hoyo. Casi todos se precipitaban hacia la pared de adobes y trataban de escalarla trepando por los montones de cuerpos entrelazados, calientes, húmedos, humeantes: la bala los paralizaba también. Algunos lograban clavar las uñas en la barda, hecha de paja y tierra, pero sus manos, agitadas por intensa ansiedad de vida, se tornaban de pronto en manos moribundas.

La ejecución en masa llegó a envolverse en un clamor tumultuario donde descollaban los chasquidos secos de los disparos, opacados por la inmensa voz del viento. De un lado de la cerca gritaban los que huían de morir y al cabo morían; de otro, los que se defendían del empuje de los jinetes y pugnaban por romper el cerco que los estrechaba hasta la puerta terrible. Y al griterío de unos y otros se sumaban las voces de los soldados distribuidos en el contorno de las cercas. Éstos habían ido enardeciéndose con el alboroto de los disparos, con la destreza de Fierro y con los lamentos y el accionar frenético de los que morían. Saludaban con exclamaciones de regocijo la voltereta de los cuerpos al caer; vociferaban, gesticulaban, histéricos, reían a carcajadas al hacer fuego sobre los montones de carne humana donde advertían el menor indicio de vida.

El postrer pelotón de los ajusticiados no fue de diez víctimas, sino de doce. Los doce salieron al corral de la muerte atropellándose entre sí, procurando cada uno cubrirse con el cuerpo de los demás, a quien trataban de adelantarse en la horrible carrera. Para avanzar hacían corcovos sobre los cadáveres hacinados; pero la bala no erraba por eso; con precisión siniestra iba tocándoles uno tras otro y los dejaba a medio camino de la tapia — abiertos brazos y piernas— abrazados al montón de sus hermanos inmóviles. Sin embargo, uno de ellos, el último que quedaba con vida, logró llegar hasta la barda misma y salvarla... El fuego cesó de repente y el tropel de soldados se agolpó en el ángulo del corral inmediato, para ver al fugitivo.

Pardeaba la tarde. La mirada de los soldados tardó en acostumbrarse al parpadeo interferente de las dos luces. De pronto no vieron nada. Luego, allá lejos, en la inmensidad de la llanura ya medio en sombra, fue cobrando precisión un punto móvil, un cuerpo que corría. Tanto se doblaba el cuerpo al correr, que por momentos se le hubiera confundido con algo rastreado a flor de suelo.

Un soldado levantó el rifle para hacer blanco:

—Se ve mal —dijo, y disparó.

La detonación se perdió en el viento del crepúsculo. El punto siguió su carrera.

Fierro no se había movido de su sitio. Rendido el brazo, largo tiempo lo tuvo suelto hacia el suelo. Luego notó que le dolía el índice y levantó la mano hasta los ojos: en la semioscuridad comprobó que el dedo se le había hinchado ligeramente; se lo oprimió con blandura entre los dedos y la palma de la otra mano. Y así se mantuvo: largamente entregado todo él a la dulzura de un masaje moroso. Por fin, se inclinó para recoger del suelo el sarape, del cual se había desembarazado desde los preliminares de la ejecución. Se lo echó sobre los hombros y caminó para acogerse al socaire del cobertizo. A los pocos pasos se detuvo y dijo al asistente:

—Así que acabes, tráete los caballos.

Y siguió andando.

El asistente juntaba los cartuchos quemados. En el corral contiguo los soldados de la escolta desmontaban, hablaban, canturreaban. El asistente los escuchaba en silencio y sin levantar la cabeza. Después se irguió con lentitud. Cogió la frazada por las cuatro puntas y se la echó a la espalda: los casquillos vacíos sonaron dentro con sordo cascabeleo.

Había anochecido. Brillaban algunas estrellas. Brillaban las lucecitas de los cigarros al otro lado de las tablas de la cerca. El asistente rompió a andar con paso débil, y fue, medio a tientas, hasta el último de los corrales, de donde regresó a poco trayendo de la brida los dos caballos —el de su amo y el suyo—, y, sobre uno de los hombros, la mochila de campaña.

Se acercó al pesebre. Sentado sobre una piedra, Fierro fumaba en la oscuridad. En las juntas de las tablas silbaba el viento.

—Desensilla y tiéndeme la cama —ordenó Fierro—; ya no aguanto el cansancio.

—¿Aquí en este corral, mi jefe?... ¿Aquí?...

—Sí, aquí.

Hizo el asistente como le ordenaban. Desensilló y tendió las mantas sobre la paja, arreglando con el maletín y la montura una especie de cabezal. Minutos después de tenderse allí, Fierro se quedó dormido.

El asistente encendió su linterna, dio grano a los animales y dispuso lo necesario para que pasaran bien la noche. Luego apagó la luz, se envolvió en su frazada y se acostó a los pies de su amo. Pero un momento después se incorporó de nuevo, se hincó de rodillas y se persignó. En seguida volvió a tenderse en la paja.

Pasaron seis, siete horas. Había caído el viento. El silencio de la noche se empapaba en luz de luna. De tarde en tarde sonaba próximo el estornudo de algún caballo. Brillaba el claro lunar en la abollada superficie del cubo del pozo y hacía sombras precisas al tropezar con todos los objetos: con todos, menos con los montones de

cadáveres. Éstos se hacinaban, enormes en medio de tanta quietud, como cerros fantásticos, cerros de formas confusas, incomprensibles.

El azul plata de la noche se derramaba sobre los muertos con la más pura limpidez de la luz. Pero insensiblemente aquella luz de noche fue convirtiéndose en voz, voz también irreal y nocturna. La voz se hizo distinta: era una voz apenas perceptible, apagada, doliente, moribunda pero clara en su tenue contorno como las sombras que la luna dibujaba sobre las cosas. Desde el fondo de uno de los montones de cadáveres la voz parecía susurrar:

—Ay...

Luego calló, y el azul de plata de la noche volvió a ser sólo luz. Mas la voz se oyó de nuevo:

—Ay... Ay...

Fríos e inertes desde hacía horas, los cuerpos apilados en el corral seguían inmóviles. Los rayos lunares se hundían en ellos como en una masa eterna. Pero la voz tornó:

—Ay... Ay... Ay...

Y éste último “ay” llegó hasta el sitio donde Fierro dormía e hizo que la conciencia del asistente pasara del olvido del sueño a la sensación de oír. El asistente recordó entonces la ejecución de los trescientos prisioneros, y el solo recuerdo lo dejó quieto sobre la paja, entreabiertos los ojos y todo él pendiente del lamento de la voz, pendiente con las potencias íntegras de su alma.

—Ay... Por favor...

Fierro se agitó en su cama...

—Por favor... agua...

Fierro despertó y prestó oído...

—Por favor... agua...

Entonces Fierro alargó un pie hasta su asistente.

—¡Eh, tú! ¿No oyes? Uno de los muertos está pidiendo agua.

—¿Mi jefe?

—¡Que te levantes y vayas a darle un tiro a ese jijo de la tiznada que se está quejando! ¡A ver si me deja dormir!

—¿Un tiro a quién, mi jefe?

—A ese que pide agua, ¡imbécil! ¿No entiendes?

—Agua, por favor —repetía la voz.

El asistente sacó la pistola de debajo de la montura y, empuñándola, se levantó y salió del pesebre en busca de los cadáveres. Temblaba de miedo y de frío. Uno como mareo del alma lo embargaba.

A la luz de la luna buscó. Cuantos cuerpos tocaba estaban yertos. Se detuvo sin saber qué hacer. Luego disparó sobre el punto de donde parecía venir la voz: la voz se oyó de nuevo. El asistente tornó a disparar: se apagó la voz.

La luna navegaba en el mar sin límites de su luz azul. Bajo el techo del pesebre, Fierro dormía.

Martín Luis Guzmán

Cuento 2

Como un blasón

Mi coronel ¿nos deja ir a Ajuno, a cortar la vía?

—No, porque el general dice que eso de asaltar trenes es de bandidos y no de revolucionarios.

—Entonces, ¿vamos a Jesús del Monte a quitar el agua a los de Morelia?

—Somos pocos ...

—Ése es el chiste, jefe. Si no se hace algo *‘hora* que andamos bien parqueados, acabarán por decir que tenemos miedo.

—¿Miedo yo? —repuso Aurelio, pelando tamaños ojos y abriendo de par en par el portón de su boca, para lucir los dientes orificados. Me juego la vida con cualquiera a que entro en un pueblo hasta la mera plaza y les *finco* su susto a los *pelones*.

—¿En un pueblo que tenga guarnición?

—En Ario, pongo por caso.

—¿Y cómo?

—Ya les diré cómo, a los que quieran acompañarme.

Días después Aurelio nos llamó para confiarnos su secreto. El plan era bien sencillo: había que preparar un *torito* de petate, y unos tocando las guitarras, otros los violines y otros disfrazados de *maringuías*, caer en Ario como una de tantas comparsas en los festejos del Carnaval, ya muy cercano. Aurelio iría metido dentro del animal y llevaría las armas escondidas en la panza del *torito*. Un indio de Opopeo encargóse de conseguir vestidos de mujer y máscaras pintarrajeadas para disfrazarnos; otro agente secreto compró en Paracho dos guitarras y otros tantos violines. Pero había que ensayar el son que se toca en estos pasos y don Ignacio nos pudo comprobar, por la pericia con que sacó la tonada, que ya era un ciego definitivo. Él sirvió de maestro a los músicos improvisados que, a decir verdad, aprendieron muy pronto los compases precisos para dar cima a aquella empresa, hartamente arriesgada, por cierto.

Don Ignacio estaba en sus glorias a la hora de los ensayos, y nosotros parecíamos una banda de chiquillos traviesos que preparan una diablura. Las cananas, bien surtidas de parque, habían hecho que los espíritus recobraran su brío.

Para músicos se eligieron a individuos de rumbos distantes, a fin de que no los conocieran al andar por las calles del pueblo con las caras descubiertas, y el papel de *maringuías* lo aceptamos Nazario y yo, con otros dos mocetones valerosos y fornidos.

—No te pongas tanta *‘nagua* que a la hora de los *cocolazos* te estorbarán hasta para correr —decía-nos Aurelio, quien hacía veces de director de escena. Y tú, Nazario, quítate la pistola del cuadril que parece que *trais* polizón.

—Yo voy con ustedes —dijo resueltamente don Ignacio.

—Quédese, viejo; mire que nos estorbará.

—Déjenme ir siquiera hasta la orilla del pueblo. Me quedaré con los otros cuidando los caballos.

Nos emperifollamos con miles de desfiguros: faldas rojas, amarillas, llenas de holanes y de cintas; blusas de color solferino, para dar cabida a aquello que el hombre coge en la lactancia y viene a abandonar en la vejez. Nos rellenamos con las carrilleras para fingir morbideces que no existían...

Descendimos de la sierra y en un lugar espeso, que llaman *El Pinalito*, se organizó la mascarada. Aurelio revelóse allí como un buen capitán y como un férreo atleta, pues, además de no olvidar detalle y de hacernos oportunas recomendaciones, cargó con nuestros rifles acomodados dentro de la barriga del *toro*, sin que denotara torpeza alguna en los movimientos que hacía para embestirnos.

—De aquí no pasa usted —dijo Aurelio a don Ignacio—, y ustedes a bailar y a cantar hasta que estemos en la plaza.

Con el barullo y la emoción, el pobre don Ignacio parecía más nervioso que otras veces.

Era el martes de Carnaval y, por seguir los pasos de nuestra comparsa, la tarde se revistió también con todos sus colorines.

Bajamos, tocando un son, por la calzada de Canintzio, bordeada de árboles añosos que, al desplegar su ramaje, parecían abanicos gigantescos.

¡Upa!, torito, ¿quién te torea? Doña Juanita con su zalea...

Precedíamos mi perro, saltando alegremente. Mi perro, que ya había conquistado dos timbres entre los hombres de la revolución: su cariño y un nombre, *Centinela*, porque velaba con amor nuestro sueño, y con sus ladridos, nos daba siempre el toque de alerta.

De los tendajones salían gentes para vernos pasar, y los chiquillos nos rodeaban brincando y palmoteando con regocijo.

¡Epa!, torito, ¿quién te agasaja? Doña Che pita con su sonaja ...

Dos soldados, a *medios chiles*, se detuvieron en una esquina y, con señas indecorosas y groseras palabras, comenzaron a azuzar al toro: ora, *ca... bresto*, ensarta una puta de esas.

Al oírlos, Aurelio echóseles encima y nosotros creímos por un momento que allí terminaba la farsa, pero contentóse con ponerles los cuernos en la barriga, simulando un fiero derrote.

En la plazuela de Jesús María hubimos de detenernos para bailar el son y cantarlo:

¡Alza, torito color de canela, sube a la cama y apaga la vela!

Pasamos frente a la cárcel. Los presos, apiñados detrás de las rejas, reían al vernos brincar y sacudir en los cuernos del toro las rojas frazadas, desteñidas por la lluvia y el polvo de todos los caminos.

Un hombre del pueblo preguntó con curiosidad al de la bandurria.

—¿De *'ande* viene la mojiganga ?

—De La Chuparrosa —contesté apresuradamente, temeroso de que mi compañero, por ser del norte, se atrojara en la respuesta.

Mi corazón latía sobresaltado, a medida que nos acercábamos a la plaza, y al desembocar en los portales, paré de bailar sintiendo que las piernas rehusaban sostenerme. ¡Malditas piernas de niño baldado!

En la plaza no cabía ni la punta de un alfiler. Por las banquetas iban los *catrines* muy serios, echando paso volado, y las señoritas principales los seguían con el rabillo del ojo para que no las sorprendieran con algún imprevisto cascaronazo. Los *pelados* perseguían a las criadas por entre los praditos del jardín, y aquella a quien alcanzaban y le rompían un cascarón en la cabeza, tambaleábase como beoda, o como si le dieran un golpe con un martillo, que así de suaves suelen tener las manos los rancheros Mara sus inocentes caricias. El toro pasó cerca de mí y Aurelio me dijo: —Desde el portal de las Infantes, pero cuiden de no tirar a las gentes pacíficas.

Los músicos herían con crueldad los pechos quejumbrosos de las vihuelas: *¡Epa, torito, bríncale las trancas, levántale a Chucha las enaguas blancas!*

Baila de gusto, camina de prisa,

pa' que le rompas también la camisa...

Intempestivamente, el toro se introdujo en una tienda del portal y todos nosotros le seguimos.

Aurelio tiró la armazón, y los músicos los instrumentos, adonde el rey David aventó el arpa.

Como por encanto salieron las carabinas y los primeros tiros rasgaron el aire.

¡Viva la revolución! ¡Mueran los asesinos de Madero!

Mientras las *maringüitas* nos despojábamos de nuestras vestimentas, los compañeros se agruparon en el portal, decididos a arremeter a cuantos se les enfrentaran. Los dependientes de la tienda quedáronse inmóviles, paralizados por el susto, y al grito de ¡viva la Revolución!, la multitud que invadía la plaza se desgranó como una mazorca, dejando tal reguero de cascarrones apachurrados, de frutas y de confeti, que aquello parecía un patio de vecindad, después de romperse la piñata.

Diez, en total, éramos aquellos chiflados que acometíamos la locura de caer en la propia madriguera de sesenta *pelones*, armados hasta los dientes y provistos de una ametralladora que nos podía hilvanar a tiros, como una máquina de coser, a los diez juntos; pero éramos diez voluntarios entusiastas, exaltados por las ideas de la Revolución, dispuestos, a morir en la raya, y no sesenta *cuerdeados*, tibios instrumentos de un gobierno de criminales, sin convicción y sin bandera.

Sin convicción y sin bandera, pero, repuestos de la sorpresa, comenzaron a aparecer por las bocacalles y a disparar duro y macizo, no precisamente con cascarrones. Una bala dio sobre mi cabeza y el vidrio de un aparador saltó hecho añicos; otra, vino a paralizar el brazo de uno de los guitarristas, el más distinguido en su breve carrera musical. Un certero disparo tocó el corazón a uno de los nuestros, deshojándolo como si fuera una rosa.

También nuestros proyectiles abrieron en las carnes enemigas grifos de sangre y de dolor. Mi rifle no se contentaba con herir, o matar: insultaba iracundo y sus estampidos parecían fuertes blasfemias que rebotaban en los progenitores de cada *pelón*.

Pero las carrilleras fueron quedando vacías.

—Hay que subir por la parroquia, antes de que nos corten la retirada —aconsejé a mis compañeros.

Al doblar una esquina vimos a un hombre, único en la calle desierta, que bajaba dando traspiés y blandiendo en el aire un garrote. Mi perro, al verlo, corrió a él, agitando alegremente la cola. Aquel hombre era don Ignacio, el ciego, que salía fatalmente al encuentro de los tiros federales. Todos le gritamos a la desesperada:

—¡Tírese al suelo!

—¡Escóndase en el marco de una puerta! —¡Estúpido!

—¡Loco!

En un denodado impulso plantóse Aurelio en mitad de la calle intentando desviar la atención de los federales.

—¡Tíren aquí Collones!

Los tiros agujereaban el traje blanco de las paredes, silbando a nuestro alrededor con su trágica sirenita.

Don Ignacio descendía con lentitud, la cabeza descubierta, los ojos inmóviles, como los de las esculturas, y un grito quebrado y ronco en la boca:

—¡Abajo los ricos ! ¡Vivan los pobres, los po...!

De pronto se detuvo, abrió los brazos y cayó de espaldas sobre las piedras de la calle. Al pasar corriendo junto a él, lo vi tendido en forma de cruz, andrajoso, ensangrentado, sucio, como el Cristo de todos los tiempos, clavado estérilmente sobre la inmunda costra de la tierra. Ganamos las orillas del pueblo y nos volvimos a perder entre las sombras del monte. Llegó jadeante mi perro y me besó una mano. El hocico del animal deja en mi piel una humedad pastosa, coagulada, fría. ¡Sangre! Sangre de don Ignacio, el ciego, como un blasón lacrado en rojo sobre una carta de ultratumba.

José Rubén Romero

Cuento 3

4 soldados sin 30-30

Y pasaba todos los días, flaco, mal vestido, era un soldado. Se hizo mi amigo porque un día nuestras sonrisas fueron iguales. Le enseñé mis muñecas, él sonreía, había hambre en su risa, yo pensé que, si le regalaba unas gorditas de harina, haría muy bien. Al otro día, cuando él pasaba al cerro, le ofrecí las gordas, su cuerpo flaco sonrió y sus labios pálidos se elasticaron con un «yo me llamo Rafael, soy trompeta del cerro de La Iguana». Apretó la servilleta contra su estómago helado y se fue, parecía por detrás un espanta-pájaros; me dio risa y pensé que llevaba los pantalones de un muerto.

Hubo un combate de tres días en Parral, se combatía mucho.

—Traen muertos —dijeron— el único que hubo en el cerro de La Iguana. En una camilla de ramas de álamo, pasó frente a mi casa, lo llevaban cuatro soldados. Me quedé sin voz con los ojos abiertos, abiertos, sufrí tanto, se lo llevaban, tenía unos balazos, vi su pantalón, hoy sí era el de un muerto.

Nellie Campobello

Cuento 4

Los de abajo (fragmento)

—¡Que viene Villa!

La noticia se propagó con la velocidad del relámpago.

—¡Ah, Villal... La palabra mágica.

El gran hombre que se esboza; el guerrero invicto que ejerce a distancia ya su gran fascinación de boa.

— ¡Nuestro Napoleón mexicano! —exclama Luis Cervantes.

— Sí, "el Aguila azteca, que ha clavado su pico de acero sobre la cabeza de la víbora Victoriano Huerta"...

Así dije en un discurso en Ciudad Juárez —habló en tono un tanto irónico Alberto Solís, el ayudante de Natera. Los dos, sentados en el mostrador de una cantina, apuraban sendos vasos de cerveza. Y los gorrudos de bufandas al cuello, de gruesos zapatones de vaqueta y encallecidas manos de vaquero, comiendo y bebiendo sin cesar, sólo hablaban de Villa y sus tropas.

Los de Natera hacían abrir tamaña boca de admiración a los de Macías. ¡Oh, Villa!... ¡Los combates de Ciudad Juárez, Tierra Blanca, Chihuahua, Torreón! Pero los hechos vistos y vividos no valían nada. Había que oír la narración de sus proezas portentosas, donde, a renglón seguido de un acto de sorprendente magnanimidad, venía la hazaña más bestial. Villa es el indomable señor de la sierra, la eterna víctima de todos los gobiernos, que lo persiguen como una fiera; Villa es la reencarnación de la vieja leyenda: el bandido providencia, que pasa por el mundo con la antorcha luminosa de un ideal: ¡robar a los ricos para hacer ricos a los pobres! Y los pobres le forjan una leyenda que el tiempo se encargará de embellecer para que viva de generación en generación.

— Pero sí sé decirle, amigo Montañés —dijo uno de los de Natera—, que si usted le cae bien a mi general Villa, le regala una hacienda; pero si le choca..., ¡nomás lo manda fusilar!...

¡Ah, las tropas de Villa! Puros hombres norteros, muy bien puestos, de sombrero tejano, traje de kaki nuevecito y calzado de los Estados Unidos de a cuatro dólares. Y cuando esto decían los hombres de Natera, se miraban entre sí desconsolados, dándose cuenta cabal de sus sombrerozcos de soyate podridos por el sol y la humedad y de las garras de calzones y camisas que medio cubrían sus cuerpos sucios y empiojados.

— Porque ahí no hay hambre... Traen sus carros apretados de bueyes, carneros, vacas. Furgones de ropa; trenes enteros de parque y armamentos, y comestibles para que reviente el que quiera. Luego se hablaba de los aeroplanos de Villa.

— ¡Ah, los airoplanos! Abajo, así de cerquita, no sabe usted qué son; parecen canoas, parecen chalupas; pero que comienzan a subir, amigo, y es un ruidazo que lo aturde. Luego algo como un automóvil que va muy recio. Y haga usted de cuenta un pájaro grande, muy grande, que parece de repente que ni se bulle siquiera. Y aquí va lo mero bueno: adentro de ese pájaro, un gringo lleva miles de granadas. ¡Afigúrese lo que será eso! Llega la hora de pelear, y como quien les riega maíz a las gallinas, allí van puños y puños de plomo pa'l enemigo... Y aquello se vuelve un camposanto: muertos por aquí, muertos por allí, y ¡muertos por todas partes! Y como Anastasio Montañés preguntara a su interlocutor si la gente de Natera había peleado ya junto con la de Villa, se vino a cuenta de que todo lo que con tanto entusiasmo estaban platicando sólo de oídas lo sabían, pues que nadie de ellos le había visto jamás la cara a Villa.

— ¡Hum..., pos se me hace que de hombre a hombre todos semos iguales!... Lo que es pa mí naiden es más hombre que otro. Pa peliar, lo que uno necesita es nomás tantita vergüenza. ¡Yo, qué soldado ni qué nada había de ser! Pero, oiga, ai donde me mira tan desgarrao... ¿Voy que no me lo cree? Pero, de veras, yo no tengo necesidad...

— ¡Tengo mis diez yuntas de bueyes!... ¿A que no me lo cree? —dijo la Codorniz a espaldas de Anastasio, remedándolo y dando grandes risotadas.

Mariano Azuela

Cuento 5

Nuestras vidas son los ríos

Allí estaba el general, mucho más alto que los demás, con la camisola militar abierta mostrando la garganta y una mecha de pelo cayéndole entre los ojos claros. Balanceaba los brazos al caminar, iba con desgano, iba aburrido y los miraba con risa. Se detuvo cuando le dijeron que lo hiciera. Indolente, apoyado sobre una pierna y en la mano un cigarrillo, miró al mundo como un gato antes de desperezarse y levantó un brazo para hacer una señal de adiós. Ese adiós que dan los hombres cuando van a dar una vueltecita por la plaza. Después estaba con las piernas flexionadas, cayendo despacio hacia atrás, junto a su tumba abierta. Luego solo medio cuerpo, los ojos entrecerrados y la garganta goteando sangre. Después el brazo del teniente sosteniendo la pistola junto a la sien del general en el momento de darle el tiro de gracia. Y al final su cabeza dormida sobre la tierra, con un agujerito cerca de la frente por el que salía un hilo negro que se perdía en el suelo de tierra removida.

Al pie de las fotografías:

«El general Rueda Quijano se dirige indolente al paredón de fusilamiento».

—«General, ¿cuál es su última voluntad?».

—«Un cigarrillo».

«El general fuma sin perder la ceniza de su cigarrillo; luego, sonriente, levanta la mano y se despide: *Good bye!*».

«Una descarga cerrada corta su vida».

«El teniente da el tiro de gracia al ajusticiado».

«El general Rueda Quijano contaba veintisiete años de edad en el momento de su muerte».

En aquellos días las niñas ignoraban que tener veintisiete años era ser muy joven. Sin embargo, el general, alto y despreocupado, que caminaba con desgano hacia su muerte, las dejó transidas. Allí estaba diciendo adiós, sonriente, mostrando la hermosura de sus dientes y la pereza de su cuerpo ante el acto violento de morir. Muy cerca de sus ojos los fusiles y a sus espaldas un tiempo que los fotógrafos no habían registrado con sus cámaras, un tiempo solo conocido de él. En los libros estaba la cabeza de Alejandro moribundo y en el periódico, la tierra de algún lugar de México, y caída sobre ella, la cabeza y la garganta del general

moribundo. Había muerto la mañana de la víspera y las niñas contemplaban su muerte en la tarde quieta del día siguiente. Sus pasos, su indolencia, su hermosura, eran irrecuperables.

El periódico tirado sobre las losetas rojas del corredor estaba amarillento y seco; sus imágenes de tinta negra enseñaban cómo moría un general mexicano de veintisiete años. Las niñas examinaron sus botas de montar, su pantalón de gabardina, su camisola abierta, sus pasos largos, el ritmo de sus brazos y su mirada antes de morir. Examinaron también las caras serias de los soldados y luego la garganta poderosa y la cabeza del general tirada sobre la tierra removida. Se miraron. Las dos estaban echadas en el suelo, boca abajo, mirando la misma muerte del mismo general.

—Ya nunca se va a levantar —dijo Eva señalando la tierra del periódico.

—Nunca.

—Nunca. Nunca de los nuncas —insistió Eva.

Los soldados y el teniente habían cambiado de lugar y el general Rueda Quijano seguía inmóvil como una estatua rota sobre la tierra seca.

—Dijo *Good bye*.

—Es una clave —contestó Eva.

—¿Mágica?

—Sí, para que vengan los ángeles de las espadas a recibirlo.

Por la tarde quieta cruzaron las legiones naranjas de los ángeles armados. Los árboles sacudieron sus ramas y la casa sobrecogida por el estruendo se achicó ante la grandeza de su vuelo hasta volverse una piedrecita perdida en un gran llano. El paso del general al mundo de los guerreros produjo ese estrépito de espadas y luego ese silencio, esa nada, esa garganta rota, ese nunca, ese periódico seco, abierto sobre las losetas.

—El gobierno lo mató. Hay que tener mucho cuidado con el gobierno —explicó Eva abriendo mucho los ojos y mirando con fijeza a su hermana.

—¿Has visto al gobierno?

—Sí... lo vi una vez... Rutilio me dijo: el cabrón gobierno es muy matón...

—Él mató al general Rueda Quijano.

—Lo mató para siempre —Eva dijo estas palabras con voz grave.

—¿Para siempre?... Pero reencarnamos...

La rueda de las reencarnaciones, igual a la rueda de los caballitos, empezó a girar alegre y triste, como la música de México, febrero 23 en el corredor de la casa. En un caballito naranja adornado de plumas blancas, pasó el general Rueda Quijano con la mano en alto; *Good bye*, les dijo y desapareció. Después, en el mismo caballito naranja, volvió a aparecer. «Ya volví», les dijo con su voz risueña y desapareció por segunda vez. Había vuelto a nacer.

—Pero no tenemos el mismo pelo, ni los mismos ojos, por eso el gobierno mata para siempre —dijo Eva con seriedad.

—Nunca se va a levantar.

En el periódico el general seguía tirado sobre la tierra seca. Su boca ligeramente abierta no volvería a decir *Good bye*. Su garganta inmóvil seguía fusilada en la hoja reseca de papel, y el pelo lo tenía quieto adentro de la tinta inmóvil. Los soldados silenciosos lo miraban; ninguna mañana, ninguna tarde, volverían a oír su voz, ni a mirar sus pasos, lo habían fusilado para siempre.

—Nunca de los nuncas —repitió Evita.

Puso la cara sobre el periódico y se quedó quieta. Leli la imitó. Quietas las dos sobre el general quieto. La casa estaba tan quieta como ellas, se diría que el gobierno la había fusilado. La tarde era una tarde de periódico,

igual a la mañana de las fotografías. El ruido de unos pasos que arrugaban el papel seco de la tarde se acercó a ellas, pero sus rostros no se separaron del general fusilado.

—Niña Leli, su tío la invita a cenar.

Era Ceferino, el mozo de su tío Boni, el que traía el recado. Leli miró al general avanzando desdeñoso hacia su muerte.

—Venga, niña, su tío está muy triste —insistió Ceferino.

Desde la muerte de Hebe, su tío estaba siempre triste. Vivía solo, dando vueltas por el corredor de su casa, sin querer ver a nadie, ni siquiera a su hermano. Con la única persona que hablaba era con ella, por eso no podía rehusar su invitación. A Leli le pareció ver a Hebe meciéndose en el sillón, con el pelo rubio iluminado al sol de la tarde y repitiendo: «Me quiero ir de aquí», y un día se fue. ¿Adónde? ¡Quién sabe! Había tantos lugares adonde irse después de muerto, que era difícil adivinar en cuál de todos estaban Hebe y el general Rueda Quijano.

—Niña, la estoy esperando.

Leli apartó su rostro del periódico y miró por última vez al general, caminando a pasos largos hacia el paredón. Se levantó, sonrió, y también ella echó a andar a pasos largos, balanceando los brazos, indolente, igual al general.

—*Good bye!* —le dijo a su hermana con voz desdeñosa, y salió a la calle, seguida de Ceferino.

—El gobierno es muy matón.

—Sí, fusila a todos los mexicanos —contestó Ceferino, que caminaba junto a ella bajo los portales quietos.

—Yo también soy mexicano —dijo Leli, que en ese momento caminaba como el general mexicano, en el paisaje de los fusilados, a pasos largos, indiferente a la tristeza de perder la vida.

Ceferino la miró con burla.

—¿Mexicano?... Eres niña y tan güera. Tú eres española.

Le dolieron las palabras de Ceferino: no quería que fuera mexicano. Guardó silencio y respiró la tarde que subía hasta el cielo. A lo lejos, los cerros anaranjados y violetas se habían quedado quietos, sin iguanas, sin gavilanes, sin viento. El río corría sin agua, seco, como el periódico tirado en el corredor de su casa. Sobre las piedras reseca de la calle había cáscaras de cacahuates. Los balcones estaban cerrados y el quiosco silencioso de la plaza parecía un monumento funerario. Lo más importante de esta vida era que moríamos. Morían todas las personas que iban al mercado, y todas las que vivían dentro de las casas. También morían las señoras que les daban de comer a los cisnes, en Sidney. Ella las había visto retratadas en el periódico del domingo, llevaban unos sombreritos blancos y sonreían a pesar de su triste suerte. Había días como ese, en que la muerte tocaba con sus dedos delgaditos a las calles y a los árboles, para hacernos sentir que nada de lo que encerraba este mundo era nuestro. En la casa de su tío encontró a la misma pesadumbre que dejó la muerte de Hebe, a los mismos árboles copudos, a los mismos perros echados en el corredor, a los mismos venados corriendo en el jardín y al mismo perfume de cigarrillos Camel. Todo estaba igual, instantáneo y perdedizo, por eso no entendía que Ceferino no quisiera que fuera mexicano.

—Tío, ¿por qué somos españoles?

—Porque hablamos con la Z.

Por una letra no podía ser el general Rueda Quijano. Ceferino, sentado sobre el pretil, sonrió satisfecho. Sobre la mesita del corredor, junto a los cigarrillos y el cenicero, estaba el periódico con el general fusilado.

—Solo tenía veintisiete años —dijo su tío mirando la imagen del general caído, y movió la cabeza con incredulidad.

Ceferino enrolló un cigarrillo de hoja y se dedicó a mirar los perfiles morados de las plantas. Leli, sentada en una silla alta, se quedó absorta mirando sus pies calzados de huaraches, que se columpiaban en el aire. Sus dedos eran de color de rosa y tan chicos como las plantas de los claveles antes de abrir, y un día no serían rosa y nadie nunca más los vería, ni siquiera ella misma. Se quedarían tirados como los pies del general fusilado, en el silencio irrevocable del periódico. Su tío y Ceferino guardaban silencio; también ellos pensaban

en la desaparición de los dedos de sus pies y sus manos. La casa entera estaba silenciosa, adivinando su muerte. Al poco rato apareció Fili, caminando descalza, con la bandeja de refresco de agua de Jamaica, la ginebra Bols y los limones. Dio las buenas tardes y se fue sin hacer ruido. Por la noche su tío y ella comerían solos, en la mesa enorme, de mantel almidonado y Fili serviría higos, nueces y natillas.

—Tío, ¿tú cuántos años tienes?

—Treinta y uno.

La cifra no le dijo nada; lo miró para ver cómo era un hombre de treinta y un años: tenía el pelo rubio y una camisa de seda blanca; olía como siempre a agua de Colonia, y sus ojos amarillos estaban tristes.

—¿Qué te dijo tu tío? —le preguntaban en su casa.

—Me leyó: *La vida es sueño*.

—Boni se va a suicidar —contestaba su padre y la miraba con los mismos ojos amarillos de su tío. También él llevaba siempre una camisa blanca y a veces decía muy asustado: «Estamos dejados de la mano de Dios».

Su tío se acercó al periódico y miró largo rato al general Rueda Quijano.

—Quería morir.

Se sirvió en un vaso un poco de ginebra Bols, le mezcló agua y le puso unas gotas de limón, bebió un trago, y pensativo se alejó por el corredor. Lo caminó muchas veces de arriba a abajo y de abajo a arriba, luego se acercó a la niña.

—¿Tú quieres morir?

Ella reflexionó largo rato antes de contestar. ¿Qué era morir?

—Si es de día en la muerte, sí quiero —contestó.

Su tío le levantó una mecha rubia y le acarició la frente.

—Siempre es de día en la muerte. Por eso yo quiero morir, pero la muerte me ha puesto a dar de vueltas por esta casa...

—Todos morimos, señor, ¿para qué impacientarnos? —preguntó Ceferino con voz pausada.

Pero el tío Boni estaba impaciente y tamborileó con los dedos sobre el periódico.

—Así hay que morir, en plena hermosura —dijo señalando al general Rueda Quijano.

No había consuelo: allí estaban sentados, esperando que bajara la noche y llegara la muerte. ¿Y luego? Luego no tenía respuesta, los perros tampoco la tenían y estaban quietos y echados, esperando también. Algunos venados se acercaron a la niña y, mansos, comieron los cigarrillos que ella les tendió, Leli miró el perfil inmóvil de Ceferino y las vueltas incesantes de su tío por el corredor desamparado, y sintió que estaría siempre así: mirando la desdicha, con los cigarrillos Camel en la mano abierta, ofreciéndoselos a los venados de hocicos taciturnos.

—El general se impacientó —dijo Ceferino.

Leli entendió la impaciencia del general Rueda Quijano. Ella haría lo mismo: iría de frente a quebrar sus días, andando al paredón, balanceando los brazos, sonriendo desdeñosa por anticipar el día, y luego les diría a «los otros»: *Good bye* y abriría de un golpe al Siempre Día de la muerte, en donde vivían los ángeles anaranjados de espaldas relucientes.

—De grande voy a ser general mexicano.

Ceferino se volvió a mirarla disgustado, pero le dio pereza contestarle y después de unos instantes se volvió a mirar a los árboles.

—Serás tan guapo como el general Rueda Quijano —le contestó su tío aprobándola.

—Les dijo *Good bye*; les dijo vendidos —dijo Ceferino mirando a los venados, que espiaban desde atrás de los árboles.

—¿A quiénes? —preguntó ella.

—Al gobierno.

Y los tres volvieron a quedar tan quietos como el general muerto en el periódico. La tarde se hundió detrás de los muros del jardín. Los pasos de Boni siguieron girando entre las sombras. Un humo perfumado seguía las idas y venidas de su camisa blanca. Era inútil que girara, en el centro del círculo estaba Hebe, y él seguía fijo y hechizado, como el general adentro del periódico. La casa entera estaba adentro de aquel día del mes de abril, en el que Hebe dejó de mecerse en el sillón y de tender su pelo rubio para iluminar al sol. Las semanas y las fiestas se solidificaron en ese día de abril inamovible y el calor de las gardenias regadas por el suelo y el aire irrespirable de los salones cerrados, se volvieron permanentes.

La voz de Boni surgió misteriosa, como una evocación mágica desde un rincón del corredor:

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir...*

Las palabras de Manrique, dichas en voz alta, disolvieron la quietud que inmovilizaba la casa, e hicieron que de pronto la noche empezara a navegar por un cauce amplio y caudaloso. La voz melancólica que las decía entró también en un río que daba vueltas y revueltas por un paisaje triste, y poco a poco todo empezó a navegar con suavidad: Ceferino, sentado sobre el pretil del corredor, flotaba en la corriente amarilla de su río, avanzando despacio hacia un mar luminoso. La silla en la que Leli se sentaba entró en una corriente fría, y también ella se fue navegando con las manos extendidas, dándoles cigarrillos a los venados, que flotaban parejos, en dos riachuelos vecinos que a su vez corrían hacia el mar. Era fácil vivir deslizándose sin ruido hacia el morir. Un viento suave les acariciaba los cabellos, y los paisajes pasaban dulces junto a los ojos, inalcanzables en su hermosura intocada. La voz de Boni dibujaba salones y fiestas lejanas, la humedad de la sierra y árboles móviles de pájaros. Más tarde, cuando ya Boni había callado, el tiempo seguía fluyendo de un manantial secreto y los cielos y los patios de las casas seguían deslizándose como las lunas en las nubes. Se fueron a la mesa, y Fili y María avanzaron con las bandejas en alto, para que el agua de sus ríos no salpicara a las nueces y a las natillas. Sus trenzas negras volaban ligeras sobre sus espaldas y sus enaguas moradas flotaban como banderas sembradas en dos ríos. La noche entera avanzaba dentro de un río que llevaba estrellas, bocas, ramas, vientos y generales mexicanos fusilados.

Leli comió las natillas a sabiendas de que una brisa húmeda bañaba sus cabellos, y de que ella, sentada en la cabecera de la mesa almidonada, avanzaba hacia un mar azul bañado de soles amarillos.

—Tío, ¿los ríos de los generales tienen rápidos?

La imagen tirada en la violencia del periódico interrumpió de pronto la carrera hacia el mar. Era irreparable la pérdida de su hermosura e inútil su frente rota. Las piernas dobladas del general lo llevaban hacia atrás, sin fuerzas, como a pesar suyo, hacia un lugar extraño. La niña tuvo la impresión de que se iba solo, y de que no quería llegar a aquel lugar desconocido al que lo lanzaban con violencia las balas de los soldados. Las natillas se volvieron absurdas en la porcelana blanca. Ya no las apetecía. Depositó la cucharilla en el plato y esperó la respuesta de su tío que la miraba con sus ojos amarillos llenos de pena.

—Sí, tienen rápidos, por eso solo duran veintisiete años.

—¿Y tu río?

Su tío desvió la vista y se quedó mirando un punto tan lejano como el que miraba el general antes de que le dieran el tiro de gracia.

—¿El mío?... El mío tiene muchas vueltas...

—¿Y el de Ceferino?

—Es muy largo y atraviesa muchos valles...

Leli pensó que el río de Ceferino era muy viejo y había visto muchas lluvias, muchos soles y muchas tristezas. ¿Cuánto tiempo hacía que Ceferino avanzaba adentro de sus huaraches, con su sombrero blanco sobre sus

ojos negros, y su camisa rosa, húmeda por el agua de su río? ¡Quién sabe! Nadie se lo podía decir, ni siquiera Ceferino, porque seguramente había olvidado los paisajes por los que había navegado tantos años. Cruzó las manos sobre el mantel, despejó los ojos y abordó la pregunta con valentía.

—¿Y el mío?

Boni examinó largo rato su actitud seria, sus manos quietas y sus ojos valientes.

—El tuyo tiene rápidos. Es un río de general mexicano... Pero todos los ríos, el tuyo, el mío, el de Ceferino y el del general Rueda Quijano, van a dar al mismo mar.

Sus ojos amarillos se enfrentaron a los de la niña y sus labios le regalaron una sonrisa. El desconuelo del periódico se disolvió en sus palabras, y Leli supo que allí en el mar todos éramos el mismo, y que nunca más el general Rueda Quijano iría solo, andando desdeñoso al paredón, mirado por los ojos serios de los soldados y las cámaras absurdas de los fotógrafos de prensa. El lugar al que lo habían llevado las balas de los máuseres era el mismo al que se dirigía su río de rápidos violentos: un mar azul de soles amarillos. Desde ese resplandor, el general la miraba acercarse.

Elena Garro

Bibliografía

Azuela, Mariano (1980). *Los de abajo*. México: FCE.

Campobello, Nellie (2000) *Cartucho*. México: Era

Garro, Elena (2019). *Cuentos completos*. México: Debolsillo.

Guzmán, Martín Luis (1995). *El águila y la serpiente*. México: Porrúa.

Romero, José Rubén (1963). *Obras completas*. México: Porrúa.

Ejercicio 28: En un ensayo de 2 a 3 cuartillas contesta la siguiente pregunta: ¿Consideras que hay denuncia y compromiso social en los cuentos de la antología anterior?

Unidad 6: La expresión femenina

Antología 3. Cuentos escritos por mujeres

Cuento 1

La sunamita

Aquel fue un verano abrasador. El último de mi juventud.

Tensa, concentrada en el desafío que precede a la combustión, la ciudad ardía en una sola llama reseca y deslumbrante. En el centro de la llama estaba yo, vestida de negro, orgullosa, alimentando el fuego con mis cabellos rubios, sola. Las miradas de los hombres resbalaban por mi cuerpo sin mancharlo y mi altivo recato obligaba al saludo deferente. Estaba segura de tener el poder de domeñar las pasiones, de purificarlo todo en el aire encendido que me cercaba y no me consumía.

Nada cambió cuando recibí el telegrama; la tristeza que me trajo no afectaba en absoluto la manera de sentirme en el mundo: mi tío Apolonio se moría a los setenta y tantos años de edad; quería verme por última vez puesto que yo había vivido en su casa como una hija durante mucho tiempo, y yo sentía un sincero dolor ante aquella muerte inevitable. Todo eso era perfectamente normal, y ningún estremecimiento, ningún augurio me hizo

sospechar nada. Hice los rápidos preparativos para el viaje en aquel mismo centro intocable en que me envolvía el verano estático. Llegué al pueblo a la hora de la siesta.

Caminando por las calles solitarias con mi pequeño veliz en la mano, fui cayendo en el entresueño privado de la realidad y de tiempo que da el calor excesivo. No, no recordaba, vivía a medias, como entonces. “Mira, Licha, están floreciendo las amapas.” La voz clara, casi infantil. “Para el dieciséis quiero que te hagas un vestido como el de Margarita Ibarra.” La oía, la sentía caminar a mi lado, un poco encorvada, ligera a pesar de su gordura, alegre y vieja; yo seguía adelante con los ojos entrecerrados, atesorando mi vaga, tierna angustia, dulcemente sometida a la compañía de mi tía Panchita, la hermana de mi madre. “Bueno, hija, si Pepe no te gusta... pero no es un mal muchacho.” Sí, había dicho eso justamente aquí, frente a la ventana de la Tichi Valenzuela, con aquel gozo suyo, inocente y maligno. Caminé un poco más, nublados ya los ladrillos de la acera, y cuando las campanadas resonaron pesadas y reales, dando por terminada la siesta y llamando al rosario, abrí los ojos y miré verdaderamente el pueblo: era otro, las amapas no habían florecido y yo estaba llorando, con mi vestido de luto, delante de la casa de mi tío.

El zaguán se encontraba abierto, como siempre, y en el fondo del patio estaba la bugambilia. Como siempre. Pero no igual. Me sequé las lágrimas y no sentí que llegaba, sino que me despedía. Las cosas aparecían inmóviles, como en el recuerdo, y el calor y el silencio lo marchitaban todo. Mis pasos resonaron desconocidos, y María salió a mi encuentro.

—¿Por qué no avisaste? Hubiéramos mandado...

Fuimos directamente a la habitación del enfermo. Al entrar casi sentí frío. El silencio y la penumbra precedían a la muerte...

—Luisa, ¿eres tú?

Aquella voz cariñosa se iba haciendo queda y pronto enmudecería del todo.

—Aquí estoy, tío.

—Bendito sea Dios, ya no me moriré solo.

—No diga eso, pronto se va a aliviar.

Sonrí tristemente; sabía que le estaba mintiendo, pero no quería hacerme llorar.

—Sí, hija, sí. Ahora descansa, toma posesión de la casa y luego ven a acompañarme. Voy a tratar de dormir un poco.

Más pequeño que antes, enjuto, sin dientes, perdido en la cama enorme y sobrenadando sin sentido en lo poco que le quedaba de vida, atormentaba como algo superfluo, fuera de lugar, igual que tantos moribundos. Esto se hacía evidente al salir al corredor caldeado y respirar hondamente, por instinto, la luz y el aire.

Comencé a cuidarlo y a sentirme contenta de hacerlo. La casa era mi casa y muchas mañanas al arreglarla tarareaba olvidadas canciones. La calma que me rodeaba venía tal vez de que mi tío ya no esperaba la muerte como una cosa inminente y terrible, sino que se abandonaba a los días, a un futuro más o menos corto o largo, con una dulzura inconsciente de niño. Repasaba con gusto su vida y se complacía en la ilusión de dejar en mí sus imágenes, como hacen los abuelos con sus nietos.

—Tráeme el cofrecito ese que hay en el ropero grande. Sí, ese. La llave está debajo de la carpeta, junto a San Antonio, tráela también.

Y revivían sus ojos hundidos a la vista de sus tesoros.

—Mira, este collar se lo regalé a tu tía cuando cumplimos diez años de casados, lo compré en Mazatlán a un joyero polaco que me contó no sé qué cuentos de princesas austriacas y me lo vendió bien caro. Lo traje escondido en la funda de mi pistola y no dormí un minuto en la diligencia por miedo a que me lo robaran...

La luz del sol poniente hizo centellar las piedras jóvenes y vivas en sus manos esclerosadas.

—...ese anillo de montura tan antigua era de mi madre, fijate bien en la miniatura que hay en la sala y verás que lo tiene puesto. La prima Begoña murmuraba a sus espaldas que un novio...

Volvían a hablar, a respirar aquellas señoras de los retratos a quienes él había visto, tocado. Yo las imaginaba, y me parecía entender el sentido de las alhajas de familia.

–¿Te he contado de cuando fuimos a Europa en 1908, antes de la Revolución? Había que ir en barco a Colima... y en Venecia tu tía Panchita se encaprichó con estos aretes. Eran demasiado caros y se lo dije: “Son para una reina” ... Al día siguiente se los compré. Tú no te lo puedes imaginar porque cuando naciste ya hacía mucho de esto, pero entonces, en 1908, cuando estuvimos en Venecia, tu tía era tan joven, tan...

–Tío, se fatiga demasiado, descanse.

–Tienes razón, estoy cansado. Déjame solo un rato y llévate el cofre a tu cuarto, es tuyo.

–Pero tío...

–Todo es tuyo ¡y se acabó!... Regalo lo que me da la gana.

Su voz se quebró en un sollozo terrible: la ilusión se desvanecía, y se encontraba de nuevo a punto de morir, en el momento de despedirse de sus cosas más queridas. Se dio vuelta en la cama y me dejó con la caja en las manos sin saber qué hacer.

Otras veces me hablaba del “año del hambre”, del “año del maíz amarillo”, de la peste, y me contaba historias muy antiguas de asesinos y aparecidos. Alguna vez hasta canturreó un corrido de su juventud que se hizo pedazos en su voz cascada. Pero me iba heredando su vida, estaba contento.

El médico decía que sí, que veía una mejoría, pero que no había que hacerse ilusiones, no tenía remedio, todo era cuestión de días más o menos.

Una tarde oscurecida por nubarrones amenazantes, cuando estaba recogiendo la ropa tendida en el patio, oí el grito de María. Me quedé quieta, escuchando aquel grito como un trueno, el primero de la tormenta. Después el silencio, y yo sola en el patio, inmóvil. Una abeja pasó zumbando y la lluvia no se desencadenó. Nadie sabe como yo lo terribles que son los presagios que se quedan suspensos sobre una cabeza vuelta al cielo.

–Lichita, ¡se muere!, ¡está boqueando!

–Vete a buscar al médico.... ¡No! Iré yo... llama a doña Clara para que te acompañe mientras vuelvo.

–Y el padre... Tráete al padre.

Salí corriendo, huyendo de aquel momento insoportable, de aquella inminencia sorda y asfixiante. Fui, vine, regresé a la casa, serví café, recibí a los parientes que empezaron a llegar ya medio vestidos de luto, encargué velas, pedí reliquias, continué huyendo enloquecida para no cumplir con el único deber que en ese momento tenía: estar junto a mi tío. Interrogué al médico: le había puesto una inyección por no dejar, todo era inútil ya. Vi llegar al señor cura con el Viático, pero ni entonces tuve fuerzas para entrar. Sabía que después tendría remordimientos –bendito sea Dios, ya no me moriré solo- pero no podía. Me tapé la cara con las manos y empecé a rezar.

–Te llama. Entra.

No sé cómo llegué hasta el umbral. Era ya de noche y la habitación iluminada por una lámpara veladora parecía enorme. Los muebles, agigantados, sombríos, y un aire extraño estancado en torno a la cama. La piel se me erizó, por los poros respiraba el horror a todo aquello, a la muerte.

–Acércate –dijo el sacerdote.

Obedecí yendo hasta los pies de la cama, sin atreverme a mirar ni las sábanas.

–Es la voluntad de tu tío, si no tienes algo que oponer, casarse contigo *in articulo mortis*, con la intención de que heredes sus bienes. ¿Aceptas?

Ahugué un grito de terror. Abrí los ojos como para abarcar todo el espanto que aquel cuarto encerraba. “¿Por qué me quiere arrastrar a la tumba?” ... Sentí que la muerte rozaba mi propia carne.

–Luisa...

Era don Apolonio. Tuve que mirarlo: casi no podía articular las sílabas, tenía la quijada caída y hablaba moviéndola como un muñeco de ventrílocuo.

–...por favor.

Y calló. Extenuado.

No podía más. Salí de la habitación. Aquel no era mi tío, no se le parecía... heredarme, sí, pero no los bienes solamente, las historias, la vida... Yo no quería nada, su vida, su muerte. No quería. Cuando abrí los ojos estaba en el patio y el cielo seguía encapotado. Respiré profundamente, dolorosamente.

–¿Ya?... –se acercaron a preguntarme los parientes, al verme tan descompuesta.

Yo moví la cabeza, negando. A mi espalda habló el sacerdote.

–Don Apolonio quiere casarse con ella en el último momento para heredarla.

–¿Y tú no quieres? –preguntó ansiosamente la vieja criada-. No seas tonta, solo tú te lo mereces. Fuiste una hija para ellos y te has matado cuidándolo. Si no te casas, los sobrinos de México no te van a dar nada. ¡No seas tonta!

–Es una delicadeza de su parte.

–Y luego te quedas viuda y rica y tan virgen como ahora –rió nerviosamente una prima jovencilla y pizpireta.

–La fortuna es considerable, y yo, como tío lejano tuyo, te aconsejaría que...

–Pensándolo bien, el no aceptar es una falta de caridad y de humildad.

“Eso es verdad, eso sí que es verdad.” No quería darle un último gusto al viejo, un gusto que después de todo debía agradecer, porque mi cuerpo joven, del que en el fondo estaba tan satisfecha, no tuviera ninguna clase de vínculos con la muerte. Me vinieron náuseas y fue el último pensamiento claro que tuve esa noche. Desperté como de un sopor hipnótico cuando me obligaron a tomar la mano cubierta de sudor frío. Me vino otra arcada, pero dije “Sí”.

Recordaba vagamente que me habían cercado todo el tiempo, que todos hablaban a la vez, que me llevaban, me traían, me hacían firmar, y responder. La sensación que de esa noche me quedó para siempre fue la de una maléfica ronda que giraba vertiginosamente en torno mío y reía, grotesca, cantando

yo soy la viudita que manda la ley

y yo en medio era una esclava. Sufría y no podía levantar la cara al cielo.

Cuando me di cuenta, todo había pasado, y en mi mano brillaba el anillo torzal que vi tantas veces en el anular de mi tía Panchita: no había habido tiempo para otra cosa.

Todos empezaron a irse.

–Si me necesita, llámeme. Dele mientras tanto las gotas cada seis horas.

–Que Dios te bendiga y te dé fuerzas.

–Feliz noche de bodas –susurró a mi oído con una risita mezquina la prima jovencita.

Volví junto al enfermo. “Nada ha cambiado, nada ha cambiado.” Por lo menos mi miedo no había cambiado. Convencí a María de que se quedara conmigo a velar a don Apolonio, y solo recobré el control de mis nervios cuando ví que amanecía. Había empezado a llover, pero sin rayos, sin tormenta, quedamente.

Continuó lloviendo todo el día, y el otro, y el otro aún. Cuatro días de agonía. No teníamos apenas más visitas que las del médico y el señor cura; en días así nadie sale de su casa, todos se recogen y esperan a que la vida vuelva a comenzar. Son días espirituales, casi sagrados. Si cuando menos el enfermo hubiera necesitado muchos cuidados mis horas hubieran sido menos largas, pero lo que se podía hacer por aquel cuerpo aletargado era bien poco.

La cuarta noche María se acostó en una pieza próxima y me quedé a solas con el moribundo. Oía la lluvia monótona y rezaba sin consciencia de lo que decía, adormilada y sin miedo, esperando. Los dedos se me fueron

aquietando, poniendo morosos sobre las cuentas del rosario, y al acariciarlas sentía que por las yemas me entraba ese calor ajeno y propio que vamos dejando en las cosas y que nos es devuelto transformado: compañero, hermano que nos anticipa la dulce tibieza del otro, desconocida y sabida, nunca sentida y que habita en la médula de nuestros huesos. Suavemente, con delicia, distendidos los nervios, liviana la carne, fui cayendo en el sueño.

Debo haber dormido muchas horas: era la madrugada cuando desperté; me di cuenta porque las luces estaban apagadas y la planta eléctrica deja de funcionar a las dos de la mañana. La habitación, apenas iluminada por la lámpara de aceite que ardía sobre la cómoda a los pies de la Virgen, me recordó la noche de la boda, de mi boda... Hacía mucho tiempo de eso, una eternidad vacía.

Desde el fondo de la penumbra llegó hasta mí la respiración fatigosa y quebrada de don Apolonio. Ahí estaba todavía, pero no él, el despojo persistente e incomprensible que se obstinaba en seguir aquí sin finalidad, sin motivo aparente alguno. La muerte da miedo, pero la vida mezclada, imbuida en la muerte, da un horror que tiene muy poco que ver con la muerte y con la vida. El silencio, la corrupción, el hedor, la deformación monstruosa, la desaparición final, eso es doloroso, pero llega a un clímax y luego va cediendo, se va diluyendo en la tierra, en el recuerdo, en la historia. Y esto no, el pacto terrible entre la vida y la muerte que se manifestaba en ese estertor inútil, podía continuar eternamente. Lo oía raspar la garganta insensible y se me ocurrió que no era aire lo que entraba en aquel cuerpo, o más bien que no era un cuerpo humano el que lo aspiraba y lo expelía; se trataba de una máquina que resoplaba y hacía pausas caprichosas por juego, para matar el tiempo sin fin. No había allí un ser humano, alguien jugaba con aquel ronquido. Y el horror contra el que nada pude me conquistó: empecé a respirar al ritmo entrecortado de los estertores, respirar, cortar de pronto, ahogarme, respirar, ahogarme... sin poderme ya detener, hasta que me di cuenta de que me había engañado en cuanto al sentido que tenía el juego, porque lo que en realidad sentía era el sufrimiento y la asfixia de un moribundo. De todos modos, seguí, seguí, hasta que no quedó más que un solo respirar, un solo aliento inhumano, una sola agonía. Me sentí más tranquila, aterrada pero tranquila: había quitado la barrera, podía abandonarme simplemente y esperar el final común. Me pareció que con mi abandono, con mi alianza incondicional, aquello se resolvería con rapidez, no podría continuar, habría cumplido su finalidad y su búsqueda persistente en el vacío.

Ni una despedida, ni un destello de piedad hacia mí. Continué el juego mortal largamente, desde un lugar donde el tiempo no importaba ya.

La respiración común se fue haciendo más regular, más calmada, aunque también más débil. Me pareció regresar, pero estaba tan cansada que no podía moverme, sentía el letargo definitivamente anidado dentro de mi cuerpo. Abrí los ojos: todo estaba igual.

No. Lejos, en la sombra, hay una rosa; sola, única y viva. Está ahí, recortada, nítida, con sus pétalos carnosos y leves, resplandeciente. Es una presencia hermosa y simple. La miro y mi mano se mueve y recuerda su contacto y la acción sencilla de ponerla en el vaso. La miré entonces, ahora la conozco. Me muevo un poco, parpadeo, y ella sigue ahí, plena, igual a sí misma.

Respiro libremente, con mi propia respiración. Rezo, recuerdo, dormito, y la rosa intacta monta la guardia de la luz y del secreto. La muerte y la esperanza se transforman.

Pero ahora comienza a amanecer y en el cielo limpio veo, ¡al fin!, que los días de lluvia han terminado. Me quedo largo rato contemplando por la ventana cómo cambia todo al nacer el sol. Un rayo poderoso entra y la agonía me parece una mentira; un gozo injustificado me llena los pulmones y sin querer sonrío. Me vuelvo a la rosa como a una cómplice, pero no la encuentro: el sol la ha marchitado. Volvieron los días luminosos, el calor enervante; las gentes trabajaban, cantaban, pero don Apolonio no se moría, antes bien parecía mejorar. Yo lo seguí cuidando, pero ya sin alegría, con los ojos bajos y descargando en el esmero por servirlo toda mi abnegación remordida y exacerbada: lo que deseaba, ya con toda claridad, era que aquello terminara pronto, que se muriera de una vez. El miedo, el horror que me producían su vista, su contacto, su voz, eran injustificados, porque el lazo que nos unía no era real, no podía serlo, y sin embargo yo lo sentía sobre mí como un peso, y a fuerza de bondad y de remordimientos quería desembarazarme de él.

Sí, don Apolonio mejoraba a ojos vistas. Hasta el médico estaba sorprendido, no podía explicarlo.

Precisamente la mañana en que lo senté por primera vez recargado sobre los almohadones sorprendí aquella mirada en los ojos de mi tío. Hacía un calor sofocante y lo había tenido que levantar casi en vilo. Cuando lo dejé acomodado me di cuenta: el viejo estaba mirando con una fijeza estrábica mi pecho jadeante, el rostro descompuesto y las manos temblonas inconscientemente tendidas hacia mí. Me retiré instintivamente, desviando la cabeza.

–Por favor, entrecierra los postigos, hace demasiado calor.

Su cuerpo casi muerto se calentaba.

–Ven aquí, Luisa. Siéntate a mi lado. Ven.

–Sí, tío –me senté encogida a los pies de la cama, sin mirarlo.

–No me llames tío, dime Polo, después de todo ahora somos más cercanos parientes-. Había un dejo burlón en el tono con que lo dijo.

–Sí tío.

–Polo, Polo –su voz era otra vez dulce y tersa-. Tendrás que perdonarme muchas cosas; soy viejo y estoy enfermo, y un hombre así es como un niño.

–Sí.

–A ver, di “Sí, Polo”.

–Sí, Polo.

Aquel nombre pronunciado por mis labios me parecía una aberración, me producía una repugnancia invencible.

Y Polo mejoró, pero se tornó irritable y quisquilloso. Yo me daba cuenta de que luchaba por volver a ser el que había sido; pero no, el que resucitaba no era él mismo, era otro.

–Luisa, tráeme... Luisa, dame... Luisa, arréglame las almohadas... dame agua... acomódame esta pierna...

Me quería todo el día rodeándolo, alejándome, acercándome, tocándolo. Y aquella mirada fija y aquella cara descompuesta del primer día reaparecían cada vez con mayor frecuencia, se iban superponiendo a sus facciones como una máscara.

–Recoge el libro. Se me cayó debajo de la cama, de este lado.

Me arrodillé y metí la cabeza y casi todo el torso debajo de la cama, pero tenía que alargar lo más posible el brazo para alcanzarlo. Primero me pareció que había sido mi propio movimiento, o quizá el roce de la ropa, pero ya con el libro cogido y cuando me reacomodaba para salir, me quedé inmóvil, anonadada por aquello que había sentido, esperando: el desencadenamiento, el grito, el trueno. Una rabia nunca sentida me estremeció cuando pude creer que era verdad aquello que estaba sucediendo, y que aprovechándose de mi asombro su mano temblona se hacía más segura y más pesada y se recreaba, se aventuraba ya sin freno palpando y recorriendo mis caderas; una mano descarnada que se pegaba a mi carne y la estrujaba con deleite, una mano muerta que buscaba impaciente el hueco entre mis piernas, una mano sola, sin cuerpo.

Me levanté lo más rápidamente que pude, con la cara ardiéndome de coraje y vergüenza, pero al enfrentarme a él me olvidé de mí y entré como un autómata en la pesadilla: se reía quedito, con su boca sin dientes. Y luego, poniéndose serio de golpe, con una frialdad que me dejó aterrada:

–¡Qué! ¿No eres mi mujer ante Dios y ante los hombres? Ven, tengo frío, caliéntame la cama. Pero quítate el vestido, lo vas a arrugar.

Lo que siguió ya sé que es mi historia, mi vida, pero apenas lo puedo recordar como un sueño repugnante, no sé siquiera si muy corto o muy largo. Hubo una sola idea que me sostuvo durante los primeros tiempos: “Esto no puede continuar, no puede continuar.” Creí que Dios no podría permitir aquello, que lo impediría de alguna manera. Él personalmente. Antes tan temida, ahora la muerte me parecía la única salvación. No la de Apolonio, no, él era un demonio de la muerte, sino la mía, la justa y necesaria muerte para mi carne corrompida. Pero nada sucedió. Todo continuó suspendido en el tiempo, sin futuro posible. Entonces una mañana, sin equipaje, me marché.

Resultó inútil. Tres días después me avisaron que mi marido se estaba muriendo y me llamaba. Fui a ver al confesor y le conté mi historia.

–Lo que lo hace vivir es la lujuria, el más horrible pecado. Eso no es la vida, padre, es la muerte, ¡déjelo morir!

–Moriría en la desesperación. No puede ser.

—¿Y yo?

—Comprendo, pero si no vas será un asesinato. Procura no dar ocasión, encomiéndate a la Virgen, y piensa que tus deberes...

Regresé. Y el pecado lo volvió a sacar de la tumba.

Luchando, luchando sin tregua, pude vencer al cabo de los años, vencer mi odio, y al final, muy al final, también vencí a la bestia. Apolonio murió tranquilo, dulce, él mismo.

Pero yo no pude volver a ser la que fui. Ahora la vileza y la malicia brillan en los ojos de los hombres que me miran y yo me siento ocasión de pecado para todos, peor que la más abyecta de las prostitutas. Sola, pecadora, consumida totalmente por la llama implacable que nos envuelve a todos los que, como hormigas, habitamos este verano cruel que no termina nunca.

Inés Arredondo

Cuento 2

Él árbol

El pianista se sienta, tose por prejuicio y se concentra un instante. Las luces en racimo que alumbran la sala declinan lentamente hasta detenerse en un resplandor mortecino de brasa, al tiempo que una frase musical comienza a subir en el silencio, a desenvolverse, clara, estrecha y juiciosamente caprichosa.

“Mozart, tal vez” —piensa Brígida. Como de costumbre se ha olvidado de pedir el programa. “Mozart, tal vez, o Scarlatti...” ¡Sabía tan poca música! Y no era porque no tuviese oído ni afición. De niña fue ella quien reclamó lecciones de piano; nadie necesitó imponérselas, como a sus hermanas. Sus hermanas, sin embargo, tocaban ahora correctamente y descifran a primera vista, en tanto que ella... Ella había abandonado los estudios al año de iniciarlos. La razón de su inconsecuencia era tan sencilla como vergonzosa: jamás había conseguido aprender la llave de Fa, jamás. “No comprendo, no me alcanza la memoria más que para la llave de Sol”. ¡La indignación de su padre! “¡A cualquiera le doy esta carga de un infeliz viudo con varias hijas que educar! ¡Pobre Carmen! Seguramente habría sufrido por Brígida. Es retardada esta criatura”.

Brígida era la menor de seis niñas, todas diferentes de carácter. Cuando el padre llegaba por fin a su sexta hija, lo hacía tan perplejo y agotado por las cinco primeras que prefería simplificarse el día declarándola retardada. “No voy a luchar más, es inútil. Déjenla. Si no quiere estudiar, que no estudie. Si le gusta pasarse en la cocina, oyendo cuentos de ánimas, allá ella. Si le gustan las muñecas a los dieciséis años, que juegue”. Y Brígida había conservado sus muñecas y permanecido totalmente ignorante.

¡Qué agradable es ser ignorante! ¡No saber exactamente quién fue Mozart; desconocer sus orígenes, sus influencias, las particularidades de su técnica! Dejarse solamente llevar por él de la mano, como ahora.

Y Mozart la lleva, en efecto. La lleva por un puente suspendido sobre un agua cristalina que corre en un lecho de arena rosada. Ella está vestida de blanco, con un quitasol de encaje, complicado y fino como una telaraña, abierto sobre el hombro.

—Estás cada día más joven, Brígida. Ayer encontré a tu marido, a tu exmarido, quiero decir. Tiene todo el pelo blanco.

Pero ella no contesta, no se detiene, sigue cruzando el puente que Mozart le ha tendido hacia el jardín de sus años juveniles.

Altos surtidores en los que el agua canta. Sus dieciocho años, sus trenzas castañas que desatadas le llegaban hasta los tobillos, su tez dorada, sus ojos oscuros tan abiertos y como interrogantes. Una pequeña boca de labios carnosos, una sonrisa dulce y el cuerpo más liviano y gracioso del mundo. ¿En qué pensaba, sentada al borde de la fuente? En nada. “Es tan tonta como linda” decían. Pero a ella nunca le importó ser tonta ni “planchar” en los bailes. Una a una iban pidiendo en matrimonio a sus hermanas. A ella no la pedía nadie.

¡Mozart! Ahora le brinda una escalera de mármol azul por donde ella baja entre una doble fila de lirios de hielo. Y ahora le abre una verja de barrotes con puntas doradas para que ella pueda echarse al cuello de Luis, el amigo íntimo de su padre. Desde muy niña, cuando todos la abandonaban, corría hacia Luis. Él la alzaba y ella le

rodeaba el cuello con los brazos, entre risas que eran como pequeños gorjeos y besos que le disparaba aturdidamente sobre los ojos, la frente y el pelo ya entonces canoso (¿es que nunca había sido joven?) como una lluvia desordenada. “Eres un collar —le decía Luis—. Eres como un collar de pájaros”.

Por eso se había casado con él. Porque al lado de aquel hombre solemne y taciturno no se sentía culpable de ser tal cual era: tonta, juguetona y perezosa. Sí, ahora que han pasado tantos años comprende que no se había casado con Luis por amor; sin embargo, no atina a comprender por qué, por qué se marchó ella un día, de pronto...

Pero he aquí que Mozart la toma nerviosamente de la mano y, arrastrándola en un ritmo segundo a segundo más apremiante, la obliga a cruzar el jardín en sentido inverso, a retomar el puente en una carrera que es casi una huida. Y luego de haberla despojado del quitasol y de la falda transparente, le cierra la puerta de su pasado con un acorde dulce y firme a la vez, y la deja en una sala de conciertos, vestida de negro, aplaudiendo maquinalmente en tanto crece la llama de las luces artificiales.

De nuevo la penumbra y de nuevo el silencio precursor.

Y ahora Beethoven empieza a remover el oleaje tibio de sus notas bajo una luna de primavera. ¡Qué lejos se ha retirado el mar! Brígida se interna playa adentro hacia el mar contraído allá lejos, refulgente y manso, pero entonces el mar se levanta, crece tranquilo, viene a su encuentro, la envuelve, y con suaves olas la va empujando, empujando por la espalda hasta hacerle recostar la mejilla sobre el cuerpo de un hombre. Y se aleja, dejándola olvidada sobre el pecho de Luis.

—No tienes corazón, no tienes corazón —solía decirle a Luis. Latía tan adentro el corazón de su marido que no pudo oírlo sino rara vez y de modo inesperado—. Nunca estás conmigo cuando estás a mi lado —protestaba en la alcoba, cuando antes de dormirse él abría ritualmente los periódicos de la tarde—. ¿Por qué te has casado conmigo?

—Porque tienes ojos de venadito asustado —contestaba él y la besaba. Y ella, súbitamente alegre, recibía orgullosa sobre su hombro el peso de su cabeza cana. ¡Oh, ese pelo plateado y brillante de Luis!

—Luis, nunca me has contado de qué color era exactamente tu pelo cuando eras chico, y nunca me has contado tampoco lo que dijo tu madre cuando te empezaron a salir canas a los quince años. ¿Qué dijo? ¿Se rió? ¿Lloró? ¿Y tú estabas orgulloso o tenías vergüenza? Y en el colegio, tus compañeros, ¿qué decían? Cuéntame, Luis, cuéntame. . .

—Mañana te contaré. Tengo sueño, Brígida, estoy muy cansado. Apaga la luz.

Inconscientemente él se apartaba de ella para dormir, y ella inconscientemente, durante la noche entera, perseguía el hombro de su marido, buscaba su aliento, trataba de vivir bajo su aliento, como una planta encerrada y sedienta que alarga sus ramas en busca de un clima propicio.

Por las mañanas, cuando la mucama abría las persianas, Luis ya no estaba a su lado. Se había levantado sigiloso y sin darle los buenos días, por temor al collar de pájaros que se obstinaba en retenerlo fuertemente por los hombros. “Cinco minutos, cinco minutos nada más. Tu estudio no va a desaparecer porque te quedes cinco minutos más conmigo, Luis”.

Sus despertares. ¡Ah, qué tristes sus despertares! Pero —era curioso— apenas pasaba a su cuarto de vestir, su tristeza se disipaba como por encanto.

Un oleaje bulle, bulle muy lejano, murmura como un mar de hojas. ¿Es Beethoven? No.

Es el árbol pegado a la ventana del cuarto de vestir. Le bastaba entrar para que sintiese circular en ella una gran sensación bienhechora. ¡Qué calor hacía siempre en el dormitorio por las mañanas! ¡Y qué luz cruda! Aquí, en cambio, en el cuarto de vestir, hasta la vista descansaba, se refrescaba. Las cretonas desvaídas, el árbol que desenvolvía sombras como de agua agitada y fría por las paredes, los espejos que doblaban el follaje y se ahuecaban en un bosque infinito y verde. ¡Qué agradable era ese cuarto! Parecía un mundo sumido en un acuario. ¡Cómo parloteaba ese inmenso gomero! Todos los pájaros del barrio venían a refugiarse en él. Era el único árbol de aquella estrecha calle en pendiente que, desde un costado de la ciudad, se despeñaba directamente al río.

—Estoy ocupado. No puedo acompañarte... Tengo mucho que hacer, no alcanzo a llegar para el almuerzo... Hola, si estoy en el club. Un compromiso. Come y acuéstate... No. No sé. Más vale que no me esperes, Brígida.

—¡Si tuviera amigas! —suspiraba ella. Pero todo el mundo se aburría con ella. ¡Si tratara de ser un poco menos tonta! ¿Pero cómo ganar de un tirón tanto terreno perdido? Para ser inteligente hay que empezar desde chica, ¿no es verdad?

A sus hermanas, sin embargo, los maridos las llevaban a todas partes, pero Luis —¿por qué no había de confesárselo a sí misma?— se avergonzaba de ella, de su ignorancia, de su timidez y hasta de sus dieciocho años. ¿No le había pedido acaso que dijera que tenía por lo menos veintiuno, como si su extrema juventud fuera en ellos una tara secreta?

Y de noche ¡qué cansado se acostaba siempre! Nunca la escuchaba del todo. Le sonreía, eso sí, le sonreía con una sonrisa que ella sabía maquinal. La colmaba de caricias de las que él estaba ausente. ¿Por qué se había casado con ella? Para continuar una costumbre, tal vez para estrechar la vieja relación de amistad con su padre.

Tal vez la vida consistía para los hombres en una serie de costumbres consentidas y continuas. Si alguna llegaba a quebrarse, probablemente se producía el desbarajuste, el fracaso. Y los hombres empezaban entonces a errar por las calles de la ciudad, a sentarse en los bancos de las plazas, cada día peor vestidos y con la barba más crecida. La vida de Luis, por lo tanto, consistía en llenar con una ocupación cada minuto del día. ¡Cómo no haberlo comprendido antes! Su padre tenía razón al declararla retardada.

—Me gustaría ver nevar alguna vez, Luis.

—Este verano te llevaré a Europa y como allá es invierno podrás ver nevar.

—Ya sé que es invierno en Europa cuando aquí es verano. ¡Tan ignorante no soy!

A veces, como para despertarlo al arrebatado del verdadero amor, ella se echaba sobre su marido y lo cubría de besos, llorando, llamándolo: Luis, Luis, Luis...

—¿Qué? ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

—Nada.

—¿Por qué me llamas de ese modo, entonces?

—Por nada, por llamarte. Me gusta llamarte.

Y él sonreía, acogiendo con benevolencia aquel nuevo juego.

Llegó el verano, su primer verano de casada. Nuevas ocupaciones impidieron a Luis ofrecerle el viaje prometido.

—Brígida, el calor va a ser tremendo este verano en Buenos Aires. ¿Por qué no te vas a la estancia con tu padre?

—¿Sola?

—Yo iría a verte todas las semanas, de sábado a lunes.

Ella se había sentado en la cama, dispuesta a insultar. Pero en vano buscó palabras hirientes que gritarle. No sabía nada, nada. Ni siquiera insultar.

—¿Qué te pasa? ¿En qué piensas, Brígida?

Por primera vez Luis había vuelto sobre sus pasos y se inclinaba sobre ella, inquieto, dejando pasar la hora de llegada a su despacho.

—Tengo sueño... —había replicado Brígida puerilmente, mientras escondía la cara en las almohadas.

Por primera vez él la había llamado desde el club a la hora del almuerzo. Pero ella había rehusado salir al teléfono, esgrimiendo rabiosamente el arma aquella que había encontrado sin pensarlo: el silencio.

Esa misma noche comía frente a su marido sin levantar la vista, contraídos todos sus nervios.

—¿Todavía está enojada, Brígida?

Pero ella no quebró el silencio.

—Bien sabes que te quiero, collar de pájaros. Pero no puedo estar contigo a toda hora. Soy un hombre muy ocupado. Se llega a mi edad hecho un esclavo de mil compromisos.

...

—¿Quieres que salgamos esta noche?...

...

—¿No quieres? Paciencia. Dime, ¿llamó Roberto desde Montevideo?

...

—¡Qué lindo traje! ¿Es nuevo?

...

—¿Es nuevo, Brígida? Contesta, contéstame...

Pero ella tampoco esta vez quebró el silencio.

Y en seguida lo inesperado, lo asombroso, lo absurdo. Luis que se levanta de su asiento, tira violentamente la servilleta sobre la mesa y se va de la casa dando portazos.

Ella se había levantado a su vez, atónita, temblando de indignación por tanta injusticia. “Y yo, y yo —murmuraba desorientada—, yo que durante casi un año... cuando por primera vez me permito un reproche... ¡Ah, me voy, me voy esta misma noche! No volveré a pisar nunca más esta casa...” Y abría con furia los armarios de su cuarto de vestir, tiraba desatinadamente la ropa al suelo.

Fue entonces cuando alguien o algo golpeó en los cristales de la ventana.

Había corrido, no supo cómo ni con qué insólita valentía, hacia la ventana. La había abierto. Era el árbol, el gomero que un gran soplo de viento agitaba, el que golpeaba con sus ramas los vidrios, el que la requería desde afuera como para que lo viera retorcerse hecho una impetuosa llamarada negra bajo el cielo encendido de aquella noche de verano.

Un pesado aguacero no tardaría en rebotar contra sus frías hojas. ¡Qué delicia! Durante toda la noche, ella podría oír la lluvia azotar, escurrirse por las hojas del gomero como por los canales de mil goteras fantasiosas. Durante toda la noche oiría crujir y gemir el viejo tronco del gomero contándole de la intemperie, mientras ella se acurrucaría, voluntariamente friolenta, entre las sábanas del amplio lecho, muy cerca de Luis.

Puñados de perlas que llueven a chorros sobre un techo de plata. Chopin. Estudios de Federico Chopin.

¿Durante cuántas semanas se despertó de pronto, muy temprano, apenas sentía que su marido, ahora también él obstinadamente callado, se había escurrido del lecho?

El cuarto de vestir: la ventana abierta de par en par, un olor a río y a pasto flotando en aquel cuarto bienhechor, y los espejos velados por un halo de neblina.

Chopin y la lluvia que resbala por las hojas del gomero con ruido de cascada secreta, y parece empapar hasta las rosas de las cretonas, se entremezclan en su agitada nostalgia.

¿Qué hacer en verano cuando llueve tanto? ¿Quedarse el día entero en el cuarto fingiendo una convalecencia o una tristeza? Luis había entrado tímidamente una tarde. Se había sentado muy tieso. Hubo un silencio.

—Brígida, ¿entonces es cierto? ¿Ya no me quieres?

Ella se había alegrado de golpe, estúpidamente. Puede que hubiera gritado: “No, no; te quiero, Luis, te quiero”, si él le hubiera dado tiempo, si no hubiese agregado, casi de inmediato, con su calma habitual:

—En todo caso, no creo que nos convenga separarnos, Brígida. Hay que pensarlo mucho.

En ella los impulsos se abatieron tan bruscamente como se habían precipitado. ¡A qué exaltarse inútilmente! Luis la quería con ternura y medida; si alguna vez llegara a odiarla, la odiaría con justicia y prudencia. Y eso era la vida. Se acercó a la ventana, apoyó la frente contra el vidrio glacial. Allí estaba el gomero recibiendo serenamente la lluvia que lo golpeaba, tranquilo y regular. El cuarto se inmovilizaba en la penumbra, ordenado

y silencioso. Todo parecía detenerse, eterno y muy noble. Eso era la vida. Y había cierta grandeza en aceptarla así, mediocre, como algo definitivo, irremediable. Mientras del fondo de las cosas parecía brotar y subir una melodía de palabras graves y lentas que ella se quedó escuchando: “Siempre”. “Nunca”...

Y así pasan las horas, los días y los años. ¡Siempre! ¡Nunca! ¡La vida, la vida!

A1 recobrase cayó en cuenta que su marido se había escurrido del cuarto.

¡Siempre! ¡Nunca!... Y la lluvia, secreta e igual, aún continuaba susurrando en Chopin.

El verano deshojaba su ardiente calendario. Caían páginas luminosas y enceguecedoras como espadas de oro, y páginas de una humedad malsana como el aliento de los pantanos; caían páginas de furiosa y breve tormenta, y páginas de viento caluroso, del viento que trae el “clavel del aire” y lo cuelga del inmenso gomero.

Algunos niños solían jugar al escondite entre las enormes raíces convulsas que levantaban las baldosas de la acera, y el árbol se llenaba de risas y de cuchicheos. Entonces ella se asomaba a la ventana y golpeaba las manos; los niños se dispersaban asustados, sin reparar en su sonrisa de niña que a su vez desea participar en el juego.

Solitaria, permanecía largo rato acodada en la ventana mirando el oscilar del follaje —siempre corría alguna brisa en aquella calle que se despeñaba directamente hasta el río— y era como hundir la mirada en un agua movediza o en el fuego inquieto de una chimenea. Una podía pasarse así las horas muertas, vacía de todo pensamiento, atontada de bienestar.

Apenas el cuarto empezaba a llenarse del humo del crepúsculo ella encendía la primera lámpara, y la primera lámpara resplandecía en los espejos, se multiplicaba como una luciérnaga deseosa de precipitar la noche.

Y noche a noche dormitaba junto a su marido, sufriendo por rachas. Pero cuando su dolor se condensaba hasta herirla como un puntazo, cuando la asediaba un deseo demasiado imperioso de despertar a Luis para pegarle o acariciarlo, se escurría de puntillas hacia el cuarto de vestir y abría la ventana. El cuarto se llenaba instantáneamente de discretos ruidos y discretas presencias, de pisadas misteriosas, de aleteos, de sutiles chasquidos vegetales, del dulce gemido de un grillo escondido bajo la corteza del gomero sumido en las estrellas de una calurosa noche estival.

Su fiebre decaía a medida que sus pies desnudos se iban helando poco a poco sobre la estera. No sabía por qué le era tan fácil sufrir en aquel cuarto.

Melancolía de Chopin engranando un estudio tras otro, engranando una melancolía tras otra, imperturbable.

Y vino el otoño. Las hojas secas revoloteaban un instante antes de rodar sobre el césped del estrecho jardín, sobre la acera de la calle en pendiente. Las hojas se desprendían y caían... La cima del gomero permanecía verde, pero por debajo el árbol enrojecía, se ensombrecía como el forro gastado de una suntuosa capa de baile. Y el cuarto parecía ahora sumido en una copa de oro triste.

Echada sobre el diván, ella esperaba pacientemente la hora de la cena, la llegada improbable de Luis. Había vuelto a hablarle, había vuelto a ser su mujer, sin entusiasmo y sin ira. Ya no lo quería. Pero ya no sufría. Por el contrario, se había apoderado de ella una inesperada sensación de plenitud, de placidez. Ya nadie ni nada podría herirla. Puede que la verdadera felicidad esté en la convicción de que se ha perdido irremediablemente la felicidad. Entonces empezamos a movernos por la vida sin esperanzas ni miedos, capaces de gozar por fin todos los pequeños goces, que son los más perdurables.

Un estruendo feroz, luego una llamarada blanca que la echa hacia atrás toda temblorosa.

¿Es el entreacto? No. Es el gomero, ella lo sabe.

Lo habían abatido de un solo hachazo. Ella no pudo oír los trabajos que empezaron muy de mañana.

“Las raíces levantaban las baldosas de la acera y entonces, naturalmente, la comisión de vecinos...”

Encandilada se ha llevado las manos a los ojos. Cuando recobra la vista se incorpora y mira a su alrededor. ¿Qué mira?

¿La sala de concierto bruscamente iluminada, la gente que se dispersa?

No. Ha quedado aprisionada en las redes de su pasado, no puede salir del cuarto de vestir. De su cuarto de vestir invadido por una luz blanca aterradora. Era como si hubieran arrancado el techo de cuajo; una luz cruda entraba

por todos lados, se le metía por los poros, la quemaba de frío. Y todo lo veía a la luz de esa fría luz: Luis, su cara arrugada, sus manos que surcan gruesas venas desteñidas, y las cretonas de colores chillones.

Despavorida ha corrido hacia la ventana. La ventana abre ahora directamente sobre una calle estrecha, tan estrecha que su cuarto se estrella, casi contra la fachada de un rascacielos deslumbrante. En la planta baja, vidrieras y más vidrieras llenas de frascos. En la esquina de la calle, una hilera de automóviles alineados frente a una estación de servicio pintada de rojo. Algunos muchachos, en mangas de camisa, patean una pelota en medio de la calzada.

Y toda aquella fealdad había entrado en sus espejos. Dentro de sus espejos había ahora balcones de níquel y trapos colgados y jaulas con canarios.

Le habían quitado su intimidad, su secreto; se encontraba desnuda en medio de la calle, desnuda junto a un marido viejo que le volvía la espalda para dormir, que no le había dado hijos. No comprende cómo hasta entonces no había deseado tener hijos, cómo había llegado a conformarse a la idea de que iba a vivir sin hijos toda su vida. No comprende cómo pudo soportar durante un año esa risa de Luis, esa risa demasiado jovial, esa risa postiza de hombre que se ha adiestrado en la risa porque es necesario reír en determinadas ocasiones.

¡Mentira! Eran mentiras su resignación y su serenidad; quería amor, sí, amor, y viajes y locuras, y amor, amor...

—Pero, Brígida, ¿por qué te vas?, ¿por qué te quedabas? —había preguntado Luis.

Ahora habría sabido contestarle:

—¡El árbol, Luis, el árbol! Han derribado el gomero.

María Luisa Bombal

Cuento 3

Lección de cocina

La cocina resplandece de blancura. Es una lástima tener que mancillarla con el uso. Habría que sentarse a contemplarla, a describirla, a cerrar los ojos, a evocarla. Fijándose bien esta nitidez, esta pulcritud carece del exceso deslumbrador que produce escalofríos en los sanatorios. ¿O es el halo de desinfectantes, los pasos de goma de las afanadoras, la presencia oculta de la enfermedad y de la muerte? Qué me importa. Mi lugar está aquí. Desde el principio de los tiempos ha estado aquí. En el proverbio alemán la mujer es sinónimo de *Küche*, *Kinder*, *Kirche*. Yo anduve extraviada en aulas, en calles, en oficinas, en cafés; desperdiciada en destrezas que ahora he de olvidar para adquirir otras. Por ejemplo, elegir el menú. ¿Cómo podría llevar al cabo labor tan improba sin la colaboración de la sociedad, de la historia entera? En un estante especial, adecuado a mi estatura, se alinean mis espíritus protectores, esas aplaudidas equilibristas que concilian en las páginas de los recetarios las contradicciones más irreductibles: la esbeltez y la gula, el aspecto vistoso y la economía, la celeridad y la suculencia. Con sus combinaciones infinitas: la esbeltez y la economía, la celeridad y el aspecto vistoso, la suculencia y... ¿Qué me aconseja usted para la comida de hoy, experimentada ama de casa, inspiración de las madres ausentes y presentes, voz de la tradición, secreto a voces de los supermercados? Abro un libro al azar y leo: “La cena de don Quijote.” Muy literario pero muy insatisfactorio. Porque don Quijote no tenía fama de *gourmet* sino de despistado. Aunque un análisis más a fondo del texto nos revela, etc., etc., etc. Uf. Ha corrido más tinta en torno a esa figura que agua debajo de los puentes. “Pajaritos de centro de cara.” Esotérico. ¿La cara de quién? ¿Tiene un centro la cara de algo o de alguien? Si lo tiene no ha de ser apetecible. “Bigos a la rumana.” Pero ¿a quién supone usted que se está dirigiendo? Si yo supiera lo que es estragón y ananá no estaría consultando este libro porque sabría muchas otras cosas. Si tuviera usted el mínimo sentido de la realidad debería, usted misma o cualquiera de sus colegas, tomarse el trabajo de escribir un diccionario de términos técnicos, redactar unos prolegómenos, idear una propedéutica para hacer accesible al profano el difícil arte culinario. Pero parten del supuesto de que todas estamos en el ajo y se limitan a enunciar. Yo, por lo menos, declaro solemnemente que no estoy, que no he estado nunca ni en este ajo que ustedes comparten ni en ningún otro. Jamás he entendido nada de nada. Pueden ustedes observar los síntomas: me planto, hecha una imbécil, dentro de una cocina impecable y neutra, con el delantal que usurpo para hacer un simulacro de eficiencia y del que seré despojada vergonzosa pero justicieramente.

Abro el compartimiento del refrigerador que anuncia “carnes” y extraigo un paquete irreconocible bajo su capa

de hielo. La disuelvo en agua caliente y se me revela el título sin el cual no habría identificado jamás su contenido: es carne especial para asar. Magnífico. Un plato sencillo y sano. Como no representa la superación de ninguna antinomia ni el planteamiento de ninguna aporía, no se me antoja.

Y no es sólo el exceso de lógica el que me inhibe el hambre. Es también el aspecto, rígido por el frío; es el color que se manifiesta ahora que he desbaratado el paquete. Rojo, como si estuviera a punto de echarse a sangrar.

Del mismo color teníamos la espalda, mí marido y yo después de las orgiásticas asoleadas en las playas de Acapulco. Él podía darse el lujo de “portarse como quien es” y tenderse boca abajo para que no le rozara la piel dolorida. Pero yo, abnegada mujercita mexicana que nació como la paloma para el nido, sonreía a semejanza de Cuauhtémoc en el suplicio cuando dijo “mi lecho no es de rosas y se volvió a callar”. Boca arriba soportaba no sólo mi propio peso sino el de él encima del mío. La postura clásica para hacer el amor. Y gemía, de desgarramiento, de placer. El gemido clásico. Mitos, mitos.

Lo mejor (para mis quemaduras, al menos) era cuando se quedaba dormido. Bajo la yema de mis dedos —no muy sensibles por el prolongado contacto con las teclas de la máquina de escribir— el nylon de mi camión de desposada resbalaba en un fraudulento esfuerzo por parecer encaje. Yo jugueteaba con la punta de los botones y esos otros adornos que hacen parecer tan femenina a quien los usa, en la oscuridad de la alta noche. La albura de mis ropas, deliberada, reiterativa, impudicamente simbólica, quedaba abolida transitoriamente. Algún instante quizá alcanzó a consumir su significado bajo la luz y bajo la mirada de esos ojos que ahora están vencidos por la fatiga.

Unos párpados que se cierran y he aquí, de nuevo, el exilio. Una enorme extensión arenosa, sin otro desenlace que el mar cuyo movimiento propone la parálisis; sin otra invitación que la del acantilado al suicidio.

Pero es mentira. Yo no soy el sueño que sueña, que sueña, que sueña; yo no soy el reflejo de una imagen en un cristal; a mí no me aniquila la cerrazón de una conciencia o de toda conciencia posible. Yo continúo viviendo con una vida densa, viscosa, turbia, aunque el que está a mi lado y el remoto, me ignoren, me olviden, me pospongan, me abandonen, me desamen.

Yo también soy una conciencia que puede clausurarse, desamparar a otro y exponerlo al aniquilamiento. Yo... La carne, bajo la rociadura de la sal, ha acallado el escándalo de su rojez y ahora me resulta más tolerable, más familiar. Es el trozo que vi mil veces, sin darme cuenta, cuando me asomaba, de prisa, a decirle a la cocinera que...

No nacimos juntos. Nuestro encuentro se debió a un azar ¿feliz? Es demasiado pronto aún para afirmarlo. Coincidimos en una exposición, en una conferencia, en un cine-club; tropezamos en un elevador; me cedió su asiento en el tranvía; un guardabosques interrumpió nuestra perpleja y hasta entonces, paralela contemplación de la jirafa porque era hora de cerrar el zoológico. Alguien, él o yo, es igual, hizo la pregunta idiota pero indispensable: ¿usted trabaja o estudia? Armonía del interés y de las buenas intenciones, manifestación de propósitos “serios”. Hace un año yo no tenía la menor idea de su existencia y ahora reposo junto a él con los muslos entrelazados, húmedos de sudor y de semen. Podría levantarme sin despertarlo, ir descalza hasta la regadera. ¿Purificarme? No tengo asco. Prefiero creer que lo que me une a él es algo tan fácil de borrar como una secreción y no tan terrible como un sacramento.

Así que permanezco inmóvil, respirando rítmicamente para imitar el sosiego, puliendo mi insomnio, la única joya de soltera que he conservado y que estoy dispuesta a conservar hasta la muerte.

Bajo el breve diluvio de pimienta la carne parece haber encanecido. Desvanezco este signo de vejez frotando como si quisiera traspasar la superficie e impregnar el espesor con las esencias. Porque perdí mi antiguo nombre y aún no me acostumbro al nuevo, que tampoco es mío. Cuando en el vestíbulo del hotel algún empleado me reclama yo permanezco sorda, con ese vago malestar que es el prelude del reconocimiento. ¿Quién será la persona que no atiende a la llamada? Podría tratarse de algo urgente, grave, definitivo, de vida o muerte. El que llama se desespera, se va sin dejar ningún rastro, ningún mensaje y anula la posibilidad de cualquier nuevo encuentro. ¿Es la angustia la que oprime mi corazón? No, es su mano la que oprime mi hombro. Y sus labios que sonríen con una burla benévola, más que de dueño, de taumaturgo.

Y bien, acepto mientras nos encaminamos al bar (el hombro me arde, está despellejándose), es verdad que en el contacto o colisión con él he sufrido una metamorfosis profunda: no sabía y sé, no sentía y siento, no era y soy.

Habrà que dejarla reposar así. Hasta que ascienda a la temperatura ambiente, hasta que se impregne de los

sabores de que la he recubierto. Me da la impresión de que no he sabido calcular bien de que he comprado un pedazo excesivo para nosotros dos. Yo, por pereza, no soy carnívora. Él, por estética, guarda la línea. ¡Va a sobrar casi todo! Si, ya sé que no debo preocuparme: que alguna de las hadas que revolotean en torno mío va a acudir en mi auxilio y a explicarme cómo se aprovechan los desperdicios. Es un paso en falso de todos modos. No se inicia una vida conyugal de manera tan sórdida. Me temo que no se inicie tampoco con un platillo tan anodino como la carne asada.

Gracias, murmuro, mientras me limpio los labios con la punta de la servilleta. Gracias por la copa transparente, por la aceituna sumergida. Gracias haberme abiertola jaula de una rutina estéril para cerrarme la jaula de otra rutina que, según todos los propósitos y las posibilidades, ha de ser fecunda. Gracias por darme la oportunidad de lucir un traje largo y caudaloso, por ayudarme a avanzar el interior del templo, exaltada por la música del órgano. Gracias por...

¿Cuánto tiempo se tomará para estar lista? Bueno, no debería de importarme demasiado porque hay que ponerla al fuego a última hora. Tarda muy poco, dicen los manuales. ¿Cuánto es poco? ¿Quince minutos? ¿Diez? ¿Cinco? Naturalmente, el texto no especifica. Me supone una intuición que, según mi sexo, debo poseer pero no poseo, un sentido sin el que nací que me permitiría advertir el momento preciso en que la carne está a punto.

¿Y tú? ¿No tienes nada que agradecerme? Lo has puntualizado con una solemnidad un poco pedante y con una precisión que acaso pretendía ser halagadora pero que me resultaba ofensiva: mi virginidad. Cuando la descubriste yo me sentí como el último dinosaurio en un planeta del que la especie había desaparecido. Ansiaba justificarme, explicar que si llegué hasta ti intacta no fue por virtud ni por orgullo ni por fealdad sino por apego a un estilo. No soy barroca. La pequeña imperfección en la perla me es insoportable. No me queda entonces más alternativa que el neoclásico y su rigidez es incompatible con la espontaneidad para hacer el amor. Yo carezco de la soltura del que rema, del que juega al tenis, del que se desliza bailando. No practico ningún deporte. Cumpló un rito y el ademán de entrega se me petrifica en un gesto estatuario.

¿Acechas mi tránsito a la fluidez, lo esperas, lo necesitas? ¿O te basta este hieratismo que te sacraliza y que tú interpretas como la pasividad que corresponde a mi naturaleza? Y si a la tuya corresponde ser voluble te tranquilizará pensar que no estorbaré tus aventuras. No será indispensable —gracias a mi temperamento— que me cebes, que me ates de pies y manos con los hijos, que me amordaces con la miel espesa de la resignación. Yo permaneceré como permanezco. Quieta. Cuando dejas caer tu cuerpo sobre el mío siento que me cubre una lápida, llena de inscripciones, de nombres ajenos, de fechas memorables. Gimes inarticuladamente y quisiera susurrarte al oído mi nombre para que recuerdes quién es a la que posees.

Soy yo. ¿Pero quién soy yo? Tu esposa, claro. Y ese título basta para distinguirme de los recuerdos del pasado, de los proyectos para el porvenir. Llevo una marca de propiedad y no obstante me miras con desconfianza. No estoy tejiendo una red para prenderte. No soy una *mantis religiosa*. Te agradezco que creas en semejante hipótesis. Pero es falsa.

Esta carne tiene una dureza y una consistencia que no caracterizan a las reses. Ha de ser de mamut. De esos que se han conservado, desde la prehistoria, en los hielos de Siberia y que los campesinos descongelan y sazonan para la comida. En el aburridísimo documental que exhibieron en la Embajada, tan lleno de detalles superfluos, no se hacía la menor alusión al tiempo que dedicaban a volverlos comestibles. Años, meses. Y yo tengo a mi disposición un plazo de...

¿Es la alondra? ¿Es el ruiseñor? No, nuestro horario no va a regirse por tan aladas criaturas como las que avisaban el advenimiento de la aurora a Romeo y Julieta sino por un estentóreo e inequívoco despertador. Y tú no bajarás al día por la escala de mis trenzas sino por los pasos de una querrela minuciosa: se te ha desprendido un botón del saco, el pan está quemado, el café frío.

Yo rumiaré, en silencio, mi rencor. Se me atribuyen las responsabilidades y las tareas de una criada para todo. He de mantener la casa impecable, la ropa lista, el ritmo de la alimentación infalible. Pero no se me paga ningún sueldo, no se me concede un día libre a la semana, no puedo cambiar de amo. Debo, por otra parte, contribuir al sostenimiento del hogar y he de desempeñar con eficacia un trabajo en el que el jefe exige y los compañeros conspiran y los subordinados odian. En mis ratos de ocio me transformo en una dama de sociedad que ofrece comidas y cenas a los amigos de su marido, que asiste a reuniones, que se abona a la ópera, que controla su peso, que renueva su guardarropa, que cuida la lozanía de su cutis, que se conserva atractiva, que está al tanto de los chismes, que se desvela y que madruga, que corre el riesgo mensual de la maternidad, que cree en las juntas nocturnas de ejecutivos, en los viajes de negocios y en la llegada de clientes imprevistos; que

padece alucinaciones olfativas cuando percibe la emanación de perfumes franceses (diferentes de los que ella usa) de las camisas, de los pañuelos de su marido; que en sus noches solitarias se niega a pensar por qué o para qué tantos afanes y se prepara una bebida bien cargada y lee una novela policíaca con ese ánimo frágil de los convalecientes.

¿No sería oportuno prender la estufa? Una lumbre muy baja para que se vaya calentando, poco a poco, el asador “que previamente ha de untarse con un poco de grasa para que la carne no se pegue”. Eso se me ocurre hasta a mí, no había necesidad de gastar en esas recomendaciones las páginas de un libro.

Y yo, soy muy torpe. Ahora se llama torpeza; antes se llamaba inocencia y te encantaba. Pero a mí no me ha encantado nunca. De soltera leía cosas a escondidas. Sudando de emoción y de vergüenza. Nunca me enteré de nada. Me latían las sienes, se me nublaban los ojos, se me contraían los músculos en un espasmo de náuseas.

El aceite está empezando a hervir. Se me pasó la mano, manirrota, y ahora chisporrotea y salta y me quema. Así voy a quemarme yo en los apretados infiernos por mi culpa, por mi grandísima culpa. Pero niñita, tú no eres la única. Todas tus compañeras de colegio hacen lo mismo, o cosas peores, se acusan en el confesionario, cumplen la penitencia, la perdonan y reinciden. Todas. Si yo hubiera seguido frecuentándolas me sujetarían ahora a un interrogatorio. Las casadas para cerciorarse, las solteras para averiguar hasta dónde pueden aventurarse. Imposible defraudarlas. Yo inventaría acrobacias, desfallecimientos sublimes, transportes como se les llama en *Las mil y una noches*, réconds. ¡Si me oyeras entonces no te reconocerías, Casanova!

Dejo caer la carne sobre la plancha e instintivamente retrocedo hasta la pared. ¡Qué estrépito! Ahora ha cesado. La carne yace silenciosamente, fiel a su condición de cadáver. Sigo creyendo que es demasiado grande.

Y no es que me hayas defraudado. Yo no esperaba, es cierto, nada en particular. Poco a poco iremos revelándonos mutuamente, descubriendo nuestros secretos, nuestros pequeños trucos, aprendiendo a complacernos. Y un día tú y yo seremos una pareja de amantes perfectos y entonces, en la mitad de un abrazo, nos desvaneceremos y aparecerá en la pantalla la palabra “fin”.

¿Qué pasa? La carne se está encogiendo. No, no me hago ilusiones, no me equivoco. Se puede ver la marca de su tamaño original por el contorno que dibujó en la plancha. Era un poco más grande. ¡Qué bueno! Ojalá quede a la medida de nuestro apetito.

Para la siguiente película me gustaría que me encargaran otro papel. ¿Bruja blanca en una aldea salvaje? No, hoy no me siento inclinada ni al heroísmo ni al peligro. Más bien mujer famosa (diseñadora de modas o algo así), independiente y rica que vive sola en un apartamento en Nueva York, París o Londres.

Sus *affaires* ocasionales la divierten, pero no la alteran. No es sentimental. Después de una escena de ruptura enciende un cigarrillo y contempla el paisaje urbano al través de los grandes ventanales de su estudio.

Ah, el color de la carne es ahora mucho más decente. Sólo en algunos puntos se obstina en recordar su crudeza. Pero lo demás es dorado y exhala un aroma delicioso. ¿Írã a ser suficiente para los dos? La estoy viendo muy pequeña.

Si ahora mismo me arreglara, estrenara uno de esos modelos que forman parte de mi *trousseau* y saliera a la calle ¿qué sucedería, eh? A la mejor me abordaba un hombre maduro, con automóvil y todo. Maduro. Retirado. El único que a estas horas puede darse el lujo de andar de cacería.

¿Qué rayos pasa? Esta maldita carne está empezando a soltar un humo negro y horrible. ¡Tenía yo que haberle dado vuelta! Quemada de un lado. Menos mal que tiene dos.

Señorita, si usted me permitiera... ¡Señora! Y le advierto que mi marido es muy celoso... Entonces no debería dejarla andar sola. Es usted una tentación para cualquier viandante. Nadie en el mundo dice viandante. ¿Transeúnte? Sólo los periódicos cuando hablan de los atropellados. Es usted una tentación para cualquier x. Silencio. Sig-ni-fi-ca-ti-vo. Miradas de esfinge. El hombre maduro me sigue a prudente distancia. Más le vale. Más me vale a mí porque en la esquina ¡zas! Mi marido, que me espía, que no me deja ni a sol ni a sombra, que sospecha de todo y de todos, señor juez. Que así no es posible vivir, que yo quiero divorciarme.

¿Y ahora qué? A esta carne su mamá no le enseñó que era carne y que debería de comportarse con conducta. Se enrosca igual que una charamusca. Además yo no sé de dónde puede seguir sacando tanto humo si ya apagué la estufa hace siglos. Claro, claro, doctora Corazón. Lo que procede ahora es abrir la ventana, conectar el purificador de aire para que no huela a nada cuando venga mi marido. Y yo saldría muy mona a recibirlo a la

puerta, con mi mejor vestido, mi mejor sonrisa y mi más cordial invitación a comer fuera.

Es una posibilidad. Nosotros examinaríamos la carta del restaurante mientras un miserable pedazo de carne carbonizada, yacería, oculto, en el fondo del bote de la basura. Yo me cuidaría mucho de no mencionar el incidente y sería considerada como una esposa un poco irresponsable, con proclividades a la frivolidad, pero no como una tarada. Ésta es la primera imagen pública que proyecto y he de mantenerme después consecuente con ella, aunque sea inexacta.

Hay otra posibilidad. No abrir la ventana, no conectar el purificador de aire, no tirar la carne a la basura. Y cuando venga mi marido dejar que olfatee, como los ogros de los cuentos, y diga que aquí huele, no a carne humana, sino a mujer inútil. Yo exageraré mi compunción para incitarlo a la magnanimidad. Después de todo, lo ocurrido ¡es tan normal! ¿A qué recién casada no le pasa lo que a mí acaba de pasarme? Cuando vayamos a visitar a mi suegra, ella, que todavía está en la etapa de no agredirme porque no conoce aún cuáles son mis puntos débiles, me relatará sus propias experiencias. Aquella vez, por ejemplo, que su marido le pidió un par de huevos estrellados y ella tomó la frase al pie de la letra y... ja, ja, ja. ¿Fue eso un obstáculo para que llegara a convertirse en una viuda fabulosa, digo, en una cocinera fabulosa? Porque lo de la viudez sobrevino mucho más tarde y por otras causas. A partir de entonces ella dio rienda suelta a sus instintos maternos y echó a perder con sus mimos...

No, no le va a hacer la menor gracia. Va a decir que me distraje, que es el colmo del descuido. Y, sí, por condescendencia yo voy a aceptar sus acusaciones.

Pero no es verdad, no es verdad. Yo estuve todo el tiempo pendiente de la carne, fijándome en que le sucedían una serie de cosas rarísimas. Con razón Santa Teresa decía que Dios anda en los pucheros. O la materia que es energía o como se llame ahora.

Recapitulemos. Aparece, primero el trozo de carne con un color, una forma, un tamaño. Luego cambia y se pone más bonita y se siente una muy contenta. Luego vuelve a cambiar y ya no está tan bonita. Y sigue cambiando y cambiando y cambiando y lo que uno no atina es cuándo pararle el alto. Porque si yo dejo este trozo de carne indefinidamente expuesto al fuego, se consume hasta que no queden ni rastros de él. Y el trozo de carne que daba la impresión de ser algo tan sólido, tan real, ya no existe.

¿Entonces? Mi marido también da la impresión de solidez y de realidad cuando estamos juntos, cuando lo toco, cuando lo veo. Seguramente cambia, y cambio yo también, aunque de manera tan lenta, tan morosa que ninguno de los dos lo advierte. Después se va y bruscamente se convierte en recuerdo y... Ah, no voy a caer en esa trampa: la del personaje inventado y el narrador inventado y la anécdota inventada. Además, no es la consecuencia que se deriva lícitamente del episodio de la carne.

La carne no ha dejado de existir. Ha sufrido una serie de metamorfosis. Y el hecho de que cese de ser perceptible para los sentidos no significa que se haya concluido el ciclo sino que ha dado el salto cualitativo. Continuará operando en otros niveles. En el de mi conciencia, en el de mi memoria, en el de mi voluntad, modificándome, determinándome, estableciendo la dirección de mi futuro.

Yo seré, de hoy en adelante, lo que elija en este momento. Seductoramente aturdida, profundamente reservada, hipócrita. Yo impondré, desde el principio, y con un poco de impertinencia las reglas del juego. Mi marido resentirá la impronta de mi dominio que irá dilatándose, como los círculos en la superficie del agua sobre la que se ha arrojado una piedra. Forcejeará por prevalecer y si cede yo le corresponderé con el desprecio y si no cede yo no seré capaz de perdonarlo.

Si asumo la otra actitud, si soy el caso típico, la femineidad que solicita indulgencia para sus errores, la balanza se inclinará a favor de mi antagonista y yo participaré en la competencia con un *handicap* que, aparentemente, me destina a la derrota y que, en el fondo, me garantiza el triunfo por la sinuosa vía que recorrieron mis antepasadas, las humildes, las que no abrían los labios sino para asentir, y lograron la obediencia ajena hasta al más irracional de sus caprichos. La receta, pues, es vieja y su eficacia está comprobada. Si todavía lo dudo me basta preguntar a la más próxima de mis vecinas. Ella confirmará mi certidumbre.

Sólo que me repugna actuar así. Esta definición no me es aplicable y tampoco la anterior, ninguna corresponde a mi verdad interna, ninguna salvaguarda mi autenticidad. ¿He de acogerme a cualquiera de ellas y ceñirme a sus términos sólo porque es un lugar común aceptado por la mayoría y comprensible para todos? Y no es que yo sea una *rara avis*. De mí se puede decir lo que Pfandl dijo de Sor Juana: que pertenezco a la clase de

neuróticos cavilosos. El diagnóstico es muy fácil ¿pero qué consecuencias acarrearía asumirlo?

Si insisto en afirmar mi versión de los hechos mi marido va a mirarme con suspicacia, va a sentirse incómodo en mi compañía y va a vivir en la continua expectativa de que se me declare la locura.

Nuestra convivencia no podrá ser más problemática. Y él no quiere conflictos de ninguna índole. Menos aún conflictos tan abstractos, tan absurdos, tan metafísicos como los que yo le plantearía. Su hogar es el remanso de paz en que se refugia de las tempestades de la vida. De acuerdo. Yo lo acepté al casarme y estaba dispuesta a llegar hasta el sacrificio en aras de la armonía conyugal. Pero yo contaba con que el sacrificio, el renunciamiento completo a lo que soy, no se me demandaría más que en la Ocasión Sublime, en la Hora de las Grandes Resoluciones, en el Momento de la Decisión Definitiva. No con lo que me he topado hoy que es algo muy insignificante, muy ridículo. Y sin embargo...

Rosario Castellanos

Cuento 4

El paraíso perdido

Hace poco recibí una efusiva invitación de mi hija, para atender un puesto en la kermesse de su escuela. Al principio mi negativa fue rotunda: dije un NO redondo, claro y prolongado. No sirvió de nada, Marisol insistió una semana: “Por favor, mamá”.

—No puedo ir; tengo mucho trabajo. ¿No entiendes? No es no.

Marisol no dio su brazo a torcer. Cansada de escucharla, me sorprendí poniendo en la balanza las cosas que perdería en una mañana aceptando la invitación: escribir unas cuantas cuartillas, leer por lo menos un rato, preparar mi clase de la Universidad... y lo que iba a perder declinándola: la sonrisa franca de un cierto orgullo infantil: “Mira, es mi mamá”.

Aunque la proposición me resultaba muy embarazosa, busqué una justificación. En realidad, no son tantas las oportunidades que tengo de compartir con Marisol sus experiencias, y no soy de aquellas personas que no levantan ni un dedo por mejorar las relaciones familiares. Creí que no me iba a arrepentir: “Después de todo es una mañana”, me dije.

¡Oh, dioses! perdí otra, en la compra de la lotería —me habían designado como “cantante de la lotería”—, y del material para decorar el puesto, porque había que hacerlo. Aquel día “tan esperado”, llegamos muy temprano a la escuela para ganar un buen lugar. Escogimos la esquina sombreada por un viejo manzano cuyas raíces habían comenzado a levantar las planchas de cemento del patio, y bajo la total supervisión de mi hija, arreglé mi pequeño espacio. Colgamos globos amarillos de las ramas más bajas del manzano, vestimos con papel crepé las mesitas que nos prestaron y dibujamos una cartulina, en donde, a pesar de tantas flores y estrellas, claramente se podía leer: Lotería.

Otras señoras corrían de aquí para allá haciendo más o menos lo mismo en sus puestos; además, jalaban sillas, pelaban jicamas y naranjas, hacían tostadas y aguas frescas, le ponían agua a las tinas para la pesca o inflaban globos para los dardos. Veía sus puestos y, la verdad, me llegué a sentir orgullosa del nuestro que parecía sencillo pero alegre. Marisol se despidió. Bajaría al patio con sus compañeros a las nueve en punto.

Acababa de irse cuando empecé a incomodarme. No conocía a nadie, y mi ideal en la vida no era precisamente estar sentada detrás de un puesto en una kermesse escolar. El calor comenzó a mecerse en las ramas del manzano y pensé que en cualquier momento el silencio de la mañana podía romperse en una gritería insoportable. La memoria me trajo imágenes de muy lejos: recordé, entonces, lo importantes que habían sido para mí las fiestas de la niñez: era todo un mundo blanco, emocionante, de muñecas de trapo y jueguitos de té.

En eso estaba yo, cuando se abrieron las grandes puertas del patio para dar cabida a algo que desde donde yo miraba, parecía un arco triunfal. Dos mozos lo colocaron justo enfrente de mí: era un enorme corazón rojo, adornado con un cupido en cada extremo. En la parte superior decía con letras negras: Registro Civil. Enseguida trajeron varias cajas y finalmente un escritorio. Tras el registro civil estaban, por lo menos, unas seis señoras jóvenes llenas de energía. Me quedé pasmada, más que un vulgar puesto de kermesse, aquello imitaba la escenografía de una pieza cómica o la ingenuidad de una zarzuela. De las cajas fueron saliendo ramitos de flores; una señora los colocaba en una charola. Un libro de registro, como de contador, quedó sobre el mantel blanco puesto sobre el escritorio. De otra caja surgieron un hermoso “velo de novia” pendiente de una

coronita de azahares y un gigantesco y aterciopelado sombrero de copa. Por supuesto, todas las mamás habíamos abandonado nuestros puestos para observar de cerca aquella extravagancia. Lo último en aparecer fue un ciento de pequeñas argollas de enlace que, faltaba más, tenían destinadas una bandeja de plata.

—¿Eres nueva? —me preguntó una señora gordita de aspecto agradable. Dije que sí, no sé por qué; aunque me sentía total y francamente nueva ante aquel espectáculo: como actriz en butaca de galería. Tuve nostalgia por mi escritorio desordenado y por la novela de Kundera. —¿A quién tienes en la escuela? —me dijo, después de encender un cigarro. —A una niña de siete años, se llama Marisol. —Yo tengo un niño de nueve en tercero. Me rogó tanto que viniera que tuve que posponer a la masajista. Comenzaron a bajar los niños. Marisol se dejó venir con todos sus compañeros de clase. Caminé angustiada hasta mi puesto. La vi a los ojos: lucía, realmente, orgullosa. Entonces, pretendí afinar mi canto con maestría para dejar a los niños contentos y no defraudar a mi hija.

Al principio, la ostentación del registro civil mantuvo alejados a los niños; pero bastó con que una parejita se animara: tuvieron que formar a los chiquillos para evitar un tumultuoso desorden. A cada matrimonio se le colocaba velo y sombrero, se le daba ramo y argollas y se le entonaba la marcha nupcial. Cuando me di cuenta, Marisol había desaparecido; creí descubrirla a lo lejos persiguiendo a unos niños. Yo estaba más que cansada, aburrida y deseosa de que todo terminara pronto.

Más tarde, detrás de mí, escuché una vocecita familiar:

—¿Vas a ir a la lotería?

—No sé.

—Es mi mamá...

Me volví hacia ellos: era un niño más o menos de su edad. Marisol lo observó con fijeza y dio un paso adelante.

—¿Vas a ir al registro civil? —No sé. —Vamos a la lotería; mi mamá nos dará un premio. Marisol bajó la cabeza y empujó con el pie un palo que estaba en el suelo.

—¿Te gusta el mastique? —inquirió él.

—¿Si me gusta qué?

—El mastique.

—Mucho, ¿a ti no? El niño asintió con la cabeza.

—¿Te gustan los perros? —insistió él.

—Tengo dos cachorritos —aseguró Marisol; y sonreí de su facilidad para mentir. Volví a darles la espalda y continué gritando la lotería apresurándome para no perderlos. Un momento después los escuché nuevamente:

—¿Te gustaría ir conmigo al registro civil?

—¿Si me gustaría qué? —preguntó su amiguito.

No oí la respuesta.

—¿Me invitas a comer para ver a los perritos? —fue lo último que llegó hasta mí. Pasaron tomados de la mano rumbo al registro civil. Noté que mi hija estaba emocionada; se paraba en un pie y luego en el otro, y se alisaba con ambas manos su lacio cabello. Yo podía imaginar su exaltación: poseer todo aquello en un solo instante.

Me di prisa en el juego y corrí para ver de cerca la boda. Llegué justo en el momento en que le colocaban el velo. Con la luz del sol sobre su rostro parecía más hermosa y feliz. Yo me iba dejando llevar por el encanto; aquella escena había vencido mis escrúpulos: la sonrisa de mi hija valía más que toda una mañana tras la máquina de escribir. Cuando una de las señoras tomó el sombrero de copa para colocárselo al niño, él me vio y echó la carrera. De regreso a la casa, en el coche, la niña miraba por la ventanilla. Yo sólo veía el pelo lacio sobre su espalda. Iba yo apenada y manejando torpemente; ni siquiera sabía cómo abordar a mi propia hija. Era la primera vez que algo así me sucedía:

—Marisol... Se me atravesó un coche y tuve que frenar con brusquedad; Marisol siguió aferrada a la ventanilla. Tampoco entonces volteó.

—Mira Marisol... no debí... es que... Nunca dejó de darme la espalda ni respondió. Ya en la puerta de la casa insistí:

—Yo sólo quería acercarme a... Entonces la niña sin cambiar de posición, con una voz firme y completamente nueva para mí, murmuró:

—Ya cállate. ¿Quieres? No pude verle la cara y no encontré ninguna palabra que darle: las dos cumplíamos un acto de soledad.

Silvia Molina

Bibliografía

Arredondo, Inés (2014). *Cuentos completos*. México: FCE

Bombal, María Luisa (1990). *La última niebla. El árbol*. Santiago de Chile: Andrés Bello.

Castellanos, Rosario (1995). *Álbum de familia*. México: Joaquín Mortiz

Molina, Silvia (1998). *Dicen que me case yo*. México: Cal y arena.

Ejercicio 29: Después de leer los cuentos, escribe un ensayo de entre dos y tres cuartillas en el que respondas: ¿Crees que haya una intención explícita en los cuentos de la antología de hacer una denuncia sobre las desigualdades de género?